Textos Urbanos

Gonzalo Caro "Carolo"
Carlos Bueno Osorio

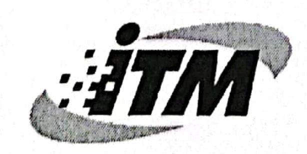
El Festival de Ancón: un quiebre histórico



El Festival de Ancón: un quiebre histórico

Gonzalo Caro "Carolo"
Carlos Bueno Osorio

El Festival de Ancón: un quiebre histórico



Serie **Textos Urbanos** volumen 3
Proyecto Centro de Estudios Ciudad de Medellín
Instituto Tecnológico Metropolitano

El Festival de Ancón: un quiebre histórico
1ª. Edición, noviembre de 2001

ISBN 958-96746-5-8
Hechos todos los depósitos legales

Editor General de la Serie
DIRECCIÓN DE COMUNICACIÓN Y CULTURA TECNOLÓGICA

Diseño integral de la colección
SAÚL ÁLVAREZ LARA

Impreso en Colombia - Printed in Colombia
Ed. Marín Vieco Ltda.

Instituto Tecnológico Metropolitano
Calle 73 No. 76A-354 (Vía al Volador)
Tel. (574) 440 5100 Fax (574) 440 5101
Medellín Colombia
http://www.itm.edu.co



Fotografía Jairo Osorio Gómez



Una fiesta en el nido de la mapaná

El espacio público de la ciudad va más allá de las calles, las aceras y los parques. Los escenarios donde se recrean las distintas manifestaciones sociales son espacio público, pero también lo son los medios de comunicación con sus grandes posibilidades de democratizar los ecos populares, y el libro, compañero fiel de la soledad del hombre moderno. El libro es el espacio público por excelencia: el espacio público para la aprehensión del conocimiento y la inteligencia.

El Festival de Ancón: un quiebre histórico reconstruye una historia vivida hace treinta años en la ciudad más pacata del País: Medellín. Su recuerdo trasciende la nostalgia; toca las fibras más sensibles de la cultura antioqueña, descrita con severidad por Fernando González en *Los Negroides*: "El tipo es don Pepe Sierra, genio del 'conseguir plata para yo'; el tipo es don Esteban Jaramillo, genio del 'llevarse la plata para yo'. El hombre gordo ha inventado nombres: 'cementerio de los ricos' y 'el cementerio de los pobres'. Sólo en Medellín existen estos nombres. Lo primero que retira de su almacén el medellinense es con qué comprar 'local en el cementerio de los ricos'; lo segundo es 'para comprar manga en El Poblado', y lo tercero es para comprarle el Cielo a los Reverendos Padres. ¡Gente verraca! Motivación estéril. Motivación individualista. Gente que mata la vaca del vecino cuando muerde la yerba del cerco divisorio. Gente vengativa. Gentes que han construido habitaciones llenas de comodidades para su pobreza espiri-

tual y que toleran la inmundicia de nuestros gobiernos" (Envigado, diciembre de 1935). *El Primer Festival Rock Latino en Medellín*, El Festival de Ancón, como se le conoce en la historia, actuó contra esa impudicia regional.

El Festival de Ancón: un quiebre histórico recrea los coletazos sentidos en Medellín, del acontecimiento histórico que marcó, para el mundo Occidental, la segunda mitad del siglo XX: Mayo del 68. *Esa obra que nunca se representó, el espectáculo de la libertad y los sueños abortados*, como lo señaló Óscar Collazos, en un artículo conmemorativo de prensa. "Mayo del 68 fue la culminación de un malestar que incluía, en iguales dosis de radicalismo, el rechazo a la guerra norteamericana en el sudeste asiático, a la pobreza del Tercer Mundo y a la opulencia obscena del Primero; era crítica de la cultura y crítica de los modelos de vida impuestos por la naciente sociedad de masas, convertida después en "sociedad del espectáculo". Una obra de tales ambiciones no podía pasar del ensayo general, aunque en el alma de los jóvenes de entonces viviera la sensación de estar asistiendo al parto de una revolución sin precedentes. Se quiso cambiar la sociedad y la vida, pero la sociedad y la vida tomaron rumbos distintos a los soñados por los muchachos de aquellos años memorables".

Los jóvenes de Medellín que asistieron al Festival de Música Rock, Ancón 1971, en junio 18, 19 y 20, como los de Mayo de 1968, quisieron cambiar el mundo limitado y estrecho, heredado de sus mayores, por un mundo de paz, amor y libertad. Quisieron construir, ellos mismos, su propio tejido urbano con los hilos que resultan del paciente trabajo diario de escuchar y discernir lo que sienten y disienten los ciudadanos. Al animal le basta el bosque para vivir. Pero al hombre no le es suficiente para vivir la ciudad con sus calles, sus casas, sus edificios, aceras y parques. El hombre tiene que aprender a ser humano, a construir, paulatinamente, osadamente, tercamente, un tejido social, con hilos aportados y soñados por todos.

La enseñanza de Ancón es que debemos construir una ciudad donde se oigan las voces de su gente, se vean los rostros de sus habitantes, se reúnan los anhelos de todos, con opciones para el común. Pluralidad de credos, ideas y formas de actuar. Una ciudad para escuchar y vivir el concierto de la diferencia. Esta diversidad, como dice el Plan de Desarrollo 2001/2003 de Medellín, es el fundamento para la construcción de una identidad dentro de un territorio colectivo. Tenemos que construir urbanismo, pero, fundamentalmente, construir urbanidad.

El Festival de Ancón: un quiebre histórico es un fragmento del espejo roto de la convivencia, vuelto añicos mucho antes de las décadas terribles de los años ochenta y noventa. Es una mirada a esa generación rebelde de entonces, que para comienzos del siglo XXI orienta y dirige la productividad del país. Ancón fue un ritual de desprecio a la sociedad conservadora de Antioquia, que tuvo a sus jóvenes por locos o contestarios, y que se reunieron en ese remedo de parque en torno a dos temas que dolían idéntico a un reuma en el corazón de sus mayores: el amor y la paz.

Esos jóvenes hicieron público un pecado encubierto de la sociedad, y de las universidades locales: La facultad más asistida de la academia antioqueña de la época, era Lovaina. En Ancón, esta juventud volvió público, desnudaron, el sueño de amor secreto de los paisas. Adelantándose a la confesión colectiva de finales del siglo XX, la muchachada no tuvo inhibición para mostrar su cuerpo: ejercieron la desnudez en medio del río, como símbolo de la comunión perfecta entre hombre y naturaleza.

Ancón, vituperado, perseguido, aherrojado, fue la radiografía de la época. De allí se recupera, además de la actitud serena y respetuosa de los jóvenes de entonces, la postura comprensiva del alcalde conservador Álvaro Villegas Moreno. Víctima en su momento –la única víctima, tal vez– de su liberalidad de gobernante. Los partidos tradicionales,

como ha sido la costumbre, no eran organizaciones modernas sino feudos con apellido propio. Para la década en mención, en Antioquia eran los Monsalve y Arredondo, los dueños absolutos, pero transitorios, de las caudas proverbiales con las que se ponen y quitan mandatarios con arbitrariedad desde los orígenes de la República.

Carolo y sus amigos organizaron una fiesta en el nido de una mapaná: la Antioquia provinciana e hipócrita que no acaba de morir, ni entonces, ni ahora. El sólo anuncio del Festival desató la ira santa. La parroquia se encrespó y de los púlpitos salió la mejor campaña publicitaria del evento: "Estos desvergonzados se van a bañar desnudos en el río", tronaba el padre Fernando Gómez Mejía en su programa radial *La Hora Católica* Arquidiocesana. "Van a hacer el amor al aire libre", decía otro cura, desdibujando un poco la consigna *hippie* del amor sin ataduras. Y miles de jóvenes curiosos fueron al Festival y allí descubrieron que el amor siempre ha sido libre y que debajo de la ropa todos estamos desnudos.

Los autonombrados voceros sociales de la época, con su grave andanada de injurias contra los organizadores del Festival de Ancón –Carolo y sus compinches, tan vitales en esos años como los jóvenes del 2001–, recordaron, todos a una, la voz flamígera de un Vargas Vila redivivo, desatado colérico contra el hecho del momento. Sobre Carolo cayeron cosas parecidas a las que el panfletista colombiano escribió cien años atrás, como para mostrarnos que nada cambia, pese a las tragedias diarias: "[...] conoció entonces la sentencia dogmática de los fósiles, el apóstrofe virulento de los batracios, el epigrama mordaz de los satiristas callejeros, el gracejo insulso de los bufones de salón, el odio de los ebrios profesionales, la estupidez altanera de los políticos en alza, las leyendas implacables del fanatismo en cólera, las prédicas venenosas de la clerecía viperina y sórdida [...] En una sociedad de arrieros cosmopolitas, de mineros

endomingados, de ganaderos con guantes, de tenderos pretensiosos, todos místicos, todos aristocráticos, todos apócrifos [...] sociedad aldeana y pueril, que jugaba en la soledad de esas llanuras andinas, comedias de aristocracia rústica, dramas de señorío medieval, de una candidez agresiva, de un cómico doloroso y cruel" (J. M. Vargas Vila, *Alba roja*, 1902). La nación de los dos últimos siglos. ¡Qué vergüenza para los protagonistas de primera, pero falsa, plana!

Este libro se convierte en espacio público para ilustración de los antioqueños de la centuria que comienza. La edición del Instituto Tecnológico Metropolitano es el aporte a la construcción de la línea estratégica Cultura Ciudadana, del Plan de Desarrollo de la actual Administración, propósito modernista y urgente de la Colombia actual.

El Festival de Ancón empieza a hacer parte fundamental, ahora, del escenario abierto de los medellinenses. La Colección *Textos Urbanos*, del Fondo Editorial ITM, construye ciudad, urbanidad, convivencia, a partir de las reflexiones de los investigadores y escritores nuestros; apoya la tarea urgente de reconstrucción, laja por laja, esquirla por esquirla, del espejo roto de la convivencia ciudadana de la Colombia del siglo XXI. Su edición es una deuda pagada a la osadía, al desparpajo, de los jóvenes de siempre. Honor a su inteligencia permanente.

Una razón incuestionable alienta la publicación del volumen. *El Festival de Ancón: un quiebre histórico* es el libro más importante realizado en los últimos tiempos, sobre el Medellín que heredamos: Porque descubre lo que fuimos y, por lo tanto, en lo que devenimos ahora.

JOSÉ MARDUK SÁNCHEZ CASTAÑEDA
Rector
Instituto Tecnológico Metropolitano
Medellín, noviembre de 2001

La conspiración de Ancón

Carlos Bueno O.

Curioso destino el de los textos, fotografías e imágenes de este libro. En 1973, Manuel *Quinto*, uno de los artífices del Festival de Ancón, recibió de Carolo los recortes de revistas y periódicos, los contratos firmados para el evento, los permisos de las autoridades para su celebración, más de 400 fotos y trasparencias, afiches, volantes y otros materiales para publicar un libro sobre Ancón. (¡Carolo que ha sido tan fresco!).

Manuel *Quinto* (lo sabremos por esta recopilación, fue el único muerto del Festival) enloqueció mientras armaba el libro y le metió candela a la pieza, donde vivía en la Bogotá de esa época, con todos los materiales adentro. Él sobrevivió al incendio, no así el libro. "Hasta junio de 2001, exactamente treinta años después del Festival, cuando murió, fue un pequeño burgués que vivió en un cómodo apartamento en el edificio *Sabana*, regalado por la familia para que dejara de ser hippie".

El material fílmico de Ancón corrió suerte similar. Grabaciones en super ocho, en 16 mm y en 35 mm tuvieron destinos diversos. Una parte desapareció por el afán de la modernidad. Carolo llevó ese material a Canadá en 1974. Su hermano ofreció pasarlo al super moderno betamax para facilitar su difusión. Entretanto, el hermano murió y nunca dijo a cuál laboratorio llevó el material. Esta es una invocación por su recuperación.

La MGM, la Metro, desplazó su personal y sus equipos por los días del Festival. Sería un documental en 35 mm. Quisieron apropiarse del Festival, del tema, de la música, de Carolo, de todos nosotros. No hubo acuerdo y quién sabe hoy dónde reposa la filmación. Nunca se utilizó.

Codiscos también tuvo equipos de grabación en Ancón. Se acompañaría el Festival de un disco con los conjuntos y

grupos que se presentaron. Pero, todo el intento se echó a perder. Uno de los compañeros del Festival le añadió LSD a la cerveza que se tomaba Guillermo Díez, uno de los dueños de la empresa disquera. Díez, uno de los mayores animadores de la música moderna y del rock en el país, enloqueció también. Así, nadie quiso saber nada más de Ancón.

Hoy, este testimonio tiene vida gracias al fervor de algunos fanáticos que conservaron por 30 años textos, fotos, recuerdos. Esta, seguramente, no será la única edición y para las posteriores esperamos que quienes conservan lazos con el evento lo complementen.

En el siglo XX, la música rock es la manifestación más representativa de la cultura juvenil. En Medellín la inquietud surgió con los éxitos norteamericanos de finales de los años 50 y que a principios de los 60 se reafirmó con la avalancha de éxitos provenientes de Argentina, México y España, que en conjunto conformaron ese movimiento conocido como *Nueva Ola*, que básicamente eran traducciones al español de las canciones y temas de mayor sintonía en Estados Unidos y Reino Unido.

1966. Llega el movimiento *go-gó* y *ye-yé*. Eran palabras claves que procedían de Liverpool, de *The Beatles* que le acomodaban a sus canciones esas palabras. Varios grupos de rock se crearían alrededor de la invasión musical. En Bogotá, *Los Speakers, Los Ampex, Los Flippers*. En Medellín, *Los Falcons, Los Yetis*.

Los Yetis no solo respondían a un capricho sino que reflejaban la filosofía de un grupo ligado al Nadaísmo. Muchas de las letras cantadas fueron escritas por los nadaístas. *Los Yetis* fueron la voz de los nadaístas en la música.

Habla uno de los fundadores de *Los Yetis*, Iván Darío López: "Nosotros éramos abominables en todo sentido. Era la época de *The Beatles*. Teníamos melenas crecidas, nuestra música era de los *Beatles*, era rock, era lo de esa época.

Creo que entonces iba muy bien, era el personaje adecuado. Estábamos rompiendo con las estructuras a todo nivel, éramos amigos de Gonzalo Arango, Eduardo Escobar, Pablus Gallinazus, X-504, Amílcar, con todos ellos, que nos permitía darnos ese toque no único de rock, sino también de cierta intelectualidad. Lo nuestro era un poquito, una revoltura de fríjol con caviar".

Ese circo ambulante de *Los Yetis*, con su diseño de vestuario y de accesorios, reflejaba toda una forma de vida. "Era un montaje de fantasía, era una vida fantástica, era romper con todos los esquemas, era comer sánduche en el escenario, porque nos provocaba, era ponerse camisas de flores porque era vestirse con la naturaleza, era ponerse los pantalones muy apretados porque los anchos que usaban los viejos era muy feos, era dejarse crecer el cabello porque en Inglaterra lo hacían y los nadaístas también, y nos parecía que había que estar en la vanguardia, era mostrarle a la sociedad que los comportamientos no deben ser siempre iguales".

Esta actitud, sumada al contenido de las letras que hablaban de las estrellas, la luna, el LSD, la mariguana, la guerra de Vietnam, la polución y la paz, los convierte en abanderados de los cambios sociales y culturales que presagiaban a Ancón.

Era un movimiento que impulsaban personajes como Alfonso Lizarazo o Guillermo Hinestroza Isaza, desde la televisión, con *Juventud moderna* o *El Club del clan*. Eran Harold, Golden, Kenney Pacheco, Leonardo Álvarez, Vicky... El ambiente está descrito por el escritor y periodista Juan José Hoyos en su novela *Tuyo es mi corazón*.

"...El dial marcaba todavía los megaciclos de *Radio 15*, la emisora que oían todos los muchachos.

El Dúo Dinámico cantaba:

Amor amargo
Tú me das

Juanita cerró los ojos. Entonces, ¿la tarde no iba a acabarse?, pensó. Con la música, empezó a dormirse. Antes de perder la conciencia, alcanzó a oír la voz de Beto Fernán, tan llena de tristeza y de alegría, cantando:

Te llevaré
y tú vendrás
te llevaré, muchacha,
hasta mi tierra natal...

A veinte cuadras, en una casa que tenía al frente una cancha de fútbol, Carlos estaba echado sobre su cama oyendo él también a *Radio 15* y pensando que el sábado era el peor día para la gente sola, que no tenía nada que hacer. Había leído a lo largo de la tarde por ahí veinte revistas de *Vea-Deportes*, que tenía coleccionadas... En *Radio 15*, las guitarras eléctricas chillaban. Estaban en un show en el radioteatro, y podían oírse los gritos de las muchachas tapando la música.

Los Yetis acompañaban a Juan Nicolás Estela, mientras cantaba *La Chica del billete*. Carlos se imaginaba las hordas de muchachas con botas y minifalda montadas sobre las sillas, gritando y cogiéndose la cabeza con las manos. Cuando sonó *Mi primer juguete*, la gritería fue tal que la música se perdió por completo y sólo volvía a veces, en oleadas, como si transmitiera una emisora de otro país, en onda corta. Carlos apagó el radio apenas empezaron a rifar discos.

En el radio que seguía prendido al pie de la cama de Juanita, en una pieza, alcanzaba a oírse a lo lejos una canción. Era *Un muchacho como yo* de *Palito* Ortega:

Un muchacho como yo,
que siempre estuvo triste,
que aprendió a sonreír
cuando tú le sonreíste.
Un muchacho como yo...

La voz inconfundible de *Palito* se iba y volvía, mientras Carlos pensaba que aquel, sin lugar a dudas, era un

momento perfecto... A lo lejos del radio, volvió a llegar una voz que anunciaba el Festival Milo. Sólo se necesitaban unas cuantas etiquetas y se podía entrar sin pagar un peso. Venían muchos artistas de *El Club del Clan*.

-¿Vas a ir al Festival? Preguntó Juanita.

-No. No tengo boleta y en mi casa no compran de esa vaina.

-En el colegio hay muchas muchachas que ya tienen las etiquetas listas.

-¿Irá a ir mucha gente?

-Seguro que sí.

-Y ¿quiénes vienen a cantar?

-Los del Club del Clan. Vicky, Óscar Golden...

-Va a estar sabroso, entonces.

-Pero yo creo que mi mamá no me dejar ir – dijo Juanita.

-¿Por qué?

-Le dan miedo esas cosas. Por eso no va conmigo. Y sola, ni riesgos que me deja.

-¿Y no te deja ir con una amiga?

-La única amiga que tengo en el barrio es Miriam.

-Y ¿no te deja ir con Miriam?

-Miriam es una loca... Además, después de lo de la hermana, no ha vuelto a salir. Pobrecita.

-Entonces oímos juntos el Festival por *Radio 15*.

-Bueno –dijo Juanita.

-¿A vos te gusta *Radio 15*?

-Claro. UF. Qué emisora tan buena.

—Yo mantengo el radio ahí – dijo Carlos.

-Tocan música linda.

-Ponen unas baladas...

-A mi me encanta.

-Cuando me siento aburrido, esa es mi compañía.

-Cuando estoy en la casa y me toca hacer destinos, la ponga duro –dijo Juanita.

-¿En Manizales, no había *Radio 15*?

-No, no había.

-Aquí la pusieron hace pocos meses.

-¿Si?

-Si. Antes había otra emisora que se llamaba *Ecos de la Montaña*, donde ponían música vieja, boleros, rancheras y transmitían el Rosario todos los días a las seis de la tarde. A mí me gustaban los boleros. A las seis paraban la música para rezar...

-¿Verdad?

-Sí. También por la mañana pasaban el Rosario de la aurora... Juanita sonrió complacida con la historia.

-Cuando quitaron el Rosario y cambiaron el nombre de la emisora para pasar música de la *nueva ola*, hubo gente que protestó.

-¿Quiénes? –preguntó Juanita.

-Por ejemplo –dijo Carlos– hubo un cura que se puso muy bravo: el padre Fernando Gómez Mejía, que tiene *La Hora Católica*, todos los domingos, en *Radio Visión*, ahí al lado. Pero le contestó Miguel Zapata Restrepo, en el radioperiódico *Clarín*, también de *Radio Visión*, defendiendo la cosa y diciendo que ya no estábamos para rosarios.

-Y ¿qué decía el padre?

-Decía que el Rosario de *Ecos de la Montaña* lo oían hasta los choferes de Medellín..."

"Que se hagan en ese morrito"

Milo a go-gó llegó a Medellín en octubre de 1966. Acontecimiento controvertido, aplaudido y rechazado, que obligaría a Carolo años más tarde a montar el Festival en el parque de Ancón. Ya las autoridades no daban autorizaciones para eventos juveniles en el Coliseo Cubierto o en el Estadio.

Era el furor de la Nueva Ola. Allí estuvieron Óscar Golden, Juan Nicolás Estela, *Los Speakers, Los Ampex*, Luis Fernando Garcés, el ballet de Katty y *Los Yetis*.

De nuevo Iván Darío López: "[...] Nos excomulgaron porque con nuestros movimientos hacíamos que las mujeres

se desvistieran y no sé cuántas historias eróticas, muy interesantes por cierto. Hay fotos donde los policías están violando a las niñas... hasta la fuerza pública estaba con ganas de hacer el amor, que no tiene ningún problema. Pienso que la juventud estaba tan frenada que había que darle la posibilidad a la parroquia, pues si uno se movía y con eso la gente se desvestía, me parece fantástico... *Milo a go-gó* fue un acontecimiento vital para la historia del rock en Colombia, fue la gran promoción del rock".

Todo se perfilaba para el sueño que Carolo tendría en un viaje en San Andrés. Soñó el escenario, los músicos, la música, la muchachada. Se viene para Medellín. Ya no alquilan escenarios deportivos para esos eventos juveniles. Una tarde en La Tablaza, caminando con un amigo, *Yiyar,* se encuentra al frente con el parque de Ancón. *Ese es el sitio ideal para el Festival*, dice.

Va a la Secretaría de Educación, que funcionaba a la vez como Departamento de Parques y Arborización en la época, y va a la Secretaría de Gobierno, a la Policía, y con promesas de cambiar las piedras y los cócteles molotov por flautas y guitarras y bongos, consigue los permisos y autorizaciones. El alcalde Villegas Moreno dice que, así como lo hacía todos los años con el Festival de tango o con la ópera, él inauguraría ese festival de la juventud.

Y ha organizarlo se dijo. Ninguna empresa, a excepción de *Coltejer,* que donó una lona para el escenario, colaboró en nada. Don Leonardo Nieto, el del Salón Versalles, en Junín, puso el único capital extranjero del festival: cinco mil pesos. También sirvió de fiador para que Manuel Arcila, el inventor del chance entre nosotros, prestara diez mil pesos más, que luego condonó. Carolo giró 56 cheques posfechados porque nadie creía en el Festival. La curia, los medios de comunicación, todos le auguraban un fracaso.

Ni siquiera había pensado en el escenario para los grupos. *Que se hagan en ese morrito*. Pero, Carolo, le dicen Javier Betancur y Luis Fernando Escobar que algo sabían de espectáculos, *y ¿adónde vas a conectar las guitarras y los*

amplificadores? Así, pues, a gran velocidad se hizo el escenario, tres días antes.

La bulla del Festival lleva a que bateristas, guitarristas, flautistas, bajistas, comiencen a desfilar por su almacén de estampas y artesanías en un pasaje comercial del centro de Medellín: *La caverna de Carolo*. Allí ensayan y se conocen los músicos. Así como en *La Casa Grande*, de Cepeda Samudio, el mismo batallón da vueltas alrededor de una cuadra, haciendo creer que es un ejército completo, así los músicos de Ancón eran los mismos que cambiaban de atuendos y de pinta, se revolvían y subían en otro orden al escenario. Allí mismo les ponían nombre: ustedes son *Los piedras libres*, ustedes *La Gran sociedad del Estado*, ustedes *Terrón de sueños*, o *La banda de Marciano, La carne dura*. Nombres para escandalizar o descrestar la parroquia. Así era. Figuraban 23 grupos, pero eran sólo cinco, que les tocó multiplicarse, cambiar de indumentaria, de nombre y a la plataforma de la gloria y la posteridad.

Solo hubo un gringo en los conjuntos y bandas, pero quedó la sensación de que todos lo eran. "Hacían un inglés tan desaforado que todo el mundo preguntaba de dónde habían salido todos esos gringos", recuerda Carolo.

Hernán Vélez era el único que fabricaba equipos de sonido en Medellín. Él se encargó de la amplificación. Juegos de luces no existían acá en la época. "El juego de luces fue la luna, y por la mañana el juego de luces era... En la noche la luna, en el día el sol o la lluvia", evoca tiempo después Carolo, a Luz María Montoya y Vicky Trujillo en su vieja y estupenda serie radial *Medellín a go-gó*.

El precio de las boletas para entrar al parque fue de 13 pesos con veinte centavos. Suma caprichosa y no muy fácil de conseguir entonces. ¿Y la publicidad? "Se hizo con base en los pros y contras que creaba en su marcha el Festival... Yo me aproveché de eso, visitaba las emisoras, la polémica interesaba a la gente de los medios, pero la mayor publicidad

la hicieron el jefe del DAS y el padre Fernando Gómez Mejía desde *La hora Católica*, por los ataques que le hicieron".

Ricardo *"Cancho"* Echeverry participó también en la organización del Festival: "Se inició de manera pacífica. A las ocho de la mañana la gente comenzó a ingresar, entonces pusimos un tren, así la gente llegaba en tren, llegaba a pie, llegaba en buses, en carros, por cualquier medio llegaban al parque de Ancón. A las once de la mañana comenzaba el evento y se desató tremendo aguacero. Llegó el alcalde Villegas Moreno en helicóptero, con Gloria Valencia de Castaño, Elkin Mesa y con otros periodistas. Villegas subió al escenario, inauguró el Festival, luciendo la camiseta de Ancón con la pipa de la paz".

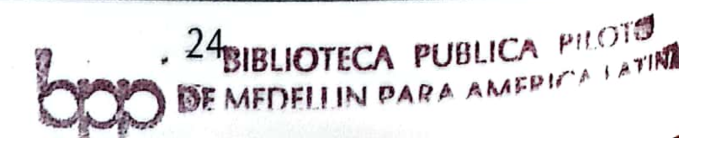
Los muertos de Ancón. Según Carolo "todo el mundo colaboraba, todo el mundo atendía las indicaciones que se les daba por micrófono, porque hay que ver que allá no teníamos 30 ó 40 tombos dando garrote, imponiendo disciplina, sino que la única cuestión era nuestra voz en el micrófono. Y hay que ver que Ancón fue un caso excepcional, porque allí no hubo epidemias, no hubo muertes que lamentar, aunque la gente dice por ahí que en Ancón hubo muertos. Pero hasta ahora ni yo, que fui el organizador, ni ninguna de las personas que colaboró inmediatamente, ni a las autoridades, les tocó hacer levantamiento de ningún cadáver. Lo que pasó es que hubo gente que se alargó, que tuvo unos viajes tremendos y se pasaban y quedaban ahí por 15, 20 ó 30 horas tirados en la grama, fundidos, llevados del viaje, pero luego despertaban y revivían. Uno de ellos, de estos muertos, con él estuve conversando esta semana, es Manuel Quinto, que es ahora el periodista Manuel Vicente Peña, que escribió Las dos tomas y él fue, esta semana conversábamos en Bogotá, precisamente el único muerto de Ancón pero que resucitó porque a él si tocó sacarlo del río, se fue al río y lo sacamos y después quedó ahí tirado como 15 ó 20 horas entre el fango, hasta que revivió. Lo que pasó fue simplemente que

le dieron una sobredosis de cacao sabanero. A pesar de todo, la gente de Ancón tuvo un comportamiento ejemplar. Allí no hubo epidemias, no hubo nada a pesar de que no había instalaciones sanitarias. La única instalación era bajarse los pantalones y meterse al río. Agua potable no había, la gente la llevó y un carro de bomberos estuvo repartiendo agua. En cuanto a la comida, solamente un amigo se atrevió a poner un puestico de venta de gaseosa y pasteles, y esa fue la única comida que hubo... como nadie creía en el Festival.

"El público de Ancón era de todas las clases sociales, de todos los estratos, de todas las calidades y de todas las partes del mundo. La preparación de Ancón duro 42 días, pero la bola se rodó por todas partes y hubo gente que vino desde Canadá, desde Estados Unidos, desde Europa e, incluso, gente que no es que se haya venido expresamente desde estos países con este objetivo, sino que era la época de los hippies y la gente andaba rodando por todo el mundo y estaban siempre pendientes de donde iba haber un festival para ir. Además, el calor de Woodstock y de la isla de Whight y el festival de Abandaro, en México, yo creo que estos han sido los cuatro festivales más grandes que existieron".

Pero, curiosamente, el Festival no tuvo un gran nivel musical. Carolo afirma: "Hay que ver que los grupos que estuvieron en Ancón, la mayoría improvisaban. En esa época no se daba tanto el hecho de interpretar los éxitos que estaban en la radio o en los videos, sino que cada uno quería expresar sus sentimientos y expresarse con su propia música. Entonces, la mayoría de la música que se hizo en Ancón fue música original o improvisada. En esa época no existían grupos. Por ejemplo, en la ciudad de Medellín no había ningún grupo de rock conformado, a excepción del grupo *Lasser*, y *Miquillo*, que hacía música él solo con su guitarra y su armónica, de resto no había grupos en la ciudad.

En el aspecto de la calidad de la música hay que decir que no era lo máximo, pero sí fue una música que le llegó a



todos los que estaban allí. La prueba es que la gente no quería salir de allá. Pero la música, para ser un festival, fue de gran calidad y la prueba es que sostuvo cautivo al público por tres días".

A propósito de esto, el periodista Juan José García dice: "Había un tablado enorme en el centro del campo, un tablado cubierto donde empezaron a tocar rock, un ritmo monocorde, lento pero todo el tiempo con ese ritmo de fondo durante los tres días, casi diría que con sus noches".

La transmisión durante los tres días de Ancón la hizo Aurelio "Grillo" Toro, a través de su emisora *La voz de la música*. Carolo anota: "lástima que haya desaparecido, porque esta emisora era un apoyo fuerte para la juventud, donde podían expresarse y allí tenían apoyo para todos sus eventos y festivales".

Todo se organizó en *La caverna de Carolo*, ya que ésta había marcado cierta línea. Allí solían ir muchos, unos iban a comprar ropa, y otras cosas, pero en la noche se reunía gente y se realizaba una interesante tertulia, incluso hasta se daban conferencias de parasicología, de notas extraterrestres, se hablaba de música rock, se daban conferencias sobre cine, se hacían foros, etc.

La caverna marcó así un ritmo dentro de la música, ya que allí también se reunían músicos a ensayar en la noche. Allí se firmaban grandes contratos, se creaban modas, que se imponían en esa época, los sombreros que se usaban, los chalecos, las chanclas, las botas, todo lo que se creaba, los collares que se diseñaban, botas, etc.

Carolo se expresa así sobre la *Caverna*: "Allá iban músicos, toda la gente, además los estudiantes y las estudiantes de los colegios iban a la caverna, esa era la mejor propaganda que yo tenia; los directores y las directoras de los colegios les prohibían a los alumnos de los colegios que fueran a la caverna y, entonces, como a la juventud le gusta tanto lo prohibido, más les gustaba ir para curiosear, o a ver porqué se los prohibían. Había peladas que se iban a la casa, se quitaban el uniforme para arrancar a la caverna. Allí también

era el encuentro de la juventud, todos se trataban con amistad.

Otra cosa que decían era que a los que iban a la caverna los cogían en las escaleras y los metían para adentro y los empelotaban y los ponían a fumar marihuana, como si para fumar marihuana se tuvieran que empelotar. Eso era todo, cosas que decía la gente solamente por tratar de hacerle la guerra a la juventud y al cambio que se vivía en la ciudad.

En esa época además se pusieron de moda las fiestas hippies. Entonces iban los señores y las señoras de la gran sociedad de Medellín, todos encopetados, a decir: "Voy a hacer una fiesta hippie, necesito que usted me haga el atuendo para mí, para mi esposo, para mi hija, para mis nietos. Me mandaban a hacer los atuendos, los chalecos, todo, para disfrazarse de hippies. Además, me contrataban para que fuera y me pagaban dos mil pesos, que en esa época era una suma apreciable, para que me sentara y me fumara un cacho, para decir que habían estado con Carolo y que la fiesta hippie había sido completa, porque en esa época no había fiesta hippie sin que estuviera Carolo fumándose un cacho y Miquillo tocando la guitarra.

Y estas eran las fiestas de la gran sociedad del Medellín de entonces, la del Medellín que estaba surgiendo y brotando, el Medellín que despertó y que salió de la mojigatería, no como dijeron alguna vez, que yo había corrompido a la ciudad, porque corrompidos son los que se dejan corromper.

Posterior a Ancón tratamos de realizar algunos eventos, algunos espectáculos. En unos dieron los permisos, en otros no. Al fin y al cabo, trajimos a Christie, de Inglaterra; James Brown; Sugar Ice Tea, de Curazao; Buana, de Nicaragua, Río Samba Show, de Brasil; Santana, que lo trajimos en tres ocasiones, dos a Bogotá y una a Cali, no se pudo traer a Medellín, y algunos otros grupos que en este momento se me escapan de la memoria, y muchos conciertos con grupos nacionales, que se dieron en teatros como el Pablo Tobón,

la temporada de películas y conciertos, otra en el María Victoria, El Cid, en distintos teatros de la ciudad. Nosotros organizábamos las premiers de las películas y, a la vez, presentábamos un grupo. Esto fue algo que sirvió mucho para el lanzamiento de varios grupos de Medellín, Bogotá, Cali, Barranquilla y otras ciudades".

Cómo fueron las cosas

Todo había comenzado en 1958, en Medellín, con el lanzamiento del *Manifiesto Nadaísta* de Gonzalo Arango. Se gestaba un cambio en la forma y el contenido del orden cultural y de la cotidianidad en el país. Colombia, Medellín, eran entonces sociedades que si no tenían muerto "apestaban", apestaban a cucharadas sudadas a regimiento, a sotanas sacrílegas, a maquinaciones políticas, a literatura rosa.

La juventud entonces asistía a una transformación del ritmo histórico que empezaba a desquiciar las estructuras sociales, las costumbres y las relaciones familiares, laborales, sentimentales.

Los jóvenes de *la década prodigiosa del siglo XX* eran más o menos conscientes de que vivían, en palabras de Eduardo Escobar: "una cultura de la muerte, el aburrimiento de los cadáveres amojonados. Los horribles cuentos del folclor europeo que arrullaban los insomnios de la primera infancia con malignidades, regalos envenenados, manzanas de doble filo y criminales abandonos y las otras narraciones densas de nuestro folclor de monstruosidades, crueles descuartizamientos, cortesdefranela, antropófogas matanzas sacrílegas y grises vilezas corroboraban la opacidad del sentimiento".

Contra esta desesperanzadora negación de la felicidad de la carne, contra esta civilización que se horroriza ante el amor, surgió el Nadaísmo "con el poder de la juventud de acero de león y la alegre voluntad de encantar la realidad,

con ensalmos poéticos la norma letal sangrante, el degradante sonambulismo vacío de fantasmas del orden establecido. El propósito es cambiarle la cara a la vida, limpiarla de idealismos, denunciar por medio de la literatura, el arte, la música, la violencia solapada en el acuerdo nacional, abrazar la absurda utopía, contra el aseo presente. La cosa es ir en contravía de la simulación, la pobreza arcaica de nuestros deslumbramientos y la miseria de los falsos prestigios".

Para los años que siguen, el proyecto de los jóvenes de entonces es el de una realidad separada, preparada, contra los trazos marchitos de la costumbre, la blanda cortesía del acomodamiento, el código del reloj geométrico y productivo que vampiriza, el sopor mecánico de las esponjosas apariencias rutinarias donde estamos atrapados como moscas, hasta que se produce la revelación de la música o de la poesía de lo maravilloso cotidiano.

Nadie podrá recriminar a los años 60 de estúpidos e insoportables. Si bien las divisiones por decenios o por siglos son irracionales, tienen una especie de urgencia simbólica y son sugestivas en la imaginación popular. No es fácil juzgar con la emoción y la distancia los años precedentes. Parafraseando a Umberto Eco, "quien se enamoró locamente en abril de 1948, aquellos tiempos de sangre y violencia han sido espléndidos y excitantes".

En la década del sesenta –prosigue Eco– las nuevas generaciones van y vienen por los océanos como antes se andaba en el ferrocarril, la economía marcha bien, florecen las letras y las artes, llegan Juan XXIII y el Concilio. Que en alguna parte del mundo se produjeran masacres era al mismo tiempo una ocasión para transcendentes tomas de conciencia política; en el fondo, el tono de la década sería dado por la inauguración de Kennedy con su propuesta de conquistar las estrellas; él muere pronto, pero el decenio termina con la conquista de la luna. Y también con el 68, en escala mundial: grávido de todas las consecuencias positivas y negativas qué habrá en la década siguiente,

constituye un sobresalto para toda la sociedad, desde el mundo del trabajo al de la cultura, de la política a las costumbres. No se puede decir que fuera una época exenta de interés".

En los años 60 los sueños frustrados de una generación a nivel mundial tuvieron sus últimas manifestaciones colectivas en pos de un objetivo común. Mayo de 1968: una rebelión inexplicable para la dirigencia mundial. En *La hoguera de encinas*, apéndice de *Antimemorias*, Andrés Malraux dialoga con De Gaulle:

-Mayo 68 no era un drama universitario, es una crisis de civilización, con un muerto y por accidente.

-Hay un agricultor que dice que en mayo todas las abejas de Francia también estaban enfurecidas.

-Qué extraño es vivir conscientemente el fin de una civilización. Es algo que no ocurría desde Roma. Lo que precede a la revolución francesa y a la norteamericana no es el fin de una civilización, sino tan sólo el fin de una sociedad.

-Los intelectuales romanos esperaban el estoicismo.

-¿Cúal es el problema más dramático de Occidente: ¿el de la juventud o el de la pérdida de casi todas las formas de autoridad? La juventud loca de los años 40, los *zazous* precedieron a los hippies y a los subversivos. Pero los profesores de entonces no se convertían en *zazous*. Valery me decía de Gide: "no se puede tomar en serio a un hombre que se preocupa por el juicio de los jóvenes". Yo le respondía que la juventud y los jóvenes no son la misma cosa.

-Desde luego, como Francia y los franceses. ¿Pero qué civilización, antes de la nuestra, conoció a grandes ancianos enemigos de la juventud? Los profesores de la edad media no se convertían en *zazous*.

-Ya ve usted, hay algo que no puede durar: la irresponsabilidad de la inteligencia. O bien desaparecerá la inteligencia o bien desaparecerá la civilización occidental".

Años 60. Los ideales de la modernidad occidentales no se cumplían en todos sus términos: los jóvenes de la

contracultura norteamericana se marginaban, la comunidad negra reivindica los derechos civiles y los estudiantes de todo el mundo se oponen a una sociedad tecnocrática que enajenaba a los hombres.

Mayo del 68. Una rebelión que representa acabadamente las demandas y los sueños de la década. Una insurrección que reclamaba cambiar la vida, derribar la organización jerárquica y burocrática de Occidente, pero al mismo tiempo fue una revolución hedonista que apuntaba a las subjetividades de los protagonistas.

Todos confiaban en la creación de una nueva sociedad cuyos fundamentos fueran el optimismo y la solidaridad. Fue un repudio a la sociedad tecnológica y autoritaria, que apuntaba, también, a la destrucción de las jerarquías y las instituciones arbitrarias, postulando la libertad individual y las búsquedas y aspiraciones personales que complementaban y que, a veces, se oponían a las utopías colectivas.

Mayo del 68. Breve puesta en escena de un sueño. Último episodio del siglo XX en el que el deseo se confundió con el entramado de la realidad. "No se estaba cambiando el mundo, se estaba tratando de llevar al más lírico de los extremos la posibilidad de ese cambio. Como en la Comuna de París, se pretendió detener el tiempo disparando contra los relojes, pero el tiempo real, el tiempo que permite los cambios revolucionarios, no era el tiempo soñado por los jóvenes de entonces... imaginamos el urbanismo posible, la libertad deseada, el arte más libérrimo, las costumbres menos represivas, aquello que bien podría resumirse en otra de las consignas de La Soborna: *Prohibido prohibir:* Se imaginó el mundo, no con la resignación de *vivir de la mejor forma posible en el peor de los mundos posibles, sino con la exaltación de quien construye el mejor de los mundos con la frágil materia del deseo y la imaginación*", de acuerdo con la evocación de esos días que hizo el escritor colombiano Oscar Collazos.

Mayo 68. Fiesta nacida de la espontaneidad y animada por el inconsciente colectivo de una generación, se vivió el deseo como realidad y el acto voluntarioso y airado pareció nacer de la más íntima y sólida de las convicciones. Como afirma Alfredo Alpini: "La década de los sesenta constituyó la exasperación de la idea de progreso y de los ideales trascendentales. Pero, a su vez, fue la última década religiosa, en el sentido de creer posible lograr una nueva sociedad".

Los movimientos sociales y culturales que se produjeron fueron heterogéneos. La contracultura hippie, el movimiento estudiantil, el movimiento por los derechos civiles de los negros, fueron disímiles tanto por sus reivindicaciones como por sus adherentes. Tal vez tuvieron una característica común: el sentimiento de que la sociedad podía cambiar, alterando la forma de la modernidad que se imponía en esos tiempos.

Fusión de la pasión pública y la pasión privada, continuo flujo entre lo maravilloso y lo cotidiano, el acto vivido como una representación estética. Octavio Paz evoca esos tiempos: "En la rebelión juvenil me asalta, más que la generosa pero nebulosa política, la reaparición de la pasión como una realidad magnética. No estamos frente a una nueva rebelión de los sentidos, a pesar de que el erotismo no está ausente de ella, sino ante una explosión de las emociones y de los sentimientos. Los muchachos descubren los valores que encendieron a figuras tan opuestas como Blake y Rousseau, Novalis y Breton: la espontaneidad, la negación de la sociedad artificial y sus jerarquías, la fraternidad no sólo con los hombres sino con la naturaleza, la capacidad para entusiasmarse y también para indignarse, la facultad maravillosa, la facultad de maravillarse. En una palabra: el corazón. La tradición de estos jóvenes es más poética y religiosa que filosófica y política; como el romanticismo, su rebelión no es una disidencia intelectual, una heterodoxia, como una herejía pasional, vital, libertaria... no es la ideología de los jóvenes sino su actitud

abierta, su sensibilidad más que su pensamiento, lo que es realmente nuevo y único. Creo que en ellos y por ellos despunta, así sea oscura y confusamente, otra posibilidad de occidente, algo no previsto por los ideólogos y que sólo unos cuantos poetas vislumbraron. Algo todavía sin forma como un mundo que amanece. ¿O es una ilusión nuestra y esos disturbios son los últimos fulgores de una esperanza que se apaga?".

En los cincuenta, los epígonos de la contracultura norteamericana son la llamada Generación *beat*. Su legado es recogido, de alguna manera, por el movimiento hippie, con su ataque vertical a la ética imperante y a los valores establecidos, pero sin postular intenciones políticas. Los hippies no pretendían cambiar el orden de las cosas, simplemente se marginaban.

Así, mientras para unos jóvenes no tener metas ya era una meta, para otros se trataba de cambios radicales del modo de vida, del cambio de la sociedad, de la creación de un hombre nuevo.

De nuevo Paz: "¿O la rebelión juvenil es un indicio más de que vivimos un fin de los tiempos? Ya dije mi creencia: el tiempo moderno, el tiempo lineal, homólogo de las ideas de progreso e historia, siempre lanzado hacia el futuro; el tiempo del signo no-cuerpo, empeñado en dominar a la naturaleza y domeñar a los instintos; el tiempo de la sublimación, la agresión y la automutilación: nuestro tiempo se acaba. Creo que entramos en otro tiempo, un tiempo que aún no revela su forma y del que no podemos decir nada, excepto que no será tiempo lineal ni cíclico. Ni historia ni mito. El tiempo que vuelve, si es que efectivamente vivimos una vuelta de los tiempos, una revuelta general, no será ni un futuro ni un pasado sino un presente. Al menos, esto es lo que, oscuramente, reclaman las rebeliones contemporáneas".

La modernidad. La crisis de la modernidad, que hace sentir su profundidad porque se refiere a las relaciones en-

tre los elementos constitutivos de todas las sociedades: las relaciones entre los hombres y las mujeres, entre adultos y jóvenes, de estos con los niños, entre generaciones, entre el hombre y la naturaleza. Todos. Todos estos vínculos han entrado en crisis.

"La modernidad, dijo Estanislao Zuleta, ha hecho explotar una cosa nueva en el vínculo societario, ha hecho explotar los conflictos más hondos, el conflicto entre hombres y mujeres, ahora lo llaman feminismo y realmente las feministas han hecho el mejor trabajo en ese sentido, pero también la rebelión que llamamos juvenil tiene mil formas, por ejemplo, una forma negativa: nosotros no seremos como nuestros padres. Eso se expresa de mil maneras, pero hay un gran NO, nosotros no vamos a ser repetidores de nuestros padres; esto es relativamente nuevo, relativamente porque siempre ocurrió, pero nunca ha ocurrido con tanta fuerza como hoy.

"Pero ahora, concluye Zuleta, parece que la juventud ha decidido no ser incluida en la economía de la repetición, que incluye la rebelión, tender a algo distinto, a otro tipo de relaciones humanas, a otro tipo de valoración de la vida y no solamente a una pelea con el papá para poder ser igual a él. La crisis que llamamos modernidad es una crisis muy compleja que incluye una postulación que nunca se ha dado: interrogarse por las relaciones entre hombres y mujeres, esa es una novedad de nuestra civilización: las civilizaciones anteriores eran estables precisamente en la medida en que no se preguntaban por eso, lo tenían resuelto de antemano. Nosotros ahora sabemos que no está resuelto, no sabemos cómo debe ser, cómo pueden ser... Una crisis impulsada por movimientos diversos, dispersos, que no son reglamentarios, que no aspiran al poder político, que se llaman pacifistas, ecológicos, feministas, o simplemente recusaciones de la vida social vigente, que se pueden llamar hippies o de otra manera..., y si hay algo profundamente moderno es precisamente el hecho de que

lo que está en nosotros más arraigado, lo que es más inevitable se encuentra en crisis. Modernidad es esa crisis de lo más profundamente arraigado, crisis de lo inevitable; la inevitable diferencia de sexos está en crisis, la inevitable diferencia de las edades está en crisis".

El Woodstock paisa

Y culminando este gran revoltijo universal llega entre el 15 y el 17 de agosto de 1969 el Festival de Woodstock en Nueva York. La prensa, entonces, decía: "Unos 500 mil jóvenes de ambos sexos, se hallaban concentrados en las inmediaciones de White Lake para participar en el festival de música rock y folklórica de Woodstock. Por 18 dólares usted será testigo y protagonista de tres días de paz, amor y música. Durante tres días la música y el encuentro serán símbolos del ¡NO! a la guerra, al hambre, al sufrimiento. Del ¡SÍ!, a la esperanza y a la alegría. Será una fiesta inolvidable. ¡No se pierda este encuentro que cambiará el mundo!".

"Festival Woodstock.1969. Música. Amor. Marihuana. Bluyines. Libertad. Guitarras. Olor a tierra. Hacer el amor. Camisetas. Lluvia. Incomodidades. Frío. Un mar de gentes. Tatuajes en el cuerpo. Flauta. Lodo. Desnudez. Inmensas filas. LSD. Baile. Canto. Vuelo...

Woodstock.1969. Blusas de flores. Montaña. Aire. Hachís. Carpas. Anticonceptivos. Pelos largos. Sopa. Traba. Meditación en el Swami Satchidananda. Paraguas. Guitarras. Chaquetas. Opio. ¡Paz, hermano!. Cuerpos empapados. Lodo. Plásticos. Miles de muchachos con ansias de que su mundo cambiara". Así lo resumió Margarita Inés Restrepo Santamaría. Casi un compendio exacto de lo que sucedería en el parque de Ancón en junio de 1971.

Y todo en Medellín, para ajustar, la ciudad pacata de Colombia, Eterna primavera de la hipocresía, la asustadiza y cruel y vengativa y corrompida y rezandera. Roma de las

rifas y de las trampas, regida hasta hoy por los enredijos de rata del tanto por ciento y el cuánto me debés. (¡Cómo la queremos!).

Por una diabólica simplificación los antioqueños, confunden el misterio de un destino con la ramplonería del oficio, la vivencia con la supervivencia, un lugar en este mundo con una casilla en la nómina: la meta es acomodarse y la virtud medrar. El sueño dorado del paisa es culminar una carrera o alcanzar el éxito, que para ellos es el triunfo en los tejemanejes del trueque, la compraventa y el contrabando. Esto angustia, es tétrico e insalubre para crecer, afea y ennegrece la juventud y el aprendizaje de la aritmética, ciencia esencial entre tenderos, reino de la bárbara sensualidad, entendedor del mundo como acumulación y ruido, acción y excremento. Todo la diatriba es de Eduardo Escobar.

Comenzando la década de los años 60, Medellín presentaba el mismo aspecto que más de cien años atrás describía Emiro Kastos: "las mujeres, como siempre, encerradas en sus casas, vegetando sin sociedad y sin placeres, los hombres reuniéndose en las mismas partes, conversando de las mismas cosas, los jóvenes buscando en los vicios las emociones que les niega la monotonía social, y los viejos corriendo tras los pesos y economizando como si la vida durara mil años... Así es muy difícil conservar imaginación y entusiasmo, casi imposible tener talento. Las gentes no se sienten ligadas por ningún lazo de afecto y simpatía. Todo lo enfría el egoísmo y una codicia desenfrenada hace que la sociedad sea un estado de guerra permanente. No puede concebirse que haya tantos hombres juntos llevando una vida tan estúpida".

Hacia 1935, en *Los Negroides*, Fernando González en Envigado, sentenciaba: "el medellinense tiene su lindero en sus calzones; el medellinense tiene los mojones de su conciencia en su almacén de la calle Colombia, en su mangada de El Poblado, en su cónyuge encerrada en la

casa como vaca lechera. Motivación estéril. Motivación individualista. Gente que mata la vaca del vecino cuando muerde la yerba del cerco divisorio. Gente vengativa. Gentes que han construido habitaciones llenas de comodidades para su pobreza espiritual”.

En este ámbito cultural, de sueñera y pesadez, organizó Carolo el Festival de amor y música de Ancón. Un reto a la tradición antioqueña y del país. Un rompimiento. Una palada inmensa de música y protesta para dejar en claro la brecha generacional e histórica. Un enfrentamiento con los poderes del momento y, también, un enfrentamiento entre esos mismos poderes: los organismos de seguridad y el clero oficial, la Arquidiócesis contra el Ejecutivo local, y obvio, contra los organizadores y participantes en el Festival.



Mientras la jerarquía católica y los medios de comunicación acusaban a los alegres y desprevenidos asistentes a Ancón de corruptos, degenerados, proscriptos, agentes de poderes extranjeros, drogadictos, seres moralmente execrables, otro era el sentir y el pensamiento de los miles de participantes que durante tres días soportaron agua, lodo y música de todas las calidades posibles.

La Arquidiócesis y sus medios de comunicación afines, apostaron por lo anacrónico, nunca entendieron el cambio de los tiempos, jugaron las cartas de la moral pacata y tradicional y perdieron.

Pocos años antes el cura Camilo Torres Restrepo, ante una multitud de jóvenes universitarios, había fijado una posición algo diferente de ambas partes: “Al terminar la carrera, el inconformismo de ustedes decaerá probablemente, salvo algunas raras excepciones. Los que fueron los más aguerridos revolucionarios durante los estudios, en muchas ocasiones comienzan a hacerse perdonar de las oligarquías sus devaneos juveniles. Por eso, frecuentemente, los estudiantes más revoltosos se convierten en los profesionales que defienden con más ahínco los privilegios, los símbolos de prestigio, y aun las formas exteriores de vida de las clases dirigentes.

El apego a esos símbolos de prestigio es una trampa para caer en el aburguesamiento. La sociedad nuestra es una sociedad burguesa. Los estudiantes participan subconcientemente de los valores de esta sociedad aunque conscientemente los repudien. Una forma de repudio exterior de esos valores se manifiesta en los vestidos pobres y raros, en la barba y en las costumbres antitradicionales de muchos universitarios. Sin embargo, la imagen de lo que debe ser un profesional sigue siendo una imagen burguesa. El profesional, el doctor, debe estar bien vestido, vivir en una casa o apartamento bien amueblado, tener automóvil, tener oficina bien equipada, con sala de espera y secretaria. Es decir, puede que la persona esté vestida con sandalias, suéter largo, barbas, sin peinarse y con libros existencialistas bajo el brazo, pero al mismo tiempo piensa que él, como biólogo, como médico, tendría que andar con auto, paraguas y sombrero hongo.

Preferible que ninguno de ustedes tuviera barba, pero que vivieran en barrios obreros; preferible que no se vistieran distinto por gusto, sino que por necesidad se vistieran como los obreros, por no haber encontrado un empleo debido a sus ideales revolucionarios".

Entretanto, en junio de 1971 el tono de las gentes buenas y cristianas de Antioquia sobre el Festival de Ancón era: "Se trata de una reunión de seres anormales y deshonestos en su máximo, es un evento degradante y repulsivo".

El editorialista de *El Colombiano*, Juan Zuleta Ferrer, también sin entender bien qué sucedía, afirmaba que fue una reunión con muy pocos hippies auténticos y muchas gentes disfrazadas con atuendos inverosímiles que buscaban una semejanza que no encontraron... "El movimiento hippie no alcanza siquiera la categoría de una protesta. Es un abandono, una fuga de la sociedad, un regreso a una vida dominada por reacciones simples y primitivas, un rechazo a la cultura y al progreso. Ni siquiera pueden evadirse de la angustia que domina al hombre de hoy. Su filosofía no es nueva. Ya la expusieron ideólogos y pensadores del siglo

pasado. Es, en síntesis, un intento de imitar al buen salvaje que, a fin de cuentas, resulta más salvaje que bueno".

Y sintetizaba su concepto del Festival: "No fue auténtico. Había más disfrazados que hippies verdaderos. Fue también un sórdido negocio. No hubo desgracias, ni violencias físicas ni escándalos públicos. Pero tampoco un mensaje positivo para nuestro pueblo". Y sin embargo, a su pesar, el fantasma de Ancón ha recorrido por treinta años el ambiente, cambiando costumbres, relaciones, sentimientos, vestuarios, formas de vida. *Et nemini culpa imputanda est.*

Hoy, treinta años después, Álvaro Villegas Moreno, al evocar lo ocurrido, piensa que sus actuaciones de entonces fueron acertadas. Fue una respuesta, una apertura hacia la juventud en un momento de una gran brecha entre generaciones. Fue una época de grandes conflictos estudiantiles y el Festival sirvió para distensionar el ambiente. Ancón le mostró a los padres de familia, a los mayores, a los dirigentes, que la juventud tenía otros pensamientos y valores y otros moldes para entender la sociedad. La Curia y algunos sacerdotes fueron los grandes publicistas del Festival, que volcó a toda la población al parque para ver las violaciones y atrocidades que ellos anunciaban en los púlpitos.

Ancón sirvió para que una sociedad tradicionalista, pacata, y anquilosada reflexionara y cambiara de actitud frente a los jóvenes y a los nuevos movimientos musicales, de vestuarios, de peinados, de costumbres. Ancón trajo muchas consecuencias para la región y el país.

"Yo autoricé la realización de un festival de música rock tomando todas las medidas para evitar desbordamientos, aunque en otro sentido, las masas desbordaron todas las previsiones, las de las autoridades y las de los organizadores. Pero el balance fue positivo en todo sentido. Pese a los ataques de la prensa, de algunos curas y dirigentes políticos, y a que debí salir de la Alcaldía por autorizar el Festival".

Y los ataques eran furibundos, fundamentalistas, ahistóricos, bobalicones, perversos y malintencionados, infantiles, eran atropellos impunes, escarnios sin piedad. En el editorial de *La hora católica* de junio 20 de 1971, el cura Fernando Gómez Mejía decía: "Los festivales hippies constituyen el más desgarbado certamen de indignidad, de degeneración, de cinismo, de vulgaridad, de corrupción. De escándalo y de vergüenza para una sociedad. Ese mundo de los vagos, de los perezosos, de los drogados, del desaseo físico y moral no tiene por qué recibir el apoyo de la autoridad, ni de los órganos de publicidad, ni de una sociedad que se precie de culta y cristiana. El Alcalde autorizó a los millares de hippies a que nos invadieron como una arrolladora avenida de fango putrefacto para que abofetearan con sus manos sucias el rostro de la ciudad, para que invitaran a los niños a ser maleducados, ruines, perversos y para que incitaran a la juventud a embrutecerse en el mundo del amor libre y de los estupefacientes destructores y enervantes".

Y continuaba la diatriba: "La insólita conducta del Alcalde, lo priva de toda autoridad moral y cívica para continuar rigiendo los destinos de Medellín, la ciudad culta, honorable y digna espera su renuncia. No le faltará qué hacer en la república de los hippies, donde será acogido por una salva de aplausos y coronado como el rey de la turba delirante de vagos y degenerados que hablan con voz entrecortada, miran con ojos cansados de marihuana y disputan a los animales inmundos el fango y la hierba maldita.

"Muchas gracias, Alcalde, por la humillación. Felicitaciones por su responsabilidad en el cumplimiento del deber. Congratulaciones por sus maravillosos planes turísticos y, sobre todo, por la clase de turistas que trajo. Reconocimiento a su amor por Medellín y a su respeto por nuestra sociedad y por las tradiciones cristianas de nuestras gentes. Con Usted, Medellín irá muy lejos, pero hacia la degradación, hacia el abismo, hacia la derrota, hacia el descrédito, hacia la corrupción, hacia la oscuridad. En una palabra: la

ciudad ha sido víctima de la más humillante de las alcaldadas". Tal era el estilo de los tiempos, un festival de música que cambio una época, una sociedad.

El propio Carolo, en su momento, aclaró: "lo que pretendimos y logramos demostrar, proyectando y realizando el Festival Musical de Ancón, fue que existe un importante grupo de jóvenes deseosos de disfrutar de unos días de paz, fraternidad, música y olvido de las cosas tan feas, deprimentes y corruptas que constituyen el pan de cada día de esta asfixiante sociedad, hipócrita y pacata en que vivimos".

Carolo afirma que "el Festival produjo tanta energía que las Empresas Públicas e ISA tuvieron que instalar una subestación en Ancón, y produjo tanto amor que esas tierras quedaron bendecidas para hacer el amor y para instalar la mayoría de los moteles del Valle de Aburrá". Por esto, cada que inauguran un motel en ese sector, Carolo es invitado de honor a la inauguración y de allí sale con una tiquetera.

El Festival de Ancón: un quiebre histórico es un libro con fotografías de época, testimonios de sus principales actores y crónicas y entrevistas de los más destacados periodistas colombianos que asistieron al Festival de paz, música y amor, como Germán Castro Caycedo, Fausto Panesso, Henry Holguín, Leonel Gallego, Juan José García Posada, Elkin Mesa, Juan José Hoyos, Jaime Espinel, Rodrigo Maya, Francisco Velásquez, Patricia Nieto, Óscar Domínguez, Jorge Giraldo Ramírez, Vicky Trujillo, Luz María Montoya, Carlos Uribe, José Libardo Porras, Jairo Osorio Gómez, Elkin Restrepo, y Wilmar Vera (hombre que fue concebido en Ancón).

El libro rememora, a los 30 años de sucedido, el Festival de Ancón, pero es también la memoria de la ciudad que fue. Ojalá esta vez, la que sucede sea la ruptura generacional con la guerra, con la violencia, con la intransigencia y la

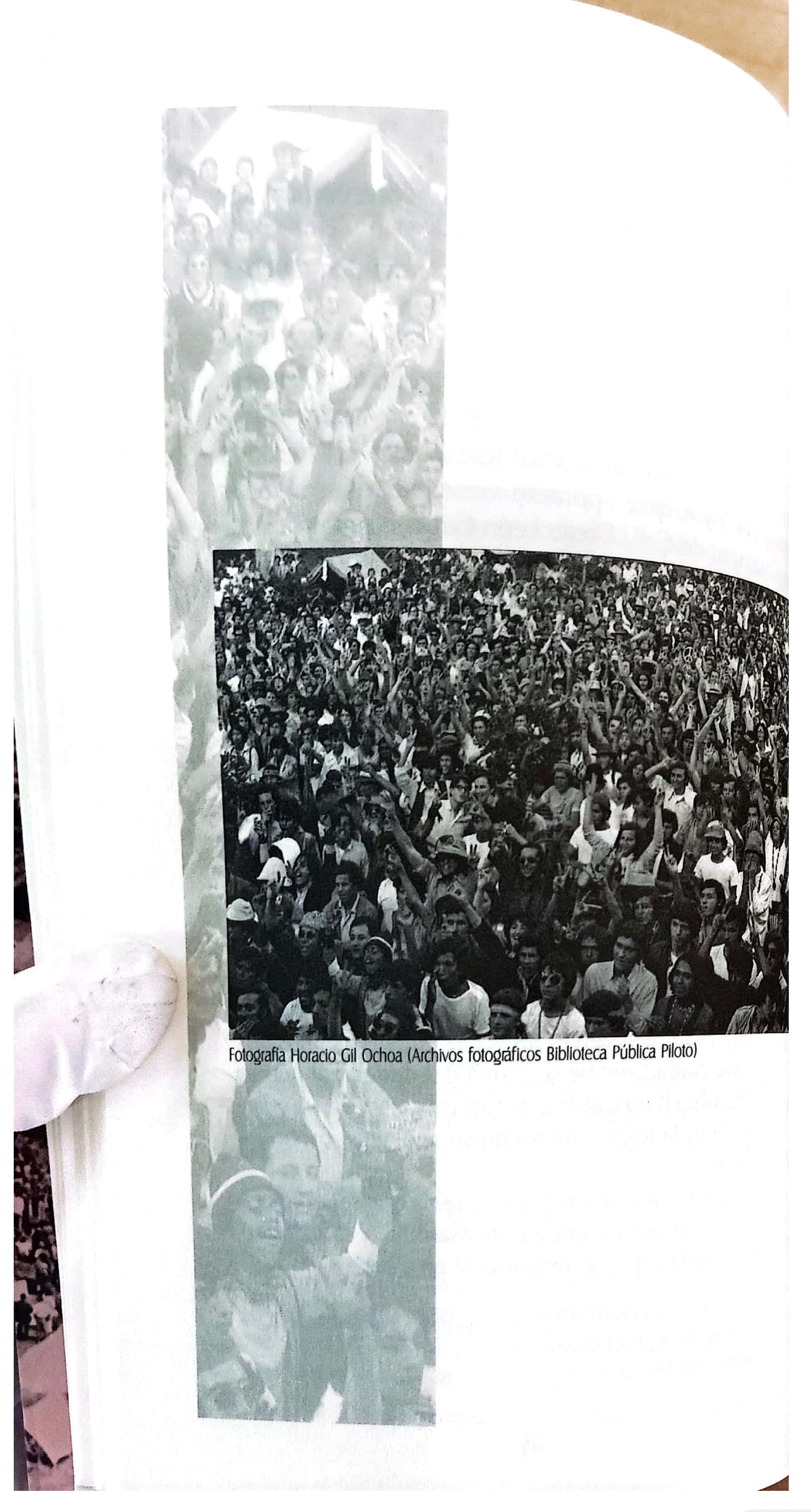
intolerancia. La lucha ya no es por el amor libre, como hace 30 años, la lucha de hoy es por la vida.

Finalmente, en la memoria del festival quedan muchos nombres. Hoy recordamos a Humberto Caballero, ya fallecido, socio de Carolo en la empresa; a Carlos Aramburo, que movió a todo el mundo, hasta el Procurador General, su padre, para que el DAS no se excediera en sus procedimientos; Gustavo Arenas, *doctor Rock,* quien inició todo; Rodrigo Gil, *Yiyar,* quien primero mencionó a Ancón; Manolo Guzmán, de Cali; Diego León Giraldo, promotor del evento en los medios de comunicación; Aurelio "Grillo" Toro, quien con su emisora *La Voz de la Música* transmitió 72 horas del Festival, con alambres y cachivaches para su sede de Envigado; Leonardo Nieto, aportante del único capital extranjero; a *Barquillo,* por sus oficios ante las autoridades de la época y por presentar a otros colaboradores de Ancón, Luis Fernando Escobar, Juan Camilo Uribe y Javier Betancur. A todos los asistentes que treinta años después añoran esa fiesta de la solidaridad, el amor y la paz, el Festival de Ancón de 1971.

La memoria de Ancón vuelve a la ciudad gracias a Marduk Sánchez Castañeda, rector del Instituto Tecnológico Metropolitano, quien siempre consecuente con su discurso, sabe que la ciudad está hecha de sueños y deseos, y que nosotros somos, apenas, las voces que la hacemos posible. "Cada ciudad recibe su forma del desierto al que se opone", escribió Italo Calvino. *El Festival de Ancón: un quiebre histórico* es la forma del Medellín que quizá continuamos teniendo.

El editor, también, apenas obvio, tenía que ser el colega Jairo Osorio Gómez, la otra voz de Marduk. A ellos, la gratitud de la ciudad que se reconocerá en estos textos.

Medellín, noviembre de 2001



Fotografía Horacio Gil Ochoa (Archivos fotográficos Biblioteca Pública Piloto)

Festival de la delincuencia

Nota editorial de *El Colombiano*

Para este 18 de junio está programada la inauguración del festival de la paz y el amor en Medellín. Durante el cual se darán cita centenares de hippies nacionales y extranjeros. La noticia no tendría nada de alarmante, si no supiéramos que detrás de ese hermoso, pero falso lema se esconde un mundo de corrupción y delincuencia, que ha llenado de vergüenza y dolor a los países y ciudades que han tenido la desventura de ser escenario de tales certámenes de depravación moral.

Lo que va a ocurrir en la ciudad de la eterna primavera y capital de las orquídeas, nos duele y nos preocupa. Porque de la orgía hippista, que se desarrollará durante cuatro días con sus noches, quedarán muchos estigmas, para vergüenza de los colombianos, de la sociedad y de las autoridades que aceptaron la realización del festival.

No quisiéramos saborear después la experiencia y la decepción amarga del pueblo chileno, que el año pasado sufrió vergüenza y humillación, por la complacencia que hubo en un sórdido certamen de esta naturaleza, en el que participaron cinco mil hippies, cuyo saldo fue el de 300 niñas violadas, cinco asesinadas y quince que no regresaron a sus hogares.

La prensa de todos los matices políticos, condenó aquella orgía de drogas, marihuana, sexo y actos delictivos, que afligió a muchos hogares y alertó al gobierno, que pidió la intervención de una Comisión del Senado y de la Cámara, para estudiar a fondo los correctivos que debían ponerse, a lo que se llamó "la desnacionalización de la patria".

Los editoriales que entonces se escribieron, fueron desgarradores. Pero ya era demasiado tarde. Porque, como

lo anotó *El Mercurio* en su principal nota editorial, "sin duda fue un error grave la tolerancia de las autoridades y de la opinión pública, con un fenómeno que se ha interpretado como signo de tiempos nuevos, y que en realidad, parece consistir en un síntoma de madurez excesiva de ciertas sociedades".

El rotativo santiagüeño observaba, alarmado, que el escándalo del festival hippie, constituía una lección de amplias proyecciones para la juventud y el país, pues en todos los niveles sociales hay jóvenes que poseen ideales más vigorosos, que esta pretendida liberación por la droga y el sexo.

El editorialista remataba: "El escándalo reciente es una llamada de atención para los padres de familia, para los educadores, para los hombres de Estado y para los medios de difusión. Todos ellos deben proporcionar una ejemplaridad más alta a la niñez y a la juventud y asociar la comprensión con el criterio moral que corresponde a la sociedad".

Pero, he aquí, que ahora queremos imitar lo malo, doloroso y repugnante que ha ocurrido en otras sociedades. Con idéntica indiferencia e insensibilidad moral, para después llorar sobre la ruina espiritual de nuestra juventud, motivados, tal vez, por el miedo de no aparecer como medievales, sino a la vanguardia de todas las libertades. Inclusive, aquella que permite todos los excesos, vicios y depravaciones.

Lo doloroso, además, es que se haya escogido una ciudad culta, amable, noble y tradicionalista, como es Medellín, que siempre ha sido fiel a los grandes valores de la nacionalidad.

¿Qué es un hippie?

Germán Castro Caycedo

Parece estar reunida aquí toda la filosofía del hippie colombiano.

Por las calles se escuchan, a toda hora, perdidas entre el ruido de la multitud, las palabras de la jerga hippie que, desde luego, pocos comprenden.

En los parques y cafeterías la gente calla tratando de oír a estos jóvenes que vienen de todo el país.

Cristo dijo, trabajen. Una vez lo dijo, pero la gente en su evolución tomó aquello como positivo. Y entonces solamente se pusieron a pensar en el desarrollo, en la maquinización, que alienan al hombre, que lo esclavizan. Cristo lo había dicho en forma diferente. ¡Qué pena!.

Este podría tomarse como uno de los principios de su filosofía. Los hippies, enemigos del trabajo, se hallan congregado aquí, entre otras cosas, para protestar contra él.

En esta ciudad que es la más industrial de Colombia (Medellín), tenemos que dejar un mensaje, el de la paz, el de la tranquilidad, dicen mirando las altas chimeneas que circundan la ciudad.

El trabajo de la ciudad nos oprime –dicen también–, solamente nos gusta el campo, que es lo único que necesita el hombre para vivir, porque tampoco hay que esperarlo todo de la tierra.

¿Y el amor? ¿Qué es para ellos el amor? Comprensión entre todos los seres vivientes. Los animales se quieren, se defienden entre ellos de quienes pretenden devorarlos. Entre los hombres también hay quienes quieren acabar con sus semejantes.

El sexo es solamente una parte del amor. Tal vez la más mínima parte. Quererse es encontrarse en paz consigo mis-

mo. Quererse es, ante todo, conocerse uno primero. Sin esto nadie podrá conocer a los demás. Quererse es, por ejemplo, no fabricar armas para la guerra.

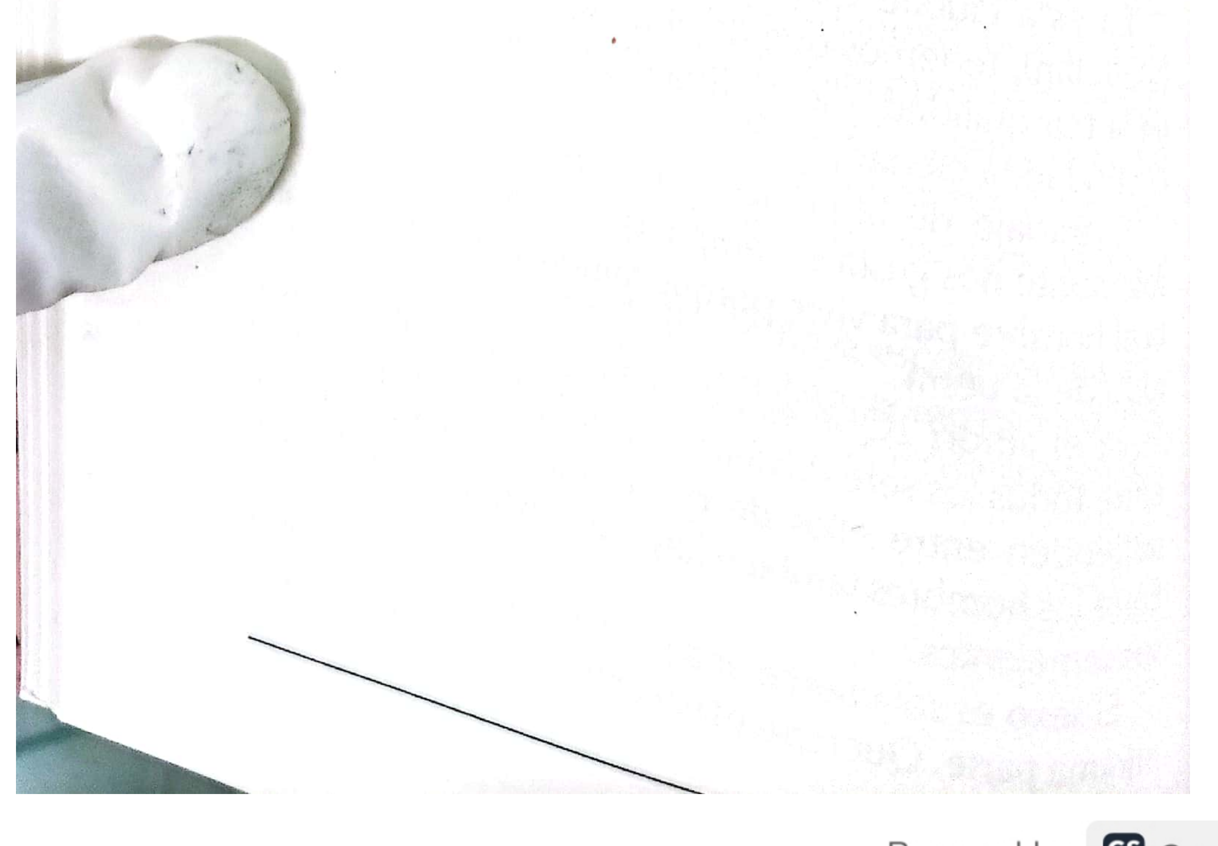
¿La política? "Eso no nos interesa. Toda la política es explotadora, es un caos organizado. Estamos seguros de que ni los mismos políticos saben que es la política".

El saludo de casi todos ellos es *déme un peso para comer.*

La frase se escucha cinco, diez, veinte veces cada vez que se sale a la calle.

Esta mañana, a la entrada del Festival, como cosa curiosa, los únicos que estaban por fuera eran los hippies que llegaron a última hora. Los curiosos compraban, en tanto sus boletas sin problemas.

"Déme un peso, necesito entrar", decían todos. Y agregaban: Mire, es triste ver esto: nosotros, los artífices, el elemento principal del festival, somos los únicos que estamos quedándonos afuera.



El Festival hippie: reto a la tradición

Germán Castro Caycedo

Medellín, 17. Desafiando la sociedad más tradicionalista de Colombia, miles de jóvenes iniciarán mañana poco después del mediodía, 72 horas de *purificación* continua, al compás del sonido de guitarras eléctricas y artefactos de percusión.

Esta madrugada en el parque del Ancón, a unos dos mil metros de un santuario de la virgen de Chiquinquirá –en el católico pueblo de La Estrella– los primeros 200 hippies habían ocupado el campo y esparcido el aroma ácido de sus cigarrillos.

Más tarde, a las once de la mañana, algunos de ellos ocuparon la zona de *purificación* y tomaron un prolongado baño, desnudos, mientras decenas de curiosos rodeaban el lugar.

Allí durmieron bajo carpas, casuchas improvisadas con tablas, trozos de plástico o de papel, tras haber recorrido, la mayoría a pie, centenares de kilómetros desde todos los puntos cardinales de Colombia.

Antes de atravesar el pequeño puente de hierro y madera colocado por las autoridades sobre el río Medellín, a la entrada del campo, los hippies grabaron con tiza tres palabras: *Todo será amor*. Entretanto, sobre una pared cercana a la casa cural de La Estrella, acaso coincidencialmente, se escribió: *Siquiera se murieron los abuelos*. Las dos frases parecen resumir el violento choque de generaciones que ha partido en dos a la sociedad de Medellín.

De una parte, los jóvenes que quieren liberarse –según sus palabras– de normas y costumbres de vida arraigadas en el hogar antioqueño, y de la otra, los padres que desaprueban enérgicamente el festival.

Las palabras de monseñor Tulio Botero Salazar, arzobispo de Medellín, se han levantado en medio de las dos corrientes, por segunda vez, veinticuatro horas antes del Alfa, que será mañana un poco después del amanecer.

En una oficina espaciosa, en el centro de los tibios corredores de su palacio, Botero Salazar dijo: "Por los frutos se conoce el árbol. Esos jóvenes son el fruto de los hogares modernos. En la familia hay buena parte de la culpa de lo que va a suceder, porque los muchachos son víctimas de algo. Ese algo es una pedagogía educativa defectuosa por parte de los padres, en la que faltan confianza, diálogo con los hijos. Estos a su vez, no son tratados como amigos, porque continúan bajo una autoridad que sólo existe para mandar y que tiene que acabarse".

Más adelante, Botero Salazar anotó: "Pero también. Por otra parte, nos hemos ido al extremo, hasta el punto de padres que renuncian a toda autoridad. Por sobre todo, hay que vivir la vida de los hijos y para eso es necesario comprenderlos. Respecto de todo eso debemos interrogarnos todos y ver que parte de culpabilidad que todos compartimos, nos corresponde en estos fenómenos que acusan a las claras una educación equivocada".

Monseñor Botero Salazar volvió a censurar en entrevista con *El Tiempo*, a las autoridades locales por haber permitido la realización del festival rock.

Sin embargo, el alcalde Álvaro Villegas, un ingeniero de 35 años, habla del permiso concedido a los jóvenes para la realización del Festival, admitiendo que ha desatado sobre sus hombros una censura violenta por parte del amplio sector tradicionalista de la sociedad antioqueña.

"Sólo hemos reconocido un hecho. En todos los países del mundo se da permiso a los jóvenes para que realicen esta clase de festivales... ni en Medellín, ni en Colombia entera hay un solo joven a quien no le guste la música rock. Exótica por el hecho de que la toca gente que no se afeita,

que no se baña. Dimos permiso para este festival de música, como lo dimos para el del tango que comienza el lunes".

A su vez, el director de la oficina de Recreación y Cultura, Alejandro Duque, (24 años, economista), y Gonzalo Gallego, (25 años, abogado), quienes tienen a su cargo la coordinación por parte del Municipio, expresan: "No podemos seguir siendo una ínsula, apartados de toda clase de movimientos que debemos aceptar".

Sin embargo, las autoridades se hallan preocupadas por la posición que ha tomado la Curia arquidiocesana, expresada por las palabras de monseñor Botero Salazar. Usted no sabe lo que aquí en Antioquia, en este ambiente, significa un *Nos, Tulio Botero*, comentan a pocas horas de la iniciación del festival.

El miércoles los organizadores de la reunión juvenil, Gonzalo Caro (22 años, sexto semestre de economía) y Humberto Caballero (20 años), dirían en una rueda de prensa, hecha con base en respuestas cortantes con perfiles de sátira: "Si alguien se escandaliza las puertas están abiertas. Ustedes preguntan si alguien se va a desnudar. No es cosa de nosotros. Si lo hacen, a lo mejor está bien hecho. No vemos por qué se van a escandalizar del cuerpo humano que es lo más bello".

En la rueda de prensa Caro y Caballero parecieron, por sus respuestas, estar frente a una barrera que los separa de la media docena de hombres con corbata y de mujeres con los ojos pintados, que anotábamos todas sus palabras. Su mentalidad, al parecer, estaba distante de nosotros.

"Hemos censurado la música, es decir, no se tocará cierta clase, como la nadaísta. Los nadaístas son eso: nada". Comentaron, esbozando, como siempre, una leve sonrisa de sarcasmo.

Se preguntó si los padres de familia tenían derecho a protestar. Su respuesta fue seca: "Ellos no han sabido planificar su hogar, comprender a sus hijos. Por eso es que

ellos se salen a escondidas, por la ventana en lugar de hacerlo por la puerta".

Gonzalo Caro es el principal promotor del Festival. Dueño de un caluroso y estrecho almacén de carteles, símbolos hippies y medallones de cobre en el pasaje Junín, se retiró de la universidad "porque me estaba alienando". Una vez fuera, siente que ha podido realizarse y proyectarse.

Para él, el lunes cuando acabe el festival, habrá muchos que cambiarán la piedra por la guitarra, porque "yo fui uno de ellos". Hace dos años, Caro vio caer envueltos en llamas, frente a él a dos policías por un coctel molotov que se les lanzó en una manifestación. Hoy, dice poniéndose serio, comparto con los policías hasta un confite... Y si quieren, un cigarrillo de marihuana, una vez comience el Festival.

Los hippies mencionan la marihuana siempre que se habla con ellos, porque satíricamente quieren aguijonear a todos los que se escandalizan, porque ellos la utilizan.

El Arzobispo de Medellín condena Festival de rock

Camilo Tovar Ramos
De la redacción de *El Siglo*

Tulio Botero Salazar, arzobispo de Medellín, condenó enérgicamente la realización del festival de rock que tendrá lugar en el pequeño municipio de La Estrella en la periferia de la capital antioqueña por considerarlo "un hecho que atenta contra las buenas costumbres y la moral cristiana, además de que nos hallamos en estado de sitio".

Sobre las medidas que tomaría la curia en torno a la celebración de este evento, manifestó: "desafortunadamente sólo esta mañana tuve conocimiento de este hecho, gracias al párroco local. Me ha causado profunda extrañeza porque de antemano se conoce las consecuencias que su realización acarrea, bajo el aspecto moral y en general contra la integridad física de los manifestantes.

Por más que se diga que será un evento supervigilado, es factible advertir la dificultad que implica controlar multitudes, eso es realmente imposible. Será dado allí que esas muchedumbres se dediquen a consumir marihuana y a entregarse al desorden moral y presentar espectáculos deprimentes a los ojos de la sociedad, hechos a los que suelen darse como marco un festival de música moderna".

En estado de sitio

Agrega Botero Salazar: "no termino de salir de este estado de impresión y extrañeza que me ha causado la noticia, desafortunadamente tardía, porque de habernos percatado oportunamente habría evitado ese insuceso, por considerar lo que es. No me explico cómo las autoridades locales han

permitido que en un ambiente tan profundamente cristiano como el de Medellín, se lleven a cabo eventos de esta naturaleza.

Ahora nos hallamos en Estado de sitio, en el que se prohiben las grandes aglomeraciones, y es precisamente este Estado de sitio para que se imponga contra todo lo que atente contra la seguridad del Estado, que con mayor razón debiera hacer valer su ley, cuando amenazan males sociales y morales incalculables.

Ya es imposible hacer algo. Las familias del sector de La Estrella están aterradas y extrañadas. No saben para dónde coger, pues son muy católicas y no están acostumbradas a ver esta clase de jóvenes en reuniones tan grandes, cuyo resultado ya se anticipa. Una intervención mía sería ineficaz.

Quiero hacer pública la protesta de la Iglesia, en nombre de la sociedad cristiana, en nombre de todo el pueblo contra estos espectáculos denigrantes. Mi protesta también va en nombre de la moral y de las buenas costumbres.

Si se tratara de una juventud –por fortuna no toda la juventud es así– que defiende una causa noble, que promueve la cultura, el adelanto, el progreso de los pueblos, sería algo son límites de satisfacción, pero no que se geste el empobrecimiento de la vida moral en la juventud, tan necesitada de altos ideales. Lamento que las autoridades no hayan tenido en cuenta el precepto católico, el concepto de la iglesia. No me consultaron. Yo habría dado mi negativa. Eso no traerá ningún beneficio para nadie. Por el contrario...".

Los promotores

¿Y quienes son los organizadores del evento, señor arzobispo? "No sé, no tengo idea si es una entidad grande o pequeña. Hasta donde entiendo son unos muchachos vagos, unos hippies que no se han dejado ver mucho... Uno de ellos es extranjero".

¿A qué atribuye esa rebelión, cuáles son sus causas? "Son muy variadas y profundas. Todos tenemos un poco de culpa. Nadie puede tirar la primera piedra. Me parece interesante e importante que se examinen esas causas primeras de las que han emergido estas consecuencias fatales. Porque estos jóvenes vienen a ser las víctimas. A los padres de familia les cabe una responsabilidad inmensa".

¿Y cómo ve el futuro de estos jóvenes? "Me parece tenebroso. Oscuro, lamentable, pero en realidad estos jóvenes son víctimas de estructuras mal infundadas, débiles y de sistemas educativos muy equivocados y ahí es donde debe corregirse el mal. Debe cortarse de raíz para que no lleguemos a contemplar situaciones tan amargas, tan lamentables y sobre todo, tan reales".



Acto de inauguración, Festival de Ancón, viernes 18 de junio de 1971 (Foto Hernando Vásquez - *El Colombiano*)

El Alcalde de Medellín abrió Festival hippie

Jaime González Restrepo

Medellín, Junio 18. El alcalde de esta ciudad, Álvaro Villegas Moreno, en medio de las aclamaciones de 10 mil personas entre hippies y curiosos que se congregaron en el parque del Ancón, inauguró oficialmente, el festival de rock a la una y 40 minutos de esta tarde.

El alcalde, quien llegó acompañado de su esposa y de otros altos funcionarios del Gobierno municipal y departamental, dijo: "Me siento muy complacido de inaugurar oficialmente este festival".

Los jóvenes rebeldes muy emocionados, expresaron su amplia simpatía por el joven mandatario, que vestía un atuendo deportivo.

Algunos manifestaron: *El alcalde está con nosotros*. Pero otros fueron más contundentes y dijeron: *Es de los nuestros.*

Uno de los organizadores del certamen entregó al Alcalde una de las camisetas con las cuales se quiere perpetuar la celebración del primer festival de música rock que se realiza en Latinoamérica, con la participación de 23 de los más prestigiosos conjuntos de música moderna y de protesta.

El primer conjunto en intervenir fue *La Gran Sociedad del Estado*, integrado por cuatro jóvenes melenudos, uno de quienes ostenta el título de ingeniero, es hijo de uno de los más destacados compositores colombianos, el maestro Camargo Spolidore. Las primeras interpretaciones del grupo fueron compuestas con base en temas bíblicos y dedicados a San Juan.

Uno de los integrantes del grupo, quien tiene a su cargo los instrumentos de percusión, realizó durante el concierto varios malabares y en ocasiones se colocó de cabeza, haciendo con las piernas la V de la victoria.

A pesar de los amagos de lluvia, los millares de personas no se amilanaron y continuaron impávidos admirando las interpretaciones del primer grupo que intervino. La mayor parte permanecieron sentados, con las piernas dobladas y en actitud de meditación, a la usanza de los monjes de la india que practican el yoga.

El orden fue la nota sobresaliente, a pesar de que por los contornos del parque no se encontraba un policía ni para un remedio. Los únicos gritos que se escuchaban fueron las aclamaciones a Villegas Moreno, quien ha entrado en la historia de las nuevas generaciones por su actitud liberal y comprensiva (a pesar de ser políticamente conservador), al permitir la realización de un evento de tal naturaleza por encima de núcleos ciudadanos que lo condenaron.

Sin aguardiente

Tal como se había anunciado, los organizadores no permitieron el consumo de aguardiente ni de otros destilados "para frenar los desbordamientos propios del alcoholismo". En las horas precedentes a la inauguración varias botellas fueron decomisadas por la guardia civil de melenudos y regadas por encima de las praderas que bordean el río Medellín, como en una actitud de *purificación*.



"Purificadora" peregrinación al Ancón

Germán Castro Caycedo

Medellín, 18. *Aún estamos en el signo de géminis, el signo de mercurio; con él todo es rápido. speed.* Las palabras de Gonzalo Caro, el organizador, fueron las primeras en escucharse, una media hora antes de iniciarse el festival rock.

El ambiente que enmarcó su inauguración era esta mañana, acaso más tenso que durante los días que antecedieron.

La prensa local saludó la iniciación del certamen con grandes columnas en las que se daban a conocer un par de comunicados en los que se condena el Festival. Uno está firmado por decenas de habitantes de La Estrella, el pequeño municipio en cuya jurisdicción está el parque de Ancón.

Se trata de una reunión de seres anormales y deshonestos en su máximo, dice el comunicado enviado a las autoridades y los órganos de información. El otro es una resolución de la Asociación de Colegios Privados de Antioquia donde, entre otras cosas, se dice: *Protestamos contra este acto contrario a las tradiciones de nuestro pueblo... Se trata de un evento degradante y repulsivo.*

El contraste estuvo en un grito largo de los hippies que sobre la hora de la inauguración, se congregaron por fin en torno al escenario.

Los directores del Festival, unos segundos antes, habían llamado, uno a uno, a todos grupos pertenecientes a los signos del zodíaco. Luego otro grito colectivo: *para ponernos en algo y llamar al sol que no quiere salir*. Con la voz lenta, alargando las palabras, uno de ellos trepó al tablado y tomo los micrófonos: *Todos somos hermanos, todos somos iguales en la música, lo único que puede unir al mundo.*

Las frases comenzaron entonces a sucederse: fue llamada una señora que había perdido un bulto de piña, a través de las diez y seis torres de altoparlantes regadas por el espacioso campo.

También se hizo relación a la droga: *La gente que tiene en el campo tiquetes de viajes cósmicos, mucho cuidado... y si alguien se siente mal, si alguien pone mucha carga en sus pasajes, aquí detrás del escenario estamos para ayudarlos.*

En tres carpas color naranja, la Cruz Roja estableció un puesto de socorro: *Nos hemos cuidado de traer buena cantidad de drogas, especialmente contra la intoxicación, contra alucinógenos y barbitúricos,* dice una enfermera voluntaria.

Siéntense todos. No importa que el piso este mojado, nosotros estamos calientes por dentro y con la música nos calentaremos aún más, dijo otra voz por las torres de parlantes.

Sobre la una y media de la tarde salió por fin el sol, entonces se escuchó un grito fuerte por todo el campo. Tras las palabras de apertura del Alcalde inaugurando el Festival, dos frases breves, Carolo, el organizador, respondió: *bien maestro, gracias por habernos permitido esto tan bello.*

La música ha de sonar todos los días hasta las nueve de la noche, cuando comenzarán las fogatas de amor. En torno a ellas se congregarán los jóvenes *para quererse en presencia del fuego.*

Se pregunta en qué consiste y con una mirada maliciosa, responde: *Es ver la candela, sentirla cerca de la carne para purificarnos... Los burgueses, ustedes los de corbata, siempre que oyen la palabra amor piensan en el sexo. Y amor, amigo mío, amor es todo, es admirar lo bello. La candela es bella.*

Peregrinación y barro

El campo de Ancón amaneció hoy empantanado. A la entrada hubo congestión en la mitad de la mañana, luego

sobre las tres de la tarde se volvió a apreciar el mismo fenómeno que, a medida que terminaba el día, desaparecía casi por completo. Centenares de curiosos que se vinieron caminando hasta aquí llenaron desde las primeras horas la carretera y el tránsito de automotores se hacía lento.

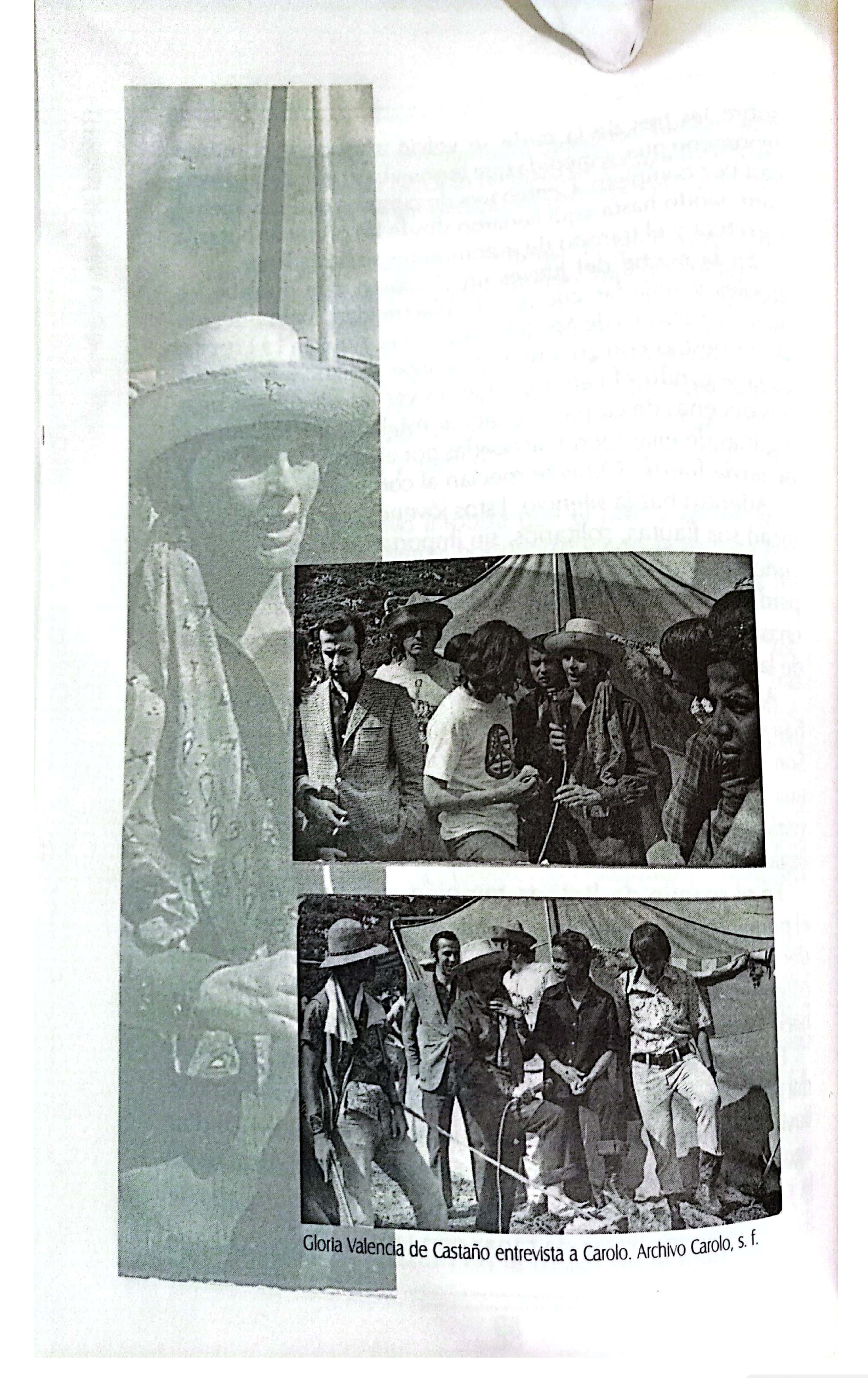
En la noche del jueves un chubasco que doblaba los árboles y unía las cuerdas de electricidad, había dejado algunos sectores de Medellín a oscuras. Aquí en La Estrella, la tempestad con continuas descargas eléctricas iluminaba cada segundo el campo, dejando ver las siluetas de unas tres decenas de carpas de colores instaladas por los hippies. Algunas de ellas fueron arrasadas por el vendaval mezclado de lluvia fuerte. Otras se mecían al compás de los árboles.

Adentro había silencio. Estos jóvenes que en la mañana tocan sus flautas, solitarios, sin importarles la avalancha de curiosos, tenían la misma cara anoche, los mismos ojos perdidos. Hoy los distinguimos con facilidad porque tienen unas ojeras enormes y sus caras están brillantes por el sudor de la noche.

Aún sin bañarse la mayoría de los *hippies* de verdad que han venido a este festival, parecen no interesarse por nada. Son acaso los menos ansiosos por ubicarse alrededor de una caseta alta, cubierta con dos lonas de gruesas franjas verticales, blancas y negras, desde donde los conjuntos harán llegar a ellos la música.

En el parque de Bolívar, también anoche, como desde el principio de la semana, durmieron a la intemperie varias decenas de ellos. Hoy sobre las nueve de la mañana comenzaron a trasladarse al campo en *El tren del amor*, que hace viajes esporádicos a La Estrella.

Este viernes se volcaron al campo de Ancón unas diez mil personas que buscaban ver el Festival. Su iniciación con lluvia y el marco de resistencia que podría ceder en los días siguientes fue, hoy también, considerada por el Alcalde de la ciudad como *"el reconocimiento a una actitud juvenil que no podemos tratar de tapar con las manos"*.



Gloria Valencia de Castaño entrevista a Carolo. Archivo Carolo, s. f.

Ancón, un extraño reino

Fausto Panesso

Se llama Ancón: un extraño reino.

El día que la historia desee hablar de esta generación, deberá hacerlo de su música, lo demás es accesorio.

No hay nada tan ligado a estos adolescentes de extraña vestimenta como sus guitarras y cuando se realiza un festival de rock en cualquier punto, por distante que sea, han de ir como quien cumple un deber, como quien acude a una cita impostergable.

Ha comenzado el de Medellín. Se realiza en un parque con nombre de gurú o de carta del tarot, ANCÓN. Es un sitio que no queda ni cerca ni lejos de Medellín (15 kilómetros al sur), sin duda es un lugar ideal para que estos hippies que llegan desechos de caminar, funden su reino.

Son dos o tres kilómetros de pasto alto metido entre pequeñas colinas, el río Medellín pasa por su centro y lo corta en dos enormes tajadas verdes. La avenida para llegar hasta allá es ancha, funcional, casi anti-hippie, y a los lados de ella, camino del parque se les ve pasar. Van caminando lentamente hacia allá, sin importarles cuán lejos quede, cargados con enormes morrales sobre la espalda.

La gente antioqueña los mira con curiosidad y ellos pasan indiferentes, todos han hecho un amplio curso para asistir a su modo, se han habituado a que les miren y ellos a no mirar.

Son las dos de la tarde, en la puerta del parque siguen, como desde hace dos días, entrando caminantes. $13.20 (curiosa suma) cuesta la entrada. Uno a uno van entrando y saludándose con los que están adentro, como si hace mucho se conocieran. Todos han venido a *su* encuentro y sin duda

están construyendo *su* historia: han esperado desde hace tiempo este 18 de junio y se sienten felices de haber llegado.

Adentro es imposible decir cuantas personas hay, cualquier cifra que se diga es incierta, porque se ven camisetas y bluyines sobre todas las lomas y es incalculable cuántos vienen todavía sobre el camino. Pronto se iniciará el Festival, mientras ellos prenden cigarrillos y hablan de música. En la parte de arriba, cruzando el río, hay instalada una enorme tarima donde se presentarán los conjuntos.

Un hippie de voz pastosa hace el papel de animador y es seguro que en la historia de la locución los hippies ocuparán un gran lugar: son verdaderos innovadores y para manejar un público de más de diez mil personas no tienen que apelar a ninguna de esas fórmulas como, por ejemplo, ese *señoras y señores, dentro de contados minutos...* nada de eso. Solo tienen que decir *manden energía, mucha energía, maestros, y pidamos un grito para el padre sol*, y señala una bola amarilla rojiza que se va perdiendo entre las colinas, *un grito los de Aries que están en el parque, un grito los de Acuario, los de Piscis,* y así ha de tener a miles de seres delirando, en espera de su turno para hinchar los pulmones y gritar.

Luego les dará instrucciones precisas y en tono doctoral: "Maestros, tengan cuidado quienes tengan pasaje de viaje sicodélico (LSD). Los que se sientan que van viajando muy lejos y se pierdan, vengan acá para atenderlos (risas generales y miles de miradas de complicidad)".

Sin duda es un extraño idioma el que se habla en este parque, hasta las boletas son distintas: hay de todos los colores y encima del precio hay una extraña advertencia: *no consuma nada más de lo que su mente le permita...* Este es el pasaporte para el reino de Ancón.

Dos y media. Llueve y hay gritos a la madre lluvia. El alcalde Álvaro Villegas Moreno con voz sobria y paisa, habla por los micrófonos en donde antes se lanzaban advertencias sicodélicas y sobre el consumo de droga. Se declara

oficialmente abierto el Festival y, por una extraña coincidencia, el primer conjunto en tocar es *La Gran sociedad del Estado*. Finalmente el sonido de una batería rompe el aire y el Festival ha comenzado. Al frente de la tarima miles de hippies adictos al rock se sientan sobre el pasto mojado y mueven las manos detrás de las notas, se sumen como en un tercer estado en el que nada puede ser tan importante como el rock; mientras los vendedores siguen gritando con su voz chillona que se hace oír a pesar del ruido *chicles, besitos, marihuana*, permaneciendo ajenos a la escena.

Termina la canción y los hippies levantan las manos a lo Churchill haciendo la V de la victoria con la mano, pero que en ellos significa paz, y en cierto modo lo que sucede en Ancón, además de ser su paz es también su victoria... Sí, la victoria sobre una sociedad y una ciudad costumbrista en la que ellos jamás encajarán; la victoria sobre el Arzobispo que días antes había iniciado una enorme campaña de prensa contra el Festival; la victoria sobre los códigos de policía en donde se contemplan sanciones por fumar marihuana y por lo que los han llevado a la cárcel... Sí, esa es su victoria. Finalmente tendrán tres días para ser *ellos*.

La Gran sociedad del Estado finaliza. La última canción está hecha sobre un tema bíblico, según *El evangelio de san Juan*, así lo ha explicado el cantante y cuando ha dicho San Juan, todos vuelven a gritar como si se tratara de algún grande del rock, un Bob Dylan o un hombre ligado a su aventura. Sobre el sitio en que se han sentado han de quedarse hasta la noche.

Es la tarde. A la entrada siguen llegando y por la autopista, siempre a pie, avanzan montones de ellos con sus chalecos largos y su pelo enredado; algunos tienen sombreros gigantes sobre la cabeza. Vistos así sobre el camino parecen una nueva y extraña legión de niños gitanos, porque son así, igual de errantes y solitarios.

Olvidaba decir que los que no tienen plata, no pagan.



Fotografía Horacio Gil Ochoa (Archivos fotográficos Biblioteca Pública Piloto)

Sed, hambre y pantano en Festival del Ancón

Juan José García Posada

El día de las flores y la ropa es hoy en el festival de música, amor y paz del Ancón, hacia donde se han trasladado los dos días anteriores millares de mujeres y hombres de todas las edades y todas las clases, picados por la inquietud y la curiosidad de conocer a los excéntricos y pacíficos hippies criollos y extranjeros.

Ropas

Hace falta ropa para la mitad de los siete mil hippies que pueblan el valle, señala uno de los promotores del controvertido certamen, quien solicita que cada visitante porte este domingo en la mano derecha una flor y en la izquierda una prenda para que la obsequie a un joven hippie que tiene frío.

Noche terrible

La noche anterior fue tremenda, horrible, casi invivible. Tanto que muchos hippies, pese a su indiferencia, decidieron abandonar el campamento y dormir en el centro de la capital, en quicios, en parques, en aceras.

Sábado y pantano

Bajo un cielo despejado en el que se dibujaban nubecillas benignas comienza la jornada musical. No llueve en todo el día, pero el piso es inseguro. Es un lodazal surcado por rastros confusos. Las gentes aceptan el inmundo reto del

pantano. Los zapatos enlodados de los visitantes no se diferencian de las sandalias y los tenis de los hippies. He ahí un rasgo de igualdad. Por debajo de una carpa se asoman las botas de un hippie que medita y a su lado están las de un camarógrafo de cine que trata de encuadrar el brillante panorama. Hasta el mediodía hay pereza, flojedad, silencio, preparación para el frenesí y el ritmo loco de la tarde.

Hambre

Desde hace dos días no como. No tengo plata. Nos lo dice un joven flaco, amarillento que está como en un letargo reclinado al pie de su tolda. Una mano amiga le entrega tres tajadas de mortadela.

Un profesor de inglés disfruta del fin de semana en el campamento. Nos invita para que pasemos y dialoguemos. No es hippie, pero allí está contento. Allí descansa del trajín de la semana.

Extraños

Fogatas humeantes, leña seca, pantano y más pantano y un flautista que avanza por un sendero abierto con miles de pisadas. Hay algo inauténtico por la mañana, falsos hippies que juegan a las cartas y charlan como personas civilizadas. Hay también un sabor de picardía en algunos rostros. Son curiosos que quieren hallar en el Ancón algún motivo de escándalo. En la tolda vecina a la de los jugadores de cartas, un hippie juega solo con sus ideas y con su destino. Nada le importa. Solamente anhela su búsqueda, su encuentro espiritual.

Estatua de barro

Al frente del tablado que comienza a desvencijarse se abre un círculo grande. Un moreno está en trance y quiere enterrarse en el lodo. Al compás de las baterías y fiel al sonido de una flauta, él mueve la cabeza, levanta los brazos,

agita las manos, mira al sol, lo saluda, le sonríe y se despide de sus rayos para continuar en su ritual extraño. Se levanta y se yergue como si fuera una estatua de barro. Después sale caminando. En el pecho lleva un crucifijo de madera.

Aserrín para tapar el barro esparcen por el suelo cuatro muchachos. La banda de la *Fraternidad Universal* suena con un sonido para ellos magnífico. Hipnotizados, callados, empiezan a temblar y un murmullo se extiende por el valle.

La imagen que dejamos en este valle es bella, canta el que lleva la primera voz en la banda *Apocalipsis*. San Juan, El evangelista, es invocado varias veces por los cantantes.

Diga que...

"Diga que mucha gente nos viene a ver como si fuéramos animales en un zoológico. Diga también que miren mejor lo espiritual, lo sublime que tenemos", nos reprocha una chica de cara linda y mirada perdida en el espacio. "Diga también que para entrar en onda los mejores conjuntos son *Galaxia, Apocalipsis, Zodíaco, Fraternidad y Los Láser*", nos insiste.

Melenas y poesía

Antes de la entrada del grupo *Hope*, de norteamericanos, el maestro de ceremonias lee un poema, *Revolución mental*, de Ricardo Waldman, el poeta de Ancón:

Revolución mental
de melenas al viento,
en un siglo veinte
con Fidel Castro
y una luna pisada.

La poesía se volvió revolución
en busca de Adán,
con la filosofía de Cristo,
en busca de flores
en una autopista

Waldman nos dice más tarde: "Las drogas son medio, pero no son fin, y todo exceso es vicio y todo vicio es daño. Es para descubrir más el interior, el ser, encontrar a Dios y seguir en paz".

Es problemático el tráfico. Varios kilómetros antes de llegar a la colonia, los vehículos son desviados. Más de siete mil personas, nos explica Ricardo Echeverri, coordinador del Festival, tienen sed. Nos hace falta agua y los bomberos quedaron de traerla esta mañana.

¿Se quedan?

Nos vamos a quedar aquí. No nos iremos mañana. Nos iremos tal vez en un mañana. Fundaremos una colonia, indica otro que está muy amañado. Comunas –colonias en las que viven hippies que *han llegado a la espiritualidad total, al misticismo*– hay ahora en San Andrés, en San Agustín, en la Sierra Nevada.

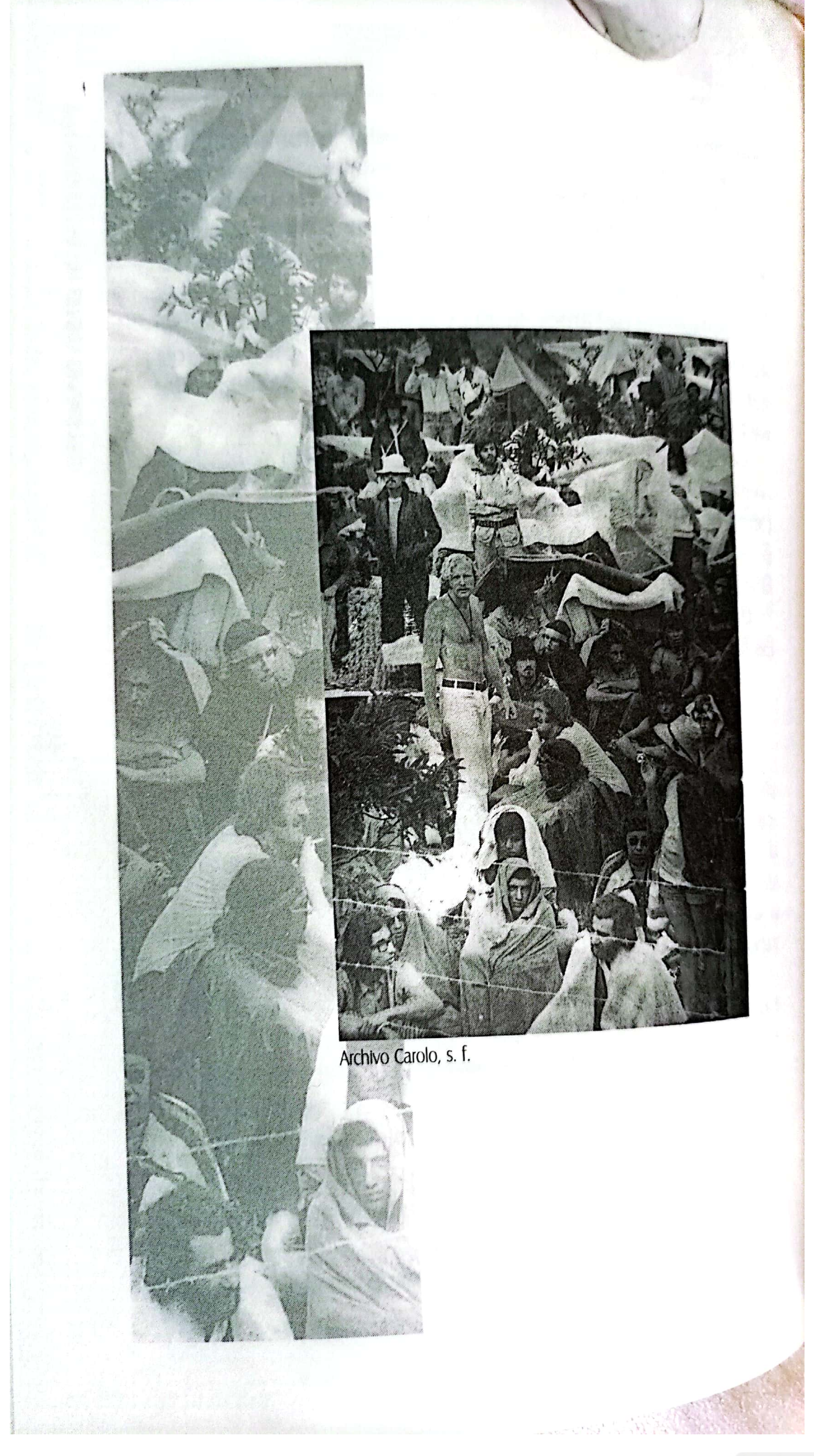
Gloria

Periodistas, camarógrafos, fotógrafos, profesionales de todos los medios de comunicación, jornalean en el campo. Gloria Valencia de Castaño, excepcional animadora de la televisión, filma para su programa del martes. Nos dice "Este puede ser el principio de una etapa muy importante de la gente joven. Hay mucha gente interesada sólo en demeritar el Festival".

La primera banda que empezó a la una de la tarde tocó dos horas y media sin parar. Se sostuvieron con anfetaminas, el doping de algunos deportistas.

Este festival deja pérdidas. Hay una población de ocho mil hippies y muchísimos se han colado, se lamenta uno de los organizadores.

Una dama lleva en hombros a su bebé, asustado. Un hippie moreno y de pelo amarillo conversa con un miquito



Archivo Carolo, s. f.

Tremendo aguacero bañó anoche a los hippies

Carlos Uribe

La ciudad toma un aspecto parecido al de un mercado persa. La variedad transita por todos los rincones, por los barrios, por las calles del centro, por los parques. Los hippies llegan en grandes cantidades. Varios buses llegaron desde Cali Bogotá, Pereira y otras ciudades del país.

También los internacionales. Los conjuntos comienzan sus ensayos informales haciendo contraste con los flautistas solitarios que, a veces, se encuentran en sitios del centro de Medellín. La expectativa crece en todos los medios.

Los mismos hippies muestran una ansiedad desbordada y parece que no vieran la hora de la inauguración del Festival. Las gentes comentan lo que se ha convertido en tema obligado del fin de semana. Algunos con horror, otros con escándalo, la mayoría con curiosidad.

Las críticas se levantan con furor de fiera herida y no pocos quisieran que se cancelara el Festival. Muchos han enviado sus protestas a los distintos órganos de prensa. Pero, a pesar del ambiente pesado, en algunos círculos en contra del Festival, la gente está sobre todo curiosa. Ir al Ancón sur es casi de obligación para muchas personas, a pesar del invierno.

A ello se junta lo insólito, pues nadie hubiera creído así no más que esta ciudad, tradicionalmente conservadora, admitiera la manifestación musical de los hippies, la manifestación de la paz y la manifestación del amor, a la que más miedo se le tiene.

De la vigilancia está encargada el Distrito de Policía de Itagüi. La vigilancia es tanto adentro como afuera del parque y en sus alrededores. Contra lo que se rumora entre las

gentes, la marihuana será controlada en lo posible, teniendo en cuenta las disposiciones vigentes al caso.

¿Quiénes son?

El hippie que podía tener unos 22 años, estaba plácidamente sentado en una de las bancas del parque de Bolívar, como entregado a la contemplación de las gentes que curiosamente observaban a sus compañeros. Parecía no inmutarse por nada, conservando siempre su cara serena, debajo de un sombrero alón y curtido. No quiso decir su nombre, ya que lo consideraba sin importancia. Simplemente él era un hermano más de la gran cantidad que estaba recibiendo el sol matutino en el parque.

"Uno no alcanza a entender por qué la gente lo considera a uno loco. Ellos están dependiendo de un trabajo, de un patrón, de un sueldo y de una familia, lo que hace que sus preocupaciones se centren siempre sobre el mismo tema. Cuando alguien rompe ese esquema, esa actitud, entonces ese alguien está por fuera de la cordura. Pero podemos preguntar, ¿quién estableció la diferencia entre una cosa y la otra? Las drogas no la toman todos los hippies ni todos hacen el amor al aire libre y a la vista de todos. Claro que a veces sucede, pero el escándalo es el que mata.

"Quien no quiera sufrir escándalos que se quede en la casa y no vaya a Ancón. A nadie se le está obligando a ir ni a llevar sus hijos. Claro que son los mismos que con toda tranquilidad de conciencia van a películas pornográficas para solazarse a solas con su morbo. La cosa es así. Quien no quiere sentirse culpable de pecado, no lo comete ni va al lugar donde se le facilita. Así que no tienen necesidad de ir al Festival. Nadie los está llamando ni se están repartiendo tarjetas de escándalo para acabar de pervertir a la sociedad. Lo que sucede es que de puertas para afuera todo puede ser escandaloso, pero claro, sin mirar lo que hay dentro de cada uno".

Así nos habló el hippie peludo, de pelo en pecho, y de sandalias amarradas hasta la rodilla, sobre los reproches que en ciertos medios se hacen contra el Festival.

Comunicado en la estrella

Este es el memorial que algunos habitantes de La Estrella enviaron al Gobernador de Antioquia y al Alcalde de Medellín, en protesta por el Festival en el parque metropolitano de Ancón.

"Los abajo suscritos, ciudadanos del municipio de La Estrella, nos permitimos presentar ante Ustedes nuestra enérgica protesta por la actitud asumida para con la comunidad de este distrito, al permitir el espectáculo a desarrollarse en el nombrado parque metropolitano, por parte de un grupo de seres casi anormales y completamente deshonestos en su máximo. Nuestro Municipio es, por regla general, uno de los más sanos del Departamento y no es posible que después de tanta lucha se aprovechen de nuestra ingenuidad para efectuar tan infame espectáculo.

Somos gente de paz pero no idiotas y por lo mismo comprendemos la gravedad del caso que exponemos. Aledaños a dicho parque hay infinidad de residencias de familias honorables que indiscutiblemente y por razones de su trabajo diario, tendrán que sufrir en carne propia los rigores de dicho festival, no sólo en el orden material sino en el moral, que es de vital importancia en nuestra sociedad; aparte de que a toda nuestra población nos afecta moral y materialmente, pues se está extendiendo por todo nuestro Municipio, penetrando a las residencias sin autorización de sus dueños y exigiendo a toda costa el suministro de alimentos y dinero.

Nuestra población infantil, sobretodo los residentes en dicho lugar, se verán obligados a presenciar actos contra la moral y las buenas costumbres de nuestro Municipio y esto es precisamente lo que queremos evitar. Por la presente

hacemos pública nuestra protesta por los hechos a desarrollarse en nuestra patria chica y, por tanto, pedimos muy comedidamente se tomen las medidas que sean necesarias para evitar este desastre".

La Estrella, junio de 1971.

Siguen firmas.

Para mirar otras de las caras, este redactor visitó el lugar de la polémica y pudo observar que entre los mismos grupos que se autodenominan hippies hay muchos que buscan una publicidad sensacionalista, otros son desaseados, los hay que no lo son, otros son capaces de todo.

El festival de rock ha desencadenado la más fabulosa serie de contradicciones y de protestas. Como ésta enviada por la Asociación de Colegios Privados de Antioquia, ADECOPRIA: "Conscientes de la responsabilidad que como educadora tiene ante los padres de familia y la comunidad en general y ante el hecho inusitado de que se piensa realizar en la ciudad un mal llamado festival de la juventud, el cual por sus antecedentes y características no es otra cosa que una orgía de desenfreno donde se permiten toda clase de actos contra la moral y buenas costumbres,

Resuelve:

Dejar constancia de su enérgica protesta por la realización de un acto que es contrario a las tradiciones cristianas de nuestro pueblo.

Solicitar encarecidamente a las autoridades competentes y especialmente al Alcalde de Medellín, impidan por todos los medios a su alcance la realización de un evento tan degradante y repulsivo.

Acompañar en forma filial y sincera al Arzobispo Tulio Botero S., en su llamado angustiado y sorprendido ante el proyectado acto que rompe con toda una tradición católica del pueblo antioqueño".



Firman,

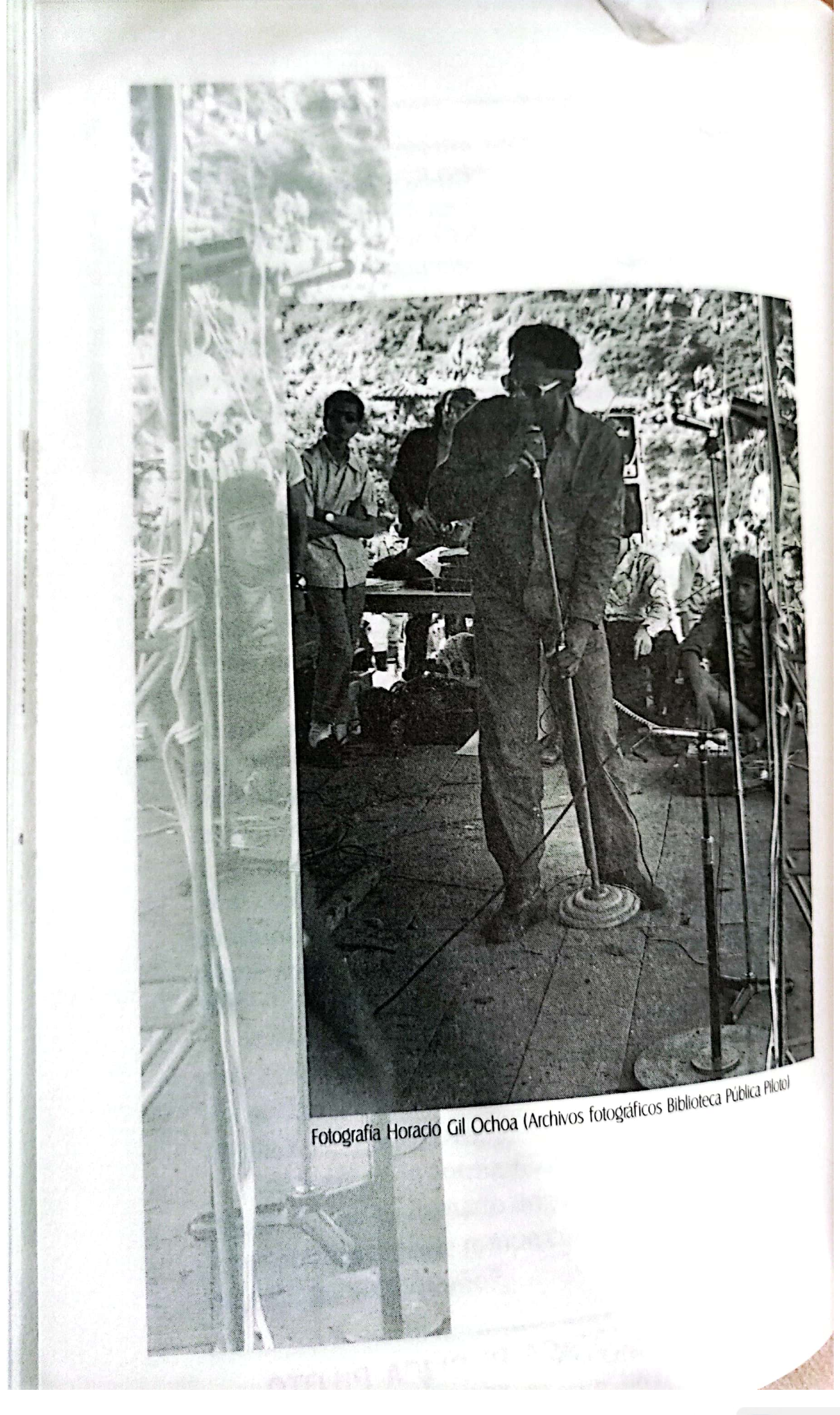
Damián Ramírez, Pbro.
Olga Ángel
Héctor Jaramillo
Arturo Zuluaga
Carmen Jaramillo

Gustavo Patiño Duque
Ángela Restrepo
Myriam Puerta de Duque
Mario Zabala Villegas

Son muestras del escándalo que ha producido el evento de los muchachos, conocidos por sus características externas y por sus actitudes en contra de lo establecido. Las opiniones están divididas. Quienes quieren asistir al Festival y quienes de ninguna manera están dispuestas a presenciarlo y estiman que es un grave peligro contra la moral y las buenas costumbres arraigadas en la sociedad antioqueña.

Las agencias internacionales de noticias tienen reporteros especiales cubriendo la información de todos los actos del Festival y se encuentra acá un grupo de la Metro con el propósito de filmar los sucesos más notables a todo color.

Crece el número de hippies que llegan para asistir al evento musical. Sin embargo, el tremendo aguacero de anoche puede perjudicar el normal desarrollo de los acontecimientos, puesto que el río puede crecer y los terrenos enlagunarse demasiado, impidiendo la firmeza necesaria para las carpas y toldas. De todas maneras, la expectativa aumenta a medida que se acerca la hora clave, el minuto en que suenen las primeras guitarras y la multitud entre en el frenesí del rock, de la paz y del amor, según dicen ellos.



Fotografía Horacio Gil Ochoa (Archivos fotográficos Biblioteca Pública Piloto)

El Woodstock a la colombiana:

Marihuana, drogas y música en Ancón

Henry Holguín

La naturaleza no pudo contra cinco mil hippies y miembros de la asociación nacional de gente bella, que se reunieron ayer para inaugurar el Primer Festival de Música Rock que se realiza en Colombia. Increíble invasión sobre el parque nacional de Ancón. Marihuana y drogas: común denominador. Mañana doblaremos el número de asistentes. Vigilancia sin vigilar. Algunas fallas que se pueden evitar. Los Monstruos de Cali, los triunfadores en el primer día de paz y amor. Una crónica del enviado especial Henry Holguín.

PARQUE NACIONAL DE ANCÓN, MEDELLÍN, 18. Desde que salió el sol una multicolor multitud está deslizándose rumbo a este paradisíaco lugar donde fue hoy inaugurado el Primer Festival de Música Rock.

Melenudos, muchachas en pantaloncitos calientes, estudiantes en vacaciones, vendedores de *yerba y ácido*, conforman la base del suceso de Ancón.

Desde varios kilómetros antes de llegar al sitio del Festival –visible desde la carretera– los jóvenes anuncian ruidosamente su presencia. Dos y tres kilómetros antes, ya se veían los rostros barbudos y sonrientes, los pantalones ajustados que se abren en la rodilla formando campana, y las camisas de colores detonantes.

Hoy todos los caminos conducen a Ancón, nos dijo alegremente una muchacha. En ese momento nos decidimos a viajar después de largas horas de temores y dudas.

Todos los buses de las empresas de transportes estaban copados con varias horas de anticipación.

Las esquinas aledañas a la estación de los buses se hallaban atiborradas de un grupo no menor de cien hippies,

que clamaban a voz en cuello por un vehículo para llegar a Ancón.

Pero hasta las doce de la noche nos parecía imposible salir de Cali con destino al lugar donde se reunía ya la gente *bella*.

Por fin se contrataron dos buses y un camión. Los vehículos iniciaron su recorrido llevando en su interior a la más heterogénea agrupación juvenil que pueda recordarse. De Cali salieron empleados, profesionales, estudiantes y periodistas, con el fin de enterarse personalmente de lo que iba a pasar en Ancón.

Después de diez horas de mala carretera, tras una serie de curvas, el panorama se abrió y apareció Ancón, como un pequeño valle en cuyo fondo reposaban innumerables hormigas de colores. La multitud se iba aglomerando y pronto los alrededores del escenario levantado por los organizadores quedaron colmados de espectadores. Las carpas, con las más diversas leyendas, se extendían por un kilómetro a la redonda, hasta en las colinas cercanas.

Desde el primer momento nos dimos cuenta de que iba a ser imposible contener la avalancha juvenil que se venía sobre Ancón y a medida que pasaba el tiempo se iba haciendo mucho más difícil comparar la invasión que se desataba por diez sitios distintos.

Un craso error de los organizadores consistió en no establecer más que una sola entrada, lo que facilitó *el coleo* de centenares de espectadores.

Como negocio –nos decía uno de los organizadores– esto es de lo más malo. Ahora mismo calculamos en un cincuenta por ciento el número de asistentes sin pagar.

Las drogas sí son negocio

Desde el momento que salimos de Cali, entendimos la primera verdad de Ancón. Una alarmante verdad. Las drogas son en realidad las grandes triunfadoras en lo que va corrido del Festival.

Nunca antes –nos decía un veterano traficante de estupefacientes– había visto a tanto adicto reunido.

La escasez de drogas, creada artificialmente para encarecer su precio, dio origen a una verdadera especulación, llegándose a pagar hasta tres veces el valor de cada papeleta de marihuana.

Vigilancia sin vigilar

Un gran número de agentes del DAS y de la Policía, de civil, se mantuvo durante todo el día vigilando sin vigilar el Parque Nacional de Ancón.

A pesar de la presencia de los detectives, la venta y el consumo de barbitúricos fue la nota detonante del primer día del Festival.

La marihuana, los hongos alucinógenos, la cocaína y el LSD importado directamente de Estados Unidos, se han vendido y consumido en cantidades realmente impresionantes.

La lluvia: el enemigo

Todo el primer día del Festival se distinguió por un persistente manto de lluvia que cubrió todo de rocío e hizo buscar refugio a los millares de hippies bajo los árboles y las toldas. La misma lluvia hizo retrasar el acto de inauguración hasta las dos de la tarde, hora en que el Alcalde de Medellín, Álvaro Villegas, dijo que era para él "muy grato ver a tantos jóvenes reunidos pacíficamente, y por lo tanto considero un honor declarar inaugurado el Festival".

La música

No podemos quejarnos, pero la verdad es que todavía estamos lejos de Woodstock, nos dijo uno de los muchachos que portan la camisa con la leyenda *En Ancón estamos para servirles.*

Y es verdad, la música rock ha estado abandonada todos estos años en nuestro país. Los conjuntos que hacen ese tipo de música no cuentan con ningún respaldo y son difícilmente conocidos.

Por todo eso no es extraño que en Ancón no se haya alcanzado el nivel musical de Woodstock.

A pesar de eso, no se puede negar la calidad de los grupos que se han presentado, especialmente dos: *La Gran Sociedad del Estado,* de Bogotá, y *Los Monstruos,* de Cali.

Estos últimos electrizaron a la multitud durante 30 minutos, con la más pura música rock y demostraron que Cali todavía tiene un aceptable nivel.

Cae la noche sobre Ancón. Arriba, en el escenario, cuatro melenudos siguen tocando la música que a esta gente le gusta. Y que también nos gusta a nosotros, para qué lo vamos a negar.

Rock entre sol y lodo

Fausto Panesso

Amanece sobre el reino hippie de Ancón. Comienza el segundo día del Festival. La noche ha sido dura, llena de lluvia y frío. El primer día terminó a las ocho de la noche; cuando todavía eran las diez estaban saliendo personas del parque. El proyecto inicial de continuar día y noche al son del rock no podía llevarse a cabo, pues la multitud era incontrolable.

No había un solo centímetro que no estuviera ocupado cerca del escenario. Pero la confusión mayor se creó en el puente. Un puente pequeño y único medio de cruzar ese río carmelito y fuerte que es el Medellín.

Allí la revuelta fue total. Centenares de personas, unas que entraban y otras que salían, se empeñaban en cruzar al tiempo. En ese puente, donde no caben más de diez personas, de algún modo se acomodaron más de cien.

Ante esto, una multitud que ya no respondía las instrucciones impartidas desde los altavoces, por donde les gritaban: *frescos, maestros, que el puente se les cae*… y todo mundo fresco.

Tuvo que intervenir la policía, los organizadores lo pidieron. Hasta ese momento (cinco de la tarde) se habían ubicado fuera del parque junto con los bomberos, y miraban hacia adentro con curiosidad. El Alcalde había dado la orden de no molestar a los hippies. Y esto no era otra cosa que la orden de mantenerse fuera del parque y no meterse, pasara lo que pasara.

Cuando entraron al parque, en dirección al río, que estaba a unos cien metros de la entrada, el Festival adquirió una nueva dimensión, aún mucho más extraña que la del comienzo.

La estructura temblaba, las barandas de madera chirriaban contra los cuerpos de quienes estaban cruzando. Y abajo, el río Medellín crujía y golpeaba con fuerza las piedras. Pero todos seguían allí encima impávidos, como jugando al peligro. Finalmente, una baranda cedió, todo el mundo gritó y se agarró de lo que pudo, por entre el vacío de la baranda rota, el cuerpo de un muchacho con barbas se precipitó, lo salvaron unos marihuaneros.

Sí, porque en el reino de Ancón estaban reunidas cosas que aparentemente no podían estar mezcladas, pero que, sin embargo, ahí estaban: música, lluvia, amor, lodo, drogas, marihuana, policía.

Sin duda es un sitio de grandes contrastes, porque ellos (los policías), con su uniforme impecable y el pelo cortado casi a ras, se veían extraños metidos entre esta gente (los hippies), de pelo enorme y desordenado sobre la cara, estrambóticas vestimentas de colores, y el aire de un parque oliendo a marihuana.

Ahora, ambos iban (policías y hippies) a ayudarse, sin duda ambos recordaban los acontecimientos de unos meses atrás en el parque de la 60, y de otros lugares donde habían pretendido fundar comunas.

Es la mañana, algunos van al río, otros tocan flauta y los demás prenden sus cigarrillos de marihuana. Y respecto a las drogas, el animador, el mismo de la voz pastosa del día anterior, ha censurado a los periodistas, les ha pedido que cuiden más sus informaciones respecto a las drogas. Ha dicho: "ustedes, señores periodistas, (como refiriéndose a seres de otros planetas), por favor dejen la *carreta* con lo de las drogas, porque con eso están engañando al pueblo (voz de políticos). Si van a hablar del Festival, hablen bello o no hablen (voz hippie).

Entonces, no se sabe qué hacer, porque la droga forma parte de la subcultura que ha formado esta generación. Hablar de un Festival Rock sin drogas (aunque sea en Antioquia) es tanto como hablar de un coctel sin tragos, o de una convención política sin divisiones. ¿Es acaso posible?

En forma ruidosa se clausuró anoche Festival hippie

Juan José García Posada

Iluminados por los resplandores de una luna recatada y decenas de hogueras fantásticas, cinco mil hippies de Colombia y del extranjero cerraron esta media noche un capítulo más de su curiosa leyenda, en el campamento de Ancón, hacia donde desfilaron durante tres días de hambre, paz, amor, lodo y ritmo frenético millares y millares de intrigados visitantes.

Con una especie de oración por la paz y la amistad de los hombres, *contra la guerra y el odio*, culminaron en este ambiente nocturno tres jornadas desconcertantes que magnetizaron la opinión pública y desataron una encendida controversia.

Balance

Gitanos, nómades, hippies, jóvenes inconformes y delirantes con aire de callada protesta, o simplemente vagos, como quiera llamárseles, los ocasionales habitantes de Ancón se esforzaron por dejar "una imagen bella, amorosa, pacífica" de su movimiento. ¿El balance? Sólo Dios lo sabe.

Esta mañana de lunes empieza el perezoso desmontar de las toldas multicolores, de los finos altoparlantes y comienza la desarmada del escenario y la despaciosa levantada de tablón por tablón. Huellas que llevan por todos los caminos un aire enrarecido por el humo que dejaron las hogueras y las yerbas se quedan como indefinible testimonio en el Ancón.

Éxodo

Desde hoy los hippies volverán a transitar a paso cansado por todos los senderos y seguirán, claro está, viajando por esos extraños caminos que se dibujan en su imaginación.

La autopista, las calles pavimentadas, los edificios, el río y el conjunto urbano serán otra vez testigos mudos, materiales, del éxodo de estos andrajosos que no miran la brújula ni el reloj y se orientan con las posiciones del "padre sol" y que piden *un peso, por amor*.

Tiempo bondadoso

El domingo no cae la lluvia. El agua como que les perdona y los deja tranquilos, sin el baño. Muchos deciden quedarse en esta tierra que creen suya. En ese lodazal que aman y que los ha embadurnado.

Hacia las doce, cuando el sol esta en ubicación vertical, el bochorno y la pereza se van despejando. Otra orquesta insiste en su martilleo disonanate y aburridor.

Algunos se bañan. Utilizan ropas. Curiosos con imaginación morbosa han llegado con la intención de hallar escenas que pocas veces se advierten en el campamento.

El piso ya no es pantanoso sino gelatinoso. Con los tenis de caucho colgados en la nuca, varios hippies caminan frente a las toldas.

La banda inicia su actuación con resoplidos que se extienden por todo el valle. Parece la lenta salida de una locomotora. Sonidos guturales emiten los cantantes. Son ordinarios casi todos.

El parque

El Festival está languideciendo. Está condenado a perecer. Pero está destinado a trascender.

Deja de sonar la rara orquesta y hay silencio sepulcral. Es que está muriendo poco a poco el Festival, tal vez intoxicado.

Falla

Ha habido una falla en todo el Festival, revela el otro animador. Varios ciudadanos embriagados han traído botellas de aguardiente y nosotros detestamos el alcohol. El grupo *Stone Free* toca una canción protesta. Una danza apaciguada se baila en el centro, al pie de las casetas donde se venden refrescos y pan.

Infiltración

Se han infiltrado varios antisociales que han pretendido aprovecharse del Festival. Diferencia: los hippies no son antisociales en el sentido convencional de la palabra, sino alejados de la sociedad. Los que se han infiltrado y destruyen la armonía del Festival son individuos de baja calaña.

Por la tarde, las gentes siguen llegando. Un animador más afable los recibe y les agradece la visita: *Bienvenidas las gentes tan queridas de esta tierra bella.*

Flores y ropa

El día de las flores y la ropa fue de sol radiante, pero de una intensa melancolía dibujada en casi todos los rostros. Nota: los hippies como que no sienten alegría y viven como hipnotizados, en paz, pero en paz neutral.

El final

Cuando las brumas de la tarde bordean el parque, se encienden, una tras otra, las fogatas. Como *boy scouts* o como zíngaros, los raros personajes que han protagonizado esta serie novelesca, con tintes de poesía y de tontería, se sientan alrededor del fuego. El fuego es para ellos el medio natural que enciende el amor. Sus caras están más pálidas, más relajadas y sus miradas siguen vagando en el espacio, como buscando descifrar las palabras que quizá describen las volutas de humo.

Varias columnas de humo ascienden y se unen en una espiral. En el horizonte se oculta el sol y la luna comienza a despertarse. El Festival, en unas horas más, a la medianoche, se ha extinguido. Los conjuntos han dejado de sonar. Reinan el silencio y la paz en el Ancón.

Hoy las gentes seguirán evocando los cuadros humanos que observaron. Preguntas sin respuesta.

El parque de Ancón, obra de la Administración Municipal, será en breve el sitio ideal para paseos dominicales de familias que no tienen fincas veraniegas.

Alcemos todos las manos. Pongámonos pilas nuevas, dice el animador en tono mohíno.

Paz y amor, Colombia en el Ancón: *Paz y amor, Los Mostruos en Ancón*. Es una banda de Cali. El líder que deja oír su voz amplificada y monótona por los parlantes habla a veces con un vocabulario hostil. Pide que se vayan los curiosos *que no tienen aquí nada que hacer*.

Panorama

Desde una falda que parece más bien una pared se aprecia el panorama de la concentración. El sol brilla con baterías recién desempacadas. Como hormigas circulan los hippies y los curiosos por la pista de arcilla. El tiempo es bondadoso ese día. Algunos gozan rodando por la falda de piedras, helechos y tierra. Chicas lindas y chicas feas, que por ahora viven en el lugar o que han venido de la ciudad, desfilan frente al tablado. Llevan encima muchas prendas: ruanas, mantas, camisas, chalecos. Muy pocos van con vestimenta.

Fumando marihuana y amando libremente culminó la bacanal

Henry Holguín

Yo solamente puedo decirle, dijo un señor serio y circunspecto, *que si mi hija hubiera venido, yo la mataría*. En cambio, dos monjas que ingresaron al campo lo recorrieron en toda su extensión y dialogaron con los hippies y permitieron que les tomaran fotos haciendo el signo de la paz con los dedos de la mano.

Ha cambiado todo

En lo que todos están de acuerdo es en que el suceso de Ancón crea una polémica constructiva en torno al futuro de la juventud colombiana. Varios dirigentes estudiantiles de la izquierda condenaron, ante este redactor, el Festival como un método de alienación masiva que impide a los jóvenes encontrarse con la realidad social del país. Al tiempo, los hippies califican la política como una cosa sucia y se niegan a aceptar los postulados marxistas. Y la controversia del día es sobre cuestiones morales. Por un lado, está parte de la sociedad y los estamentos directivos que consideran Ancón como una inmoralidad y no ven ningún beneficio con el Festival. En esto cuentan con el apoyo irrestricto de la Curia, que desde días antes de iniciarse emitió una pastoral en la que condenaba enérgicamente el Festival.

Por otro lado, se encuentra el alcalde Villegas Moreno, quien ha debido pagar los platos rotos, ante el fuerte sector que lo condena. Villegas, propietario de una fuente de soda, considerada como centro de reunión de gente de avanzada, inauguró oficialmente el Festival, mientras delante de él se encendían infinidad de cigarrillos de marihuana, lo que

le valió una severa reprimenda por parte de la prensa y la radio locales.

El Colombiano publicó en primera página un titula que decía: *Álvaro Villegas, Un alcalde hippie*, lo que fue considerado en los medios políticos como un rompimiento de fuegos a raíz de los sucesos de Ancón.

A nosotros nada nos importa

Mientras el escándalo crecía entre tradicionalistas y progresistas, en Ancón, millares de jóvenes continuaban realizando su Woodstock a la colombiana, ajenos por completo a la controversia del día.

Desde las primeras horas del domingo soleado, la música ha estado sonando y los jóvenes se decidieron pasar en grande el último día del Festival para cobrarse con creces la mojada de las dos últimas noches, el hambre que han debido soportar ante la escasez de dinero y el barro que lo acosa a uno por todas partes.

Después de un baño colectivo en la torrentosa cañada que parte en dos el valle de Ancón, vino la ablución matinal con base en la cannabis, y muchos comenzaron el último viaje con LSD 25. Estos estarán regresando en la mañana del lunes, pues el efecto del ácido lisérgico dura 24 horas.

La clausura

Hasta las doce de la noche habrá música. Los conjuntos han programado un concierto eterno, después las luces se apagarán y una masa gigantesca de jóvenes rebeldes comenzará el éxodo hacia sus lugares de origen donde continuarán sudando la vida, admirados por unos y condenados por otros. Pero sobre los cerros de basura que quedan en Ancón, sobre el puente roto que soportó en tres días el paso más grande de su vida, sobre el sonido de las últimas guitarras eléctricas y sobre las aguas asombradas de la cañada, queda flotando una pregunta: ¿Sirvió para algo?

Todo se violó en el Festival de hippies: triste episodio de Ancón

Carlos Machado

Parque Nacional de Ancón, junio 20.

A las doce de la noche fue declarado cerrado el Primer Festival de Rock de Latinoamérica. Una oleada de protestas de los diferentes medios sociales dio como resultado un veto unánime al evento. Al que se calificó de exhibición pornográfica, matizada con droga y toda clase de atropellos civiles y religiosos.

Una juventud perdida

Durante 48 horas, *El Siglo* permaneció en contacto estrecho con los participantes del Festival. Prácticamente todas las libertades humanas fueron violentadas al cúmulo. Se estimuló en grado excesivo el consumo de drogas. El ácido lisérgico cobró serios resultados a los adictos. Muchos de ellos tuvieron que ser hospitalizados ante su estado comatoso debido a la fuerte ingestión de esa droga.

No se logró establecer un promedio de consumo, pero desde las cinco de la mañana hasta las doce de la noche, el olor característico de la marihuana impregnaba el ambiente y ocasionaba dolor de cabeza e irritación de los ojos a los visitantes.

Toda clase de espectáculos fueron vistos. Desnudos. Amor libre. Horribles representaciones humanas de los trastornos mentales que padecían debido a los alucinógenos.

Niños de apenas diez años eran activos participantes en el consumo de la droga y estaban en condiciones casi infrahumanas.

Hambre y miseria

Hambre total. Hambre de espíritu y hambre física fueron el hecho relievante del Festival. Los 8 mil participantes en el evento se olvidan de comer y sus cuerpos flacos, endebles y débiles, llenos de droga, deambulan como idiotas.

Ninguna traza humana o reflejo normal se percibe en ellos. Su hambre era demostrada por el apetito voraz que les causaba la droga, una vez terminaba su efecto. Al no hallar comida regresaban a su vicio y de esta manera, con un hambre más voraz, iniciaban de nuevo otro viaje que les causaría serios destrozos ulteriores.

Muchos especialistas médicos asistieron con fines científicos. En sus acotaciones brillaban generalmente los futuros tristes y sucios de esta juventud rebelde.

¿Para qué sirvió?

Esa demostración de miseria humana, de tragedia sexual de una juventud inconforme, que durante 72 horas mostró al mundo una parte del futuro pesaroso y triste de la juventud colombiana, no sirvió para nada.

No se exhibió nada positivo. Todo estaba rodeado de una cortina de marihuana. Nada claro, concreto, ilusorio o feliz quedó de este festival. Nada que pueda aplicarse en bien de la humanidad o de nuestros hijos.

La corriente juvenil arrastrada por el vicio, se desbordaba en Ancón sin importarle los resultados.

¿Para qué sirvió el festival? Seguramente para llenar de maniáticos los frenocomios. Para atestar hospitales de hombres y mujeres infectadas de sífiles y tuberculosis. Para dejar una estela con hijos idiotas, anormales física y mentalmente. Para, en fin, romper el desarrollo de un país que empieza a marchar y quiere superarse.

En Ancón, un montón de basura, dejada allí por otra basura humana, tal vez peor, dejó flotante en el ambiente esta pregunta: ¿para que sirvió el Festival?

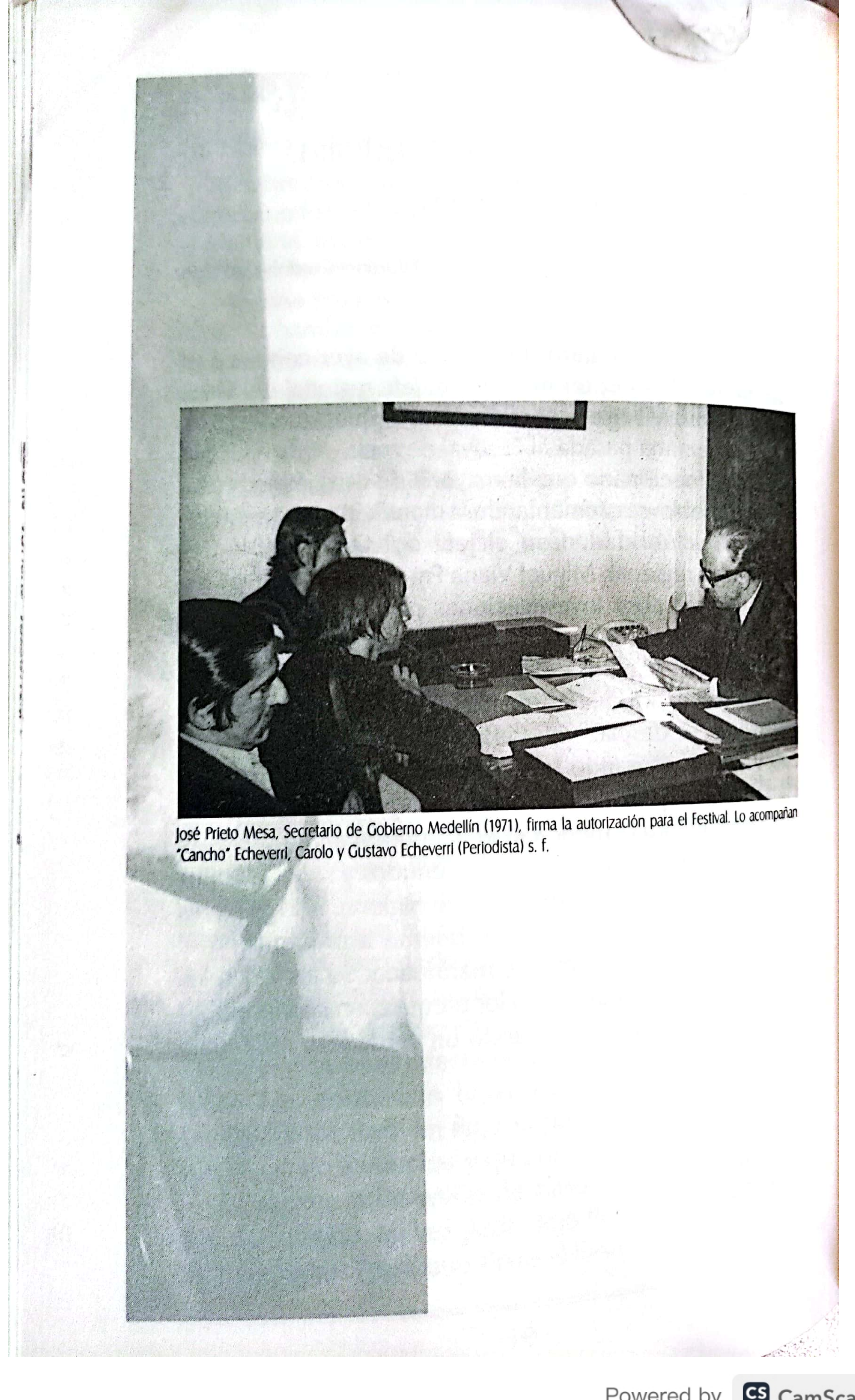
El DAS echa hippies de Medellín. Deben salir en 48 horas

Pedronel Córdoba Laverde

A partir de las cuatro de la tarde de ayer comenzó el conteo de 48 horas, término que el jefe regional del DAS, Oscar Alonso Villegas, concedió a los hippies que llegaron desde la semana pasada al Festival de rock.

Dijo el funcionario que la mayoría de esos jóvenes está creando problemas, fomentando la mendicidad y atentando contra la salubridad. Con el jefe del DAS también el Procurador regional, Miguel Viana Patiño, se pronunció en el sentido de abrir investigaciones para establecer hasta dónde llegó la omisión de muchos funcionarios al permitir la comisión de algunos delitos.

Villegas confirmó la orden de abandono debido a que los jóvenes se desplazaron del parque al centro de la ciudad y vienen causando traumatismos de todo tipo, entre ellos un agudo problema de salubridad pública al elevar en un mil por ciento la mendicidad. Continuó afirmando que uno sale a la calle y no ve sino melenudos y mugrosos por todas partes, creando problemas de higiene. Y lo grave es que esta capital se convirtió de buenas a primeras en el primer centro de consumo de marihuana. Se les ve en los mostradores del comercio, en los parques, en las vías públicas fumando cannabis, causando un verdadero escándalo social.



José Prieto Mesa, Secretario de Gobierno Medellín (1971), firma la autorización para el Festival. Lo acompañan "Cancho" Echeverri, Carolo y Gustavo Echeverri (Periodista) s. f.

Investigarán comportamiento de funcionarios en Festival hippie

Jaime González R.

Medellín, 22. La Procuraduría del Distrito Judicial de Medellín, a cargo de Miguel Viana Patiño, iniciará una minuciosa investigación con el fin de determinar la responsabilidad de funcionarios en la violación de normas vigentes durante la realización del Festival hippie de Ancón.

Todos los funcionarios que tuvieron que ver con la autorización para realizarlo, incluido el alcalde Villegas Moreno, serán cobijados por la investigación de la Procuraduría Judicial. No se harán discriminaciones por la categoría de los funcionarios, dijo un portavoz del organismo.

La investigación se adelantará por las denuncias formuladas en torno al desbordado consumo de marihuana y otras drogas y por delitos contra la moral.

La Procuraduría ya envió un oficio al alcalde de La Estrella, Bernardo Saldarriaga, en cuya jurisdicción está situado el parque de Ancón, para que allegue todos los datos necesarios sobre la violación de claras normas vigentes, como las restricciones al tráfico y consumo de marihuana y otros alucinógenos que se utilizaron desbordadamente durante el Festival.

El Alcalde

Por su parte, el alcalde Villegas Moreno hizo referencia al ultimátum del DAS a los hippies para que abandonen la ciudad en 48 horas y dijo que "aquí no existe ley de destierro, por eso quien venga a Medellín puede permanecer, siempre y cuando tenga sus documentos en regla".

Añadió que recibió una carta enviada y firmada por veinticinco personas que se encuentran detenidas en la cárcel La Ladera, capturadas por la policía por el simple hecho de ser hippies y haber extraviado sus papeles de identificación. Entre los firmantes figuran varios estudiantes y un periodista extranjero. que vino con el ánimo de participar en el Festival e informar al exterior sobre su desarrollo.

Villegas Moreno dijo, además, que seguramente a él no le tocará como alcalde inaugurar otro festival de música rock, porque se retirará por múltiples motivos, entre ellos el de que para ser alcalde de Medellín se requiere ser rico y él solo tiene una fabriquita que está al borde de la quiebra y a la cual regresará para sacarla a flote.

Dice el Alcalde de Medellín: autorizaría otro festival

Fausto Panesso

Medellín, 24. Álvaro Villegas Moreno, ingeniero antioqueño de 35 años, es hoy el centro de la atención nacional.

El alcalde Álvaro Villegas Moreno, en primer lugar, realizó la más típica alcaldada al conceder un permiso para la concentración hippie en un sitio –el parque campestre de El Ancón– que está fuera de su jurisdicción policiva, y en segundo lugar, al concurrir a inaugurar el Festival es una situación personal, pero con ella y posiblemente por ignorancia no hizo más que cohonestar la consumación de delitos en sitios públicos, tales como expendio y consumo por kilos de marihuana y de toda clase de alucinógenos.

Palabras, y más que esto: graves acusaciones que salen de labios del jefe del DAS en Antioquia, Óscar Alonso Villegas Giraldo, y que han puesto a la administración de Medellín en entredicho.

Él –Villegas Moreno– dio el sí a un certamen sin precedentes en la historia antioqueña, y tal vez ninguna decisión suya como alcalde ha causado tanta polémica a favor y en contra, ni ha suscitado tanto interés nacional.

Unos días antes, el arzobispo de Medellín, monseñor Tulio Botero Salazar, había emprendido una vigorosa campaña de prensa en contra del Festival. A él se sumó la Asociación de Padres de Familia, con un extenso comunicado.

Periodistas de todas partes llegaron a la ciudad, y en sus crónicas tomaron partido: o se les amaba y se les respetaba ese romanticismo adolescente de pretender cambiar el mundo con una florecita en la mano y los dedos haciendo la nueva V de la paz, o se les trataba como vagos y

marihuaneros, y se les odiaba por sus veinte años y su música. Era como si al hablar de los hippies no existiera el término medio.

Los periódicos le dedicaron titulares de primera página y páginas interiores completas al certamen (excepto el diario local –*El Correo* –, que lo ignoró olímpicamente).

Durante nuestra permanencia en Medellín, tuvimos oportunidad de dialogar con el alcalde Villegas Moreno. Eso fue hace unos siete días. Sin duda, él tiene mucho que añadir a esto.

Nos recibió en su casa del barrio El Estadio, amplia y fresca. El teléfono sonó a cada minuto de la charla. Nunca pensé que esto fuera a causar tanto alboroto, dice sonriente. Le comunican que a las 9 llegaba la televisión a filmar una entrevista. Son las 8 y 45, hay que lanzar las preguntas como dardos.

¿Qué motivos tuvo usted para autorizar el festival hippie?

Yo autoricé que se utilizaran unos terrenos que son parte de la municipalidad de Medellín para que se efectuara un festival de música. Las razones que tuve fueron la promoción que estamos dándole a la ciudad; un festival de música es una atracción turística, sin duda. Esta generación es un fenómeno que no se puede desconocer. Sean hippies o no y se vistan como se vistan. Ellos también son miembros de la sociedad y les he prestado un servicio al que, como miembros de ella, tienen derecho.

¿Qué opina usted de esta generación?

Soy optimista respecto a ella. Yo formo mentalmente y fisiológicamente parte de ella. Ellos son líderes de su movimiento y lógicamente chocan con la tradición, como les sucedió a las generaciones pasadas, pero van a ser los dirigentes del mañana.

¿El hecho de que durante tres días se les permita a los hippies portar y fumar marihuana, hacer el amor en un lu-

gar público, desnudarse libremente, y luego pasado este plano, se les arreste si se les encuentra incurriendo en estos actos, no hace aparecer a la justicia un poco absurda?

El Festival no se improvisó. Este fue un problema que se discutió ampliamente con los organizadores y se estudiaron las medidas preventivas necesarias, medidas que se han aplicado rigurosamente. Sin embargo, lo que ha sucedido en el Festival, ciertos excesos, no son sólo porque sea un festival hippie. En cualquier certamen de esta magnitud sucede lo mismo, ya se trate de una feria o un festival. Aquí mismo en Medellín hay un Festival del tango, que cuando termina, todo el mundo acaba en parranda.

¿Qué opina usted de la actitud asumida por monseñor Tulio Botero?

La actitud de monseñor Botero me parece natural, por la mala prensa que se hizo antes de comenzar el Festival. Yo no he tenido oportunidad de conversar con él, pero estoy seguro de que ahora que ha visto cómo ha marchado este certamen, si él analiza el comportamiento de estos jóvenes, cambiará de parecer.

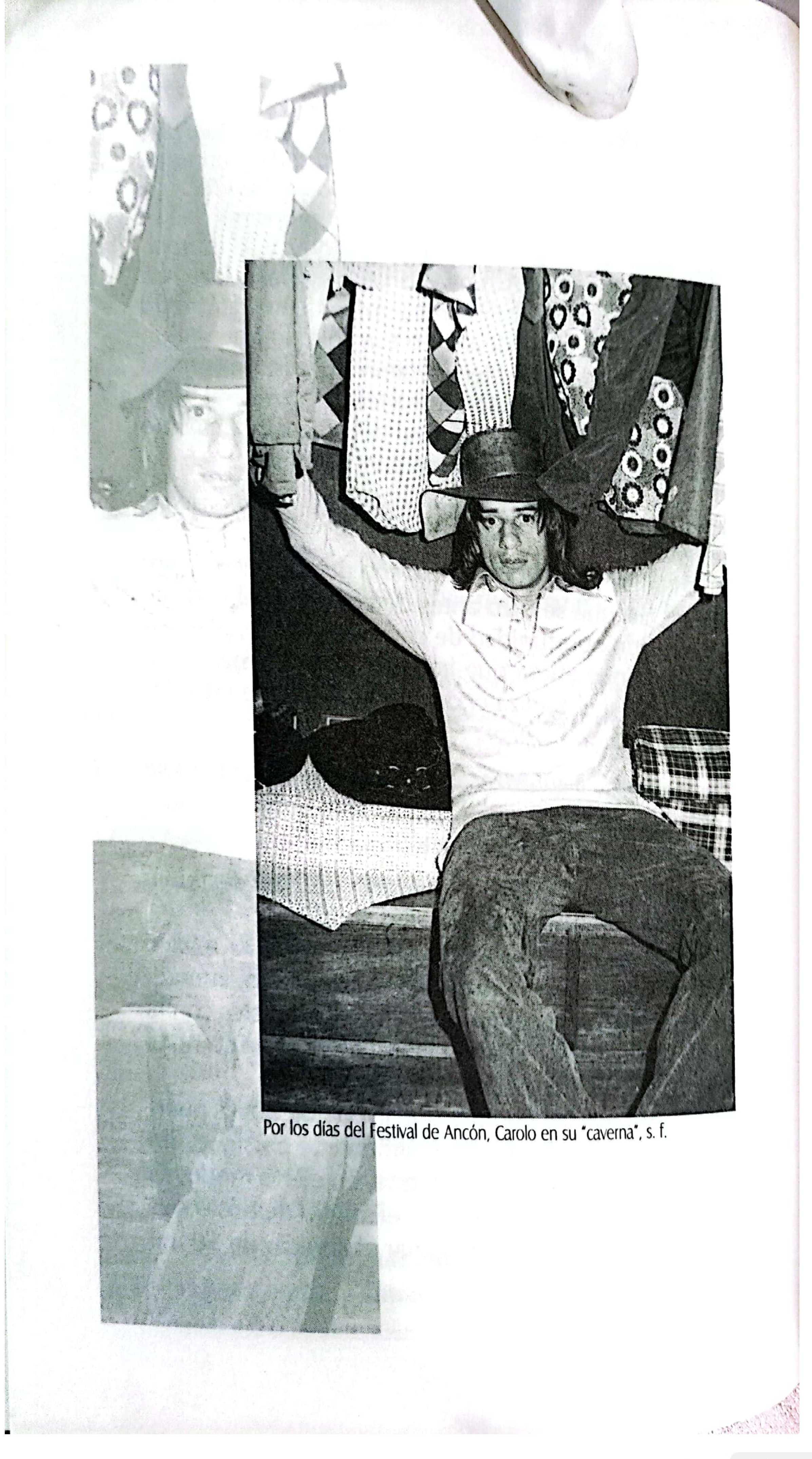
¿Usted volvería a autorizar una realización de esta índole para el próximo año?

Sí; volvería a dar mi autorización.

¿Piensa usted que haber autorizado un festival hippie puede afectar su figura pública?

Sí. Yo creo que todo acto de gobierno que yo realice afectará mi figura pública favorable o desfavorablemente. Este Festival era algo necesario para abrir los canales con la juventud. No se puede meter la cabeza en la arena como el avestruz para no ver lo que sucede afuera.

Nos despedimos del hombre que le ha abierto las puertas a una generación a la que generalmente se persigue. Sin duda está contento con un festival que, en cierto modo, es suyo, y que es posible que le cueste el saludo de dos o tres personas, pero que le ha hecho ganar el aprecio de 10 mil melenudos.



Por los días del Festival de Ancón, Carolo en su "caverna", s. f.

Carolo: El hippie que ha tumbado dos alcaldes

Elkin Mesa

Lo más posible es que esto no sea cierto en su totalidad. Pero en Medellín existe (en el común de la gente) la creencia de que Carolo ha tumbado a dos alcaldes.

Carolo es un hippie de veinticuatro años que sorprende con su acción, pues (contra lo que se sospecha de los jóvenes de sus extravagantes posturas) permanentemente está desarrollando una capacidad creadora que le envidian hasta los más inteligentes hijos de los hombres de la capital de la Montaña.

Gonzalo Caro Maya (que así se llama por fe de bautismo) es uno de los nombres más famosos en Medellín, odiado o apreciado, pero nunca inadvertido, porque en poco tiempo ha hecho lo suficiente para estar en boca de todo mundo.

Las matronas de la ciudad aseguran que Carolo es un "hippie asqueroso dedicado a corromper a los muchachos, o un marihuanero inmundo".

Los padres conservadores piensan que "él se ha convertido en un degenerado sin ninguna salvación, por lo cual es preciso aislarlo de nuestros hijos".

Quienes se amargan con sus éxitos, porque no pueden igualarlos, lo acusan de ser "un negociante disfrazado de hippie".

La juventud de derecha lo advierte como un *agitador comunista,* en tanto que los muchachos que militan en la izquierda lo ven como *un agente imperialista*.

Y es señalado como *tipo peligroso* por los funcionarios departamentales o municipales encargados de autorizar los "conciertos" que periódicamente organiza, porque podrían

ser destituidos si las reuniones terminan en *verdaderas orgías,* como ocurrió con el Festival de Ancón.

La verdad es que en Ancón no hubo orgías, ni atentados contra la moral, ni siquiera los desórdenes que habrían sido normales en un sitio al que concurrieron cerca de trescientas mil personas en un lapso de cuatro días.

Pero la otra verdad es que ese Festival (de música rock alternada con la lectura de la Biblia) le costó la alcaldía al doctor Álvaro Villegas, quien no sólo lo autorizó sino presidió la ceremonia de inauguración, con un discurso que causó emoción e histeria entre los millares de melenudos que estaban presentes.

Esto provocó en Medellín un escándalo de inusitadas proporciones, con intervención de todos los grupos dirigentes, hasta el punto de que el gobierno central debió ordenarle a sù representante departamental que le aceptara al Alcalde una vieja renuncia protocolaria que nunca había sido considerada.

Los amigos de Carolo creen que "todo lo malo que se dice de él es porque se trata de un muchacho que está en la onda, haciendo cosas que identifican a la gente bella, lo cual disgusta a los tradicionalistas, a los viejos, a los reaccionarios".

Según ellos, Carolo también despierta envidias porque es dueño de unas habilidades difíciles de alcanzar o, en el plano ideológico, porque el no se declara satisfecho con las metas que los políticos le proponen desde hace muchos años a la juventud colombiana.

"Él es (rematan rápidamente) un gran trabajador con buenas ideas para mover a la gente nueva".

¿Y cómo se define Carolo?

Simplemente como un organizador de cosas.

¿Es cierto que usted ha tumbado a dos alcaldes?

Eso dicen aquí en Medellín. Pero dichos episodios no tienen importancia en mi vida, por accidentales, porque al

final de cuentas lo que realmente me interesaba fue resultado de una decisión extraña en mis planes.

¿No presupuestó entonces ninguna de las caídas?

Pues, una sí. La de Ignacio Vélez Escobar, cuando me dedicaba a la agitación estudiantil en la Universidad de Antioquia. Como él estaba interfiriendo demasiado en los asuntos de nuestro plantel, decidimos realizar una serie de cuarenta manifestaciones por las calles de la ciudad, al término de las cuales el Alcalde debió renunciar. Pero eso sucedió no porque nos quisieran dar la razón a los estudiantes, sino porque para el gobierno departamental se había vuelto incómoda la permanencia de Vélez Escobar en la alcaldía.

¿Y la de Álvaro Villegas?

Nunca creímos que pudiera caer por culpa nuestra. Él nos respaldó abiertamente en el Festival de Ancón, se enfrentó a los grupos de presión que querían impedirnos celebrar una reunión fraternal. Y nosotros respondimos bien: haciendo un Festival que no pudo ser criticado por nadie. La gente bella admira por eso al doctor Álvaro Villegas.

De Carolo afirman en ciertos círculos juveniles que "es un negociante disfrazado de hippie"…

Sí, eso dicen algunos enemigos. Pero no me preocupa tal palabrería. Ellos tal vez se refieran a mis habilidades, que las tengo en determinados campos. A mí me viene todos los días gente con negocios quebrados dizque para que se los ponga a producir plata. Creen que tengo magia por el hecho de haber reunido a trescientas mil personas en Ancón.

Y, precisamente, alegan que en Ancón usted ganó una gran cantidad de dinero…

Calculan que saqué unos doscientos mil pesos. Y eso habría sido posible si no se hubiera colado toda la gente por las laderas. Hubo gran desorganización en el cobro de las entradas al Parque. Ancón antes que ganancias, dejó pérdidas: unos cuarenta mil pesos.

¿Qué importancia tuvo entonces Ancón en su acción de líder hippie?

Allí comprobamos que la música es el más grande aglutinante para la juventud en nuestro tiempo. Vimos como había millares de personas inquietas, buscando algo, tal vez la verdad. Hasta el sitio de reunión llegaron también centenares de adultos que querían investigar, saber de lo que estaban haciendo los jóvenes.

¿Cómo se hizo líder universitario?

Me hicieron. Me llamaron a presidir el Consejo de los muchachos, porque sabían que era capaz de conseguirles dinero, haciendo bailes o bazares.

¿Estuvo entonces en la cárcel?

Una vez. A raíz de la visita de Rockefeller a Colombia adelantamos una serie de protestas con la complacencia de los grupos de la llamada izquierda. En sólo tres días hicimos estallar más de tres mil quinientas bombas molotov que construimos con los envases de la cafetería de la Universidad. Me llevaron a *La Ladera*, pero horas más tarde me dejaron en libertad gracias a una fianza pagada por las directivas universitarias, las mismas que días después me expulsarían esgrimiendo el alegato de que mi movimiento estaba financiado desde Cuba.

¿Y no volvió a estudiar?

Me recibieron nuevamente, con la condición de que no hablara en público, pero eso me fue amargando en una forma progresiva, hasta obligarme a pensar en abandonar el país.

¿Por qué no lo hizo, en últimas?

Acosado por la situación económica, había abierto un almacén con mercancías en consignación, pero esto no era suficiente para mí. Alguna vez *viajando* en San Andrés, soñé con la posibilidad de utilizar la música como aglutinante. De ahí surgió el Festival de Ancón.

¿Y de Ancón salió su condición de líder juvenil?

No me siento líder de nadie. Tengo amigos, gente que se identifica conmigo. Hago cosas, pero no más.

Dicen que usted es enemigo a muerte de los hippies de Bogotá. ¿Es cierto?

No es cierto. Me opongo sí a los negociantes que se han adueñado de determinados lugares de la capital para establecer ventas de drogas que alienan a la juventud. No comparto, por ejemplo, la utilización de *La Calle*, que se ha convertido en un centro de criminales, de expendedores de pepas mortales, donde, además, se concentran numerosos pervertidos sexuales que lo único que saben hacer es engañar a niñas de catorce o quince años para luego violarlas.

¿En qué se diferencian los hippies de Medellín de los de Bogotá?

Los de aquí trabajan cuando no estudian. En Medellín funcionan muchos talleres de artesanía donde se les da empleo a los muchachos que no quieren ir a la Universidad. Uno de ellos es el mío. Tenemos también fundiciones de cobre para elaborar artículos que agradan a la gente nueva o a las turistas que visitan distintas ciudades. Los hippies de Medellín son, por otra parte, solidarios con la causa de los humildes. Por eso se les ven los fines de semana en los barrios pobres organizando conciertos, luego de los cuales se reparten mercados a las familias de menores recursos.

¿Y cómo financian los mercados?

Con las ganancias de los talleres artesanales.

¿Cuál es, a la larga, el gran objetivo de movimientos como el de los jóvenes que se aglutinan ahora en torno de la música moderna?

Cambiar los conceptos que se tienen sobre el papel de las instituciones. Que el Estado sirva a la comunidad, no a

los intereses de una minoría. Que el poder esté en manos de los capaces, no de los vivos o habilidosos.

¿En qué ala de la política se ubica Carolo?
Posiblemente a la izquierda.

Pero usted fue anapista. ¿Cómo explica eso?
Sí, lo fui. Creí en un momento que se trataba de un movimiento con vena revolucionaria, pero pronto descubrí que estaba controlado por los mismos explotadores de los otros partidos, pero peor vestidos.

¿Luego pasó al comunismo, a la juventud comunista?
Pero allí tampoco pude hacer nada. Los de la Juco se limitan a echar paja todo el día. No sirven para trabajar, ni para luchar por quienes les dan los votos.

Se les acusa de amar al dinero en forma exagerada...
Amo algunas de las cosas que se puedan hacer con él... Viajar, por ejemplo.

¿Qué opina de los movimientos que dicen seguir las huellas de Cristo?
Son de derecha.

¿Y qué tiene de malo la derecha?
Los de la derecha son hombres peligrosos. No son confiables porque siempre están pensando en defender lo que poseen, nunca en compartir, ni se preocupan por el dolor ajeno.

¿Por qué se resisten los jóvenes a participar en los procesos electorales de la nación?
Porque no tenemos por quién votar. Votaríamos por un Che o por un Camilo Torres, pero no sabemos de nadie que pueda ganar nuestra confianza como la ganaron ellos.

A usted se le tilda de negociante, de traficante, de marihuanero, de comunista, de agente de la CIA... ¿A cuál de esas denominaciones se acerca más?

A ninguna. Ya le dije: no paso de ser un organizador de cosas.

¿La gente que se presenta como nueva por qué se identifica con la marihuana?

No sé. Tal vez es algo accidental. O por las mismas razones por las cuales los gobernantes, los intelectuales, los ricos, todos ellos se identifican con el trago, con las borracheras.

Pero la marihuana es peligrosa...

Si, claro que lo es. Tremendamente peligrosa. Quienes abusan de ella, como quienes abusan de los licores, terminan alejados de sus deberes, sembrados en la más increíble indolencia. Y es peligrosa igualmente para los jóvenes que aún no han conformado su personalidad. A éstos la marihuana los desorienta, los hace abandonar sus estudios, los puede situar en abierta rebeldía contra sus padres, pues se dejan llevar por una ola sensitiva. La marihuana solamente la deben utilizar quienes han logrado definir su personalidad, aquellos que se sientan dueños de una buena dosis cultural.

¿Es posible hacer algo para evitar la proliferación de ese hábito en la juventud?

Lo único que debe hacerse es educar, realizar grandes campañas de divulgación de los peligros que lleva el fumarla. Y antes que eso, acabar con la represión, pues ésta conduce a una especie de solidaridad con la marihuana a quienes son víctimas de ofensas por parte de la gente que ve al *enviciado* como un delincuente. Sacar esta campaña, en fin, de manos de la policía para que sea desarrollada por el ministerio de Educación.



Fotografía Horacio Gil Ochoa (Archivos fotográficos Biblioteca Pública Piloto)

Defensa del jipismo:
Los jipis no saben matar

Euclides Jaramillo Arango

Con motivo del Festival realizado por los jipis en Medellín, contra estos muchachos se ha desatado, por parte de algunas gentes, una tremenda campaña de improperios, de insultos y hasta de sandeces salidas de la incomprensión, la ignorancia y la estupidez de quienes no se dan cuenta del momento actual en que vive la humanidad toda.

No me voy a convertir en defensor de oficio –que no lo necesitan– de estos muchachos, pero sí voy a tratar de comprobar cómo lo que ellos hacen no es una novedad, ni mucho menos, como que todas sus actuaciones han sido eternas en el género humano. En cambio, quizás, sí es novedoso y extraño lo que ellos piensan en estos momentos de ambición, de rapiña, de sangre y de traición permanente, ya que los jipis viven en un ambiente muy distinto sirviendo a la paz, dejando hacer al vecino y obrando siempre con desprendimiento y con amor.

¿Qué se dejan crecer el cabello y la barba? Desde que apareció el hombre –el mono desnudo que llama un escritor– este se deja crecer esos apéndices capilares. ¿Quién dijo que sólo los hipis llevan el pelo largo? Jesucristo, a quien debemos amar, servir e imitar, jamás se acercó a una barbería, y eso que a Él le tocó actuar en una época dominada por los Romanos. Él mismo fue un súbdito romano, y éstos se motilaban. ¿Y Sansón, no llevaba la fuerza en los cabellos? ¿Quién dispuso que el cabello era para cortarlo? "Dejad que crezca todo lo que Dios da", decía una canción cuplé que estuvo muy de moda hace años, refiriéndose a determinados y hermosos apéndices femeninos.

¿Que los jipis no se bañan? El baño es costumbre muy reciente, y muchas publicaciones se están haciendo en la actualidad sobre el peligro de esa costumbre. Los griegos, los más perfectos de los hombres, sólo se bañaban en una que otra ocasión, y sí lo hacían con fina arena para retirar de sus cuerpos, después de una actuación atlética, el sudor y los aceites con los cuales se habían frotado. Los romanos tomaban baños en las Termas, pero sólo por placer, más que por higiene. Y las romanas, tan sensuales, tan estupendas, se bañaban cuando pertenecían a la altísima sociedad o eran amantes o madres de los emperadores, sólo de cuando en vez también, pero en leche de burra. En la época de los Luises, en la noble Francia, jamás uno de esos monarcas espléndidos y aparatosos conoció del baño. Y sus lindas cortesanas, las Luisitas de Lavaliere, las Pompadour, etc., no conocieron sobre sus apetitosos cuerpos jamás el agua. Para ahuyentar los malos olores estaban los regios y exóticos perfumes del lejano Oriente.

¿Qué los jipis fuman marihuana? No fueron ellos los inventores del fumar. El hombre americano viene fumando desde la más remota antigüedad. Y ha fumado de todo: hojas de brevo, de salvialugo, de vainilla, de plátano, de pangola, hasta del intoxicante mortal tabaco. Y viene haciendo con el beneplácito de los gobiernos que fomentan ese fumar para sostener la educación pública, como fomentan el licor y el juego para atender a esa elemental obligación del Estado. Apenas hace poco tiempo se ha acudido a la marihuana, y seguramente pronto la pondrán bajo su paternal protección para explotarla a través de los impuestos. Cuando el español llegó a América desconocía el fumar. Presto lo aprendió y hasta lo halló saludable, porque dizque descongestionaba los bronquios y provocaba la salida de las flemas que allí se forman. Los jipis, pues, no han inventado el fumar, ni el vicio.

¿Que algunos de ellos son homosexuales? No son descubridores del homosexualismo, absurda aberración anti-

gua como la humanidad misma. Los griegos, los más perfectos de los hombres, la practicaban como cosa natural, y amaban la belleza humana. En el siglo VII, antes de Cristo, en Grecia fue tan intenso el movimiento homosexual que la mujer apenas fue renegada a la función natural de perpetuar la especie. Y hoy mismo, la hipócrita sociedad que repudia a los jipis, hace colas de cuadras para entrar a presenciar una puerca película que dice del amor entre dos seres del mismo género.

¿Que los jipis no trabajan? No lo hacen todos cuantos los critican. Muchos de sus denigrantes no se mueven del café, del club o del garito. ¿Y, trabajaron Jesucristo, Socratés, Platón, etc.? De Jesús, el más noble y grande de los mortales y el más puro de los dioses, conocemos casi toda su vida. Y en ningún pasaje de ella se dice que hubiera trabajado jamás. José, su padre, fue un excelente carpintero, y María su madre, una hacendosa ama de casa. Pero Jesús no tuvo jamás en sus manos una herramienta ni siquiera para bendecirla. Al menos no lo dicen las sagradas escrituras.

¿Qué los jipis se solazan con sus amigas? ¿Y qué ha hecho la humanidad toda desde Adán y Eva? La explosión demográfica actual no es hija de la inseminación artificial ni nace por obra y gracia del Espíritu Santo. Los jipis, se dice, lo hacen al aire libre. Los demás mortales, en los prostíbulos y las casas de cita que protegen todas las actividades de la deslealtad y la traición, ofendiendo la tan cantada moral.

¿Que usan los alucinógenos? ¿Y qué ha hecho el indio americano con su yagé durante toda su vida? En todos los continentes se ha fumado opio y otros elementos por el estilo. La literatura de Jean Lorrain, la de Baudelaire, la de tantos otros artistas del vocablo, salió de los castillos y paraísos artificiales.

El fenómeno del jipismo no es de hoy, que ya lo hubo en otras épocas, en todas partes y con otras denominaciones. Y es un fenómeno contemporáneo. En el actual hay un gran

deseo de libertad, de ir a la tierra, a la naturaleza, que el muchacho de hoy no conoce en su vida reducida al lujoso apartamento de un sexto piso y el colegio para señoritos bien. Y siendo la sociedad la madre del fenómeno, a ella le compete tratarlo. No con insultos. No con drásticas y absurdas órdenes de desocupar una ciudad en termino de horas. No con rabietas ni sermones extemporáneos hoy.

La sociedad tiene que atraer con cariño a los jipis y enseñarlos a robar como lo hacen los honorables hombres normales a través de sus actividades ciudadanas. Robar en la medida, en la pesa, en la cantidad, en la calidad, en el despacho, en las oficinas, en el consultorio, en la oficina pública, etc. Y debe enseñarlo a matar, que los jipis no lo saben, tal como continuamente lo están haciendo los demás elementos de la comunidad. Y a mentir, como se miente en la sociedad, con hipocresía, con maldad y casi siempre con ruindad. Debe la sociedad atraer a los jipis al camino y con amor recordarles que el hombre no debe ser desprendido, que debe ser avaro, envidioso, ambicioso y calculador. Convencerlos de que lo que cuenta para triunfar es el exterior, que no el interior; que llevando una limpia y hermosa ropa, el espíritu puede ir deteriorado, podrido. En una palabra, quitarles ese nocivo ideal de paz, de amor, de generosidad que trajeron los jipis venezolanos cuando anunciaron regalarnos todo el Golfo de Maracaibo. Llevarlos a que aprendan a vivir en guerra, en odio y en esclavitud. Que sean hipócritas, permanentes doctores merengues con un subconsciente zalamero. Que se agrupen con la comunidad y que laboren con ésta siguiendo a los incapaces, a los estafadores y a los ambiciosos.

Yo creo que quienes abominan de estos muchachos enfermos de amor y de libertad, lo hacen en la absoluta impotencia, nacida en los prejuicios, de vivir con ellos. Por algo decía Wilde: los consejos los dan quienes no pueden proporcionar malos ejemplos.

Primer Festival de música de Ancón

Martiniano González (Ernesto Farallón)

La gente de la ciudad empezó a sentir estupor cuando se dio cuenta de que en Ancón se efectuaría este primer Festival. Las críticas rodaban por las calles y volaban por encima de los edificios más altos de la ciudad, algunos en pro y otras en contra del burgomaestre de turno, Álvaro Villegas, quien concedió el permiso para que esa juventud rebelde y caprichosa saciara sus apetitos.

Desde principios de la semana empezaron a verse figuras de diversas clases y melenas de todos los colores llegadas, no sé cómo, de diferentes lugares del país y del exterior. El parque de Bolívar fue el primero que visitaron los nómades peludos y al que más concurrieron como para llevarle un mensaje de saludo al caraqueño libertador de cinco repúblicas.

De sorpresa tropezamos, el poeta Eugenio Mariol y quien escribe estas líneas, con más de seis decenas de estos zíngaros que el sábado a la madrugada trataban de dormir en un tablado, situado en el centro del parque de Berrío, donde la noche anterior, los organizadores de La Feria del libro, habían presentado un acto cultural.

Mientras unos en realidad dormían a la intemperie, otros se dedicaban a contar sobre la suerte de sus viajes; en tanto que por sus bocas, como por oscuras chimeneas, salía la humareda, residuo de la hierba que quemaban para calentar sus gargantas, ya que el frío era intenso.

El olor a la hierba se sentía desde lejos. Nos fuimos acercando y algunos de los que estaban despiertos se sentaron para recibir nuestro saludo: "Somos integrantes de La Tertulia Cultural del Cuarto piso de Medellín y admiradores de los hippies, les dijo el poeta Mariol, respetamos su doctrina y sus ideas".

El diálogo se prolongó por varios minutos hasta que se hicieron presentes otros trasnochadores que llegaron al lugar. Los poetas Mariol y Farallón les declamaron varios poemas de su inspiración y de corte rebelde, los cuales fueron aclamados por algunos hippies que se subieron al escenario para felicitarlos. A continuación, varios de ellos tomaron la palabra para recitar, de su repertorio, poemas de corte hippiano.

Cuando ya se iba asomando la aurora de ese sábado, los nómadas fueron desfilando en dirección sur, por la carrera Palacé, rumbo al estrecho valle de Ancón. No me resistí, y por la tarde, fui a presenciar el Festival de música rock.

Ni fiesta de las flores ni feria agropecuaria. Los buses del sur fueron insuficientes para transportar a los peregrinos que querían ver de cerca y en plena actitud a los hippies. Vehículos de otras líneas urbanas se sumaron a la caravana para hacer más numerosa la peregrinación. El tránsito era multitudinario por la autopista, a tal punto que los tráficos tuvieron que desviar los vehículos por la carretera que de Itagüí conduce a La Estrella, y de aquí a las faldas de Ancón.

Yo iba en una de las líneas de Aranjuez. Un poco distante del valle de Ancón, alcancé a ver un terreno irregular, algunas protuberancias de la cordillera Central en cuyas faldas se veían, como sembradas, a estrecho intervalo, matas humanas. Cuando más me fui acercando observé como que habían sembrado las semillas más juntas; las gentes escasamente podían moverse de un lugar a otro, pero con mucha dificultad. Algunos de los hippies que pasaron junto a mí me solicitaron colaboración en dinero y no faltó quien me pidiera el poncho.

Semejaba esto un país de primitivos; las carpas parecían de gitanos que formaban un pueblo de errabundos. Al otro lado del puente se oía la música rock, en un contraste, haciéndole dúo al fragor que anunciaba el susurro de la quebrada al chocar sus aguas borrascosas con las peñas de

Ancón; por esto, algunos visitantes se encontraban un poco nerviosos, mientras que en otros se reflejaba la serenidad.

¿Por qué tanta curiosidad? ¿Por qué tanto temor para con esos nómadas alejados de sus familias? ¿Dónde está la raíz de este árbol tan corpulento y tan frondoso, cargado ya de flores y de frutos en sazón, pero con semillas misteriosas? ¿Los nuevos adelantos de la ciencia estarán produciendo parte de sus efectos en algunas juventudes, incrustando ideas en sus mentes y descarriándoles sus pensamientos? ¿Qué opina la nueva sociología de este asunto?

Hay libertad de expresión, hay libertad de pensamiento y ellos comprenden esa libertad e incluso, el libre albedrío, para no caer en el libertinaje. Y claro está, hay hippies que son y otros que no lo son, pero tanto los unos como los otros pretenden darle un vuelco total a la juventud, aunque sería imposible, en este sentido, porque sus ideas van en detrimento de la misma sociedad. Ellos no formarán un pueblo grande, son pocos los adeptos que comulgan con sus caprichos.

Y de esa juventud descarriada muy poco se puede esperar. Hablo de aquellos que se dopan con la droga para obtener alucinaciones y bajo los efectos de ésta poder recorrer otras esferas. Ven el mundo demasiado amplio, sin Dios y sin ley, no les incumbe para nada la realización del sexo a ojos vistos; serían los primeros en implantar el nudismo, van en retroceso hacia el túnel fatal del salvajismo. Como testimonio de estos hechos están el valle de Ancón y los curiosos más próximos que observaron los adanes y las evas cuando se llegaba el momento de hacer el amor.

El clero se pronunció en contra de este Festival echando maldiciones y anunciando que la quebrada que corre por allí arrasaría con esos nómadas vulgares y con todos los noveleros.

Cuando cayó la tarde del domingo, despejada por cierto, brilló la luna sobre los matorrales heridos y casi muertos por

las pisadas de los hippies y de los curiosos; mientras que algunas fogatas prendidas a intervalos, semejaban, más bien, un conciliábulo nocturno, un aquelarre. El bullicio se agudizaba en señal de despedida porque ya muy pronto terminaría el Primer Festival de Música Rock. Y sólo quedaron los recuerdos, las semillas hippies regadas a diestra y siniestra de Ancón, germinando para que el segundo festival tenga más adeptos.

El uno para el otro

Elkin Restrepo

Cuando Wanda y Tiberio se conocieron, de inmediato se dieron cuenta de que eran el uno para el otro. Esto sucedió a comienzos de los 70, en el festival hippy de Ancón, que tanto dio qué hablar y que aún algunos no lo olvidan. Muchas vueltas debió dar la vida para que aquella tarde invernal, camino de la música, Wanda y Tiberio se vieran por vez primera. Llegaban de polos casi completamente opuestos y fue allí, entre la multitud vociferante, que Manuel *Quinto* los presentó. En la tarima, *Los Teipus* interpretaban *Las voces del silencio,* que de inmediato, para ese amor que nacía, se convirtió en un himno. Tiberio tomó de la mano a Wanda y juntos comenzaron a girar en ese fuerte remolino (es una metáfora) que es la vida. Sin embargo, contra lo que el destino quería, alegando cualquier motivo, muy pronto cada uno fue por su lado. Tiberio, improvisándose como peregrino, viajó al Nepal y Wanda, la pobre Wanda, después de mucho voltear, terminó de empleada de hotel en Caracas. Allí, para no seguir siendo una indocumentada, se casó con el primero que se lo propuso, sumando un error más a la lista de errores y equivocaciones, que sólo ayudaban a su desgracia. Después de un tiempo se divorció y, como ya gozaba de la ciudadanía, puso un negocio de confecciones en Petare.

Hasta allí llegó el portugués, que sería su segundo marido y que luego, después de una etapa de incomprensiones e insultos, la abandonaría para irse con una fulana a Lisboa. Wanda, que era fuerte, no desmayó y siguió luchando hasta reunir los ahorros necesarios y volver a Colombia. Aquí se casó nuevamente, pero tampoco le alcanzó para un instante de dicha y sosiego. Lloró, entonces porque su vida se

había vuelto una cosa gris y fría. Entretanto, al otro lado del mundo, después de un período místico que no lo llevó a ninguna parte, Tiberio recayó en la droga. Desde entonces, sin poder ser el mismo, va de tumbo en tumbo.

Otra sería esta historia si, por un momento, ambos hubieran hecho caso de los planes que laboriosamente les había trazado el destino.

Hersan y J. Emilio en los lodazales de Ancón

Francisco Velásquez Gallego

Podría parecer otra pendejada del Carolo, a quien para la época creían un loquito mariguanero. Y de hecho lo era, la gran pendejada de creer que en el parque Ancón Sur (situado en el municipio de La Estrella) se congregarían los jóvenes para intentar reproducir un *Woodstock**. Pero Carolo, bautizado Gonzalo Caro, no era tan pendejo como parecía, porque además tenía alma de negociante, al fin y al cabo antioqueño, razón de más para *engañar* al alcalde de entonces de Medellín, el ingeniero Álvaro Villegas Moreno, más godo que cualquiera de los liberales de entonces (y de hoy).

El permiso lo obtuvieron con el jefe de parques del Municipio, el poeta Jorge Robledo Ortiz, con la intermediación de Barquillo (el escritor nadaista Jaime Espinel), y fue así como Carolo y otros de sus amigos le hablaron a la primera autoridad del significado de un festival de música rock, puntualizado en la armonía que crearía y en la fama que daría a esta comarca. El burgomaestre Villegas se comió la carreta y dio la autorización para un fin de semana recreativo en el inmenso terreno conocido como Ancón.

Al parecer el alcalde desconocía el fenómeno sociológico que fue el Woodstock, ocurrido en 1969 en Estados Unidos, considerado la más gigantesca manifestación de amor con asistencia de más de 500 mil personas que se reunieron a escuchar durante 72 horas continuas a Jimmy Hendrix, Joan

* Woodstock: nombre de un extenso terreno facilitado por un granjero, que significaba "depósito de madera". Fue tanta la liberación sentida por los asistentes que se convirtió en un problema nacional y de orden público.

Baez, Carlos Santana, Joe Cocker, *Crosby-Still and Nash & Young*, Richie Havens, *The Who* y otros cantantes y agrupaciones de Rock y Country (la música pop de los 60's). En Ancón, no se llegó a tanto, pero fue mucho para nuestra republiqueta.

Aquí entre nosotros dos mil, recuerdo que guié a don Hernando Santos –ex director de *El Tiempo*– por los lodazales donde se bañaban *los soyados* (en aguas enlodadas, y cual marranos se pisoteaban unos contra otros), hasta encontrar a Germán Castro Caycedo, a quien el periódico había desplazado desde Bogotá como enviado especial.

El día de la inauguración, con alcalde a bordo, fueron 30 mil personas, y que según Carolo y contra lo previsto, quebrantaron el puente que servía de control de acceso al espectáculo.

Sostiene Carolo que en los tres días hubo cerca de 200 mil personas y que entre los curiosos de la última fecha observó al fallecido ex ministro Jota Emilio Valderrama, a quien incluso una bota se le quedó en el pantano y tuvo que regresar con un pie descalzo. Quienes curioseaban se colocaban sombreros anchos y gafas oscuras creyendo que nadie los iba a ver, y todo el mundo se los *pillaba* y *gozaba*.

Un hippie de la ciudad comenzó a pedir colaboraciones y llegó hasta los organizadores con una mochila llena de dinero, porque ya no había control posible de la policía y los porteros en los sitios distintos del caído puente de ingreso al Ancón.

En el festival musical de Rock participaron como grupos *Los Monsters*, Los *Flippers*, *Galaxia*, *Fraternidad* (banda de *Los graduados* integrada para tocar sólo rock), *Los Black Stars y Stone Free*, entre otros. En muchos casos se unían unos a otros y ponían cualquier nombre para sostener la música durante las 72 horas de programación.

La boleta valía 13.20, sabrá Dios por qué, y es obvio que los ingresos fueron buenos. Carolo, quien entonces consideraba que la plata corrompía, le pagó a los músicos

el doble de lo que pidieron y empezó a regalar los billetes. Con lo que le quedó, llegó a la Central a comprar mercados para llevarlos a los ranchos que había entonces en las laderas de Medellín, y que hoy son las famosas comunas que tanto han dado que decir.

Ancón (ellos lo escribían Ancóm) también generó debates y enfrentamientos entre las autoridades locales. Se sabe que muchos asistentes consumieron LSD, ácido lisérgico, una droga dura que traían de los Estados Unidos hijos de los ricos famosos de la ciudad y cuyos efectos eran mucho más efectivos que los de la ahora despreciada *cannabis*. Dicha sustancia hace posible *viajes* que pueden durar más de 24 horas y por ello se creía que muchas personas estaban muertas, cuando se encontraban descubriendo nuevos mundos y quizá a sí mismos.

Alrededor del LSD se tejieron versiones antagónicas: que la CIA –Central de inteligencia de los Estados Unidos– la trajo para que por sobredosis se acabara la *revolución de la juventud comunista y pornográfica del país*; que la introdujeron en un carro diplomático para poder sindicar a Carolo de ser integrante de la CIA; que parapapá, que tiritití, etcetera.

Lo cierto es que ahora notables ejecutivos y dirigentes políticos, que contaban con más de 20 años, regalaban –de acuerdo con nuestra fuente– muchas pepitas de esas.

De todos modos, el jefe del temible DAS –Departamento Administrativo de Seguridad– de entonces, Óscar Alonso Villegas Giraldo, encaró al burgomaestre Álvaro Villegas, cuando dio un ultimátum de cuarenta y ocho horas a los hippies visitantes que se congregaron en el parque de Bolívar y no se querían regresar a sus tierras, tras la terminación del Festival.

10.000 jóvenes fueron declarados indeseables por el funcionario policial, lo que obligó la intervención del Alcalde para declarar que en Medellín no existía la pena del destierro y que quien tuviera sus documentos de identidad

en regla podía permanecer, no así los indocumentados, muchos de los cuales fueron a parar a la cárcel *La Ladera*, a proseguir allí si su *anconazo* con la marihuana que circulaba a sus anchas por los famosos patios de la desaparecida cárcel del distrito.

De alguna manera, Ancón marcó a la mayoría de curiosos, que fueron los más, y a quienes como jóvenes ya influenciados de existencialismo, nadaismo y rock (mezcla explosiva para la provincia más religiosa y políticamente goda de la década y quizá del siglo), fueron a liberar energías, darse unos toquecitos, dormir en las cinco estrellas hoteleras del colchón verde, bañarse en un pantanero, y amparados en la noche dizque hacer el amor quickly-mente.

Por allá estuvimos y nos justificábamos como reporteros para sufrir el fango, caer a los pantanos y observar la descabellada idea convertida en realidad por el *loco* de Carolo.

Ancón: de un viaje de ácido al escándalo público

Luz María Montoya Hoyos y Vicky Trujillo

En unas vacaciones me fui a San Andrés y allí en un viaje de ácido, tirado en una playa, fue donde se vio en las nubes la formación del Festival. Vi que se formó un escenario, que había como alguien que dirigía allí las cosas, que iban entrando los grupos y llegando la gente. Entonces me dije: esto o es una alucinación o un mensaje.

Inmediatamente se paró, trató varias veces de prender la moto, una de esas 90 cc automáticas que alquilaban en San Andrés, pero no tuvo éxito. Despotricó largo rato contra los tecnicismos, las comodidades y la industrialización y después de pensar que *si estuviera en un caballo o en una mula no me habría varado*, agarró la moto, la arrimó hasta el acantilado y la observó caer al mar. Fue entonces cuando decidió venirse inmediatamente para Medellín a realizar el Festival.

Y así, en la cabeza de Carolo, empezó a gestarse lo que en escaso tiempo se convertiría en el escándalo más sonado por mucho tiempo en Medellín: El Festival rock de Ancón, un concierto de tres días que hizo persignarse como si estuvieran viendo al mismo diablo a más de un antioqueño, que le valió a Álvaro Villegas Moreno el apodo de Alcalde hippie por haber permitido su realización, que hasta le costó la alcaldía, y que en todo caso, partió la historia de la ciudad en dos, porque Medellín fue una antes y otra después de Ancón.

Flautas por molotovs

Organizarlo no fue fácil. Empezando porque cuando Carolo fue a Bogotá a conseguir los músicos, nadie le creía

porque a nadie le cabía en la cabeza que se pudiera hacer un festival de rock en Medellín, *capital nacional del puritanismo y la mojigatería*.

La cuestión del permiso fue más difícil todavía. Carolo y Ricardo "Cancho" Echeverry se movieron por cuanto despacho existía con el fin de sacar adelante el controvertido proyecto. Finalmente, Carolo, quien hasta un año antes había estado participando en el movimiento estudiantil de la Universidad de Antioquia, les dijo a las autoridades que iban a cambiar las piedras y los cócteles molotov por flautas, bongos y guitarras, para buscar la paz y el amor de toda la juventud. *Y ellos se tragaron el cuento.*

En total, fueron cuarenta y dos días de organización. Fue algo hecho sin ningún conocimiento, con las uñas. "Todo era cuestión de sentimiento, de vocación, nos uníamos con música en el eslogan de Ancón: Pura cuestión de fe".

Todo fue una carrera contra el tiempo. Inclusive apenas faltaban tres días para comenzar y Carolo, muy campante, todavía pensaba que los grupos se iban a colocar *en aquel morrito*. Hubo, pues, que montar a mil el escenario, un tablado con las instalaciones necesarias para conectar los equipos de sonido y las guitarras eléctricas.

La imaginación también jugó mucho papel, pues una de las cosas que más descrestó a los adeptos de Ancón fue la gran cantidad de grupos musicales que tocaron allí durante los tres días. Lo que pocos sabían era que en realidad se trataban de cuatro o cinco grupos a los que les tocó multiplicarse. Salían al escenario con un nombre y después de tocar se cambiaban de indumentaria y de nombre.

Varios de estos grupos estaban conformados por músicos que apenas se enteraban de que iba a haber un festival, llegaban a *La Caverna de Carolo*, y allí eran apuntados en un cuaderno en el que se hacían listas de bateristas, bajistas, guitarristas y flautistas. Luego, los que compaginaban bien se agrupaban y con equipos prestados ensayaban diaria-

mente en *La Caverna*. Los demás grupos eran bogotanos como *La Banda de Marciano* y *El grupo de Job*.

Piojos hippies

Lo cierto es que el Festival tenía muchos enemigos. Si hasta el jefe del DAS decía que con realizarlo lo único que se iba a hacer era traer todas las plagas, los piojos, las niguas y las pulgas, como si antes de existir los hippies ya no existieran.

Pero, cómo son las cosas, con las críticas negativas que tuvo Ancón, pasó lo mismo que con el libro de *Los versos satánicos*, que se empezó a vender como pan caliente apenas lo condenó el Ayatollah Jomeini: Igualmente, a Ancón asistieron muchas personas por pura curiosidad de ver todas las atrocidades que decían se iban a cometer allá. Por eso, para Carolo, la mejor publicidad fueron las críticas de *La hora católica* que decía que al que fuera lo iban a empelotar y que durante los tres días iban a estar en pecado mortal y que merecíamos la excomunión.

Carolo no fue el único que pensó así. De que la mala prensa y la oposición ayudaron mucho al éxito del evento, también está convencido Villegas Moreno. Los carros no cabían en la carretera, pero no para oír rock, sino por presenciar las violaciones y las aberraciones que se anunciaban en los periódicos.

El caso es que a Ancón entraron miles y miles de personas, unas por unos minutos, o por algunas horas, y las demás de tiempo completo, sin que hasta el momento se tenga un dato exacto, aunque se llegó a hablar de 200 mil.

No valió nada, ni el desesperante sol picante que salía hacía el mediodía, ni el duro invierno que convirtió la grama en un lodo traga zapatos. Por el contrario, todo el mundo llegaba allí y lo que querían era tirarse y revolcarse en el fango.

A través de filas y filas interminables en la carretera llegaban gentes de todas las clases sociales, de todas las edades y allí se mezclaban sin distingos. Llegaron candidatos presidenciales que se ponían un sombrero, gafas oscuras y poncho para que no los reconocieran, que aprovechaban el Festival para dar rienda suelta a una fogosa personalidad asfixiada por el acartonamiento.

Y todavía no se han ido

¿Curiosos? Todo el mundo, los que quiera. ¿Y hippies? Ni hablar. De todas partes de Colombia fueron apareciendo. Fueron centro de atracción y modelos a imitar.

Los pelos largos, los zapatos con suela de llanta, las manillas de cuero, *el peace and love*, las tres puntá, las botas campanas, las correas con el signo de la paz, las flores para mascar, las camisas floreadas y sicodélicas, las figuras pacíficas, flacas, desgarbadas, con jerga y acento raros y pasados a mariguana, hicieron su entrada triunfal en Medellín y en un dos por tres ya eran comunes en todos los rincones. Algunos, los que no se fueron por propia iniciativa, no pudieron escaparse del desalojo que hicieron las autoridades, pues ocho días después de terminado el Festival, no se les veía firmes intenciones, no sólo de irse del parque de Bolívar y de cuanto lugar tuviera algo parecido a bancas.

Otros lograron salvarse y es así como todavía dieciocho años después, nos encontramos con algunos de ellos vendiendo un sinfín de artesanías a lo largo de la avenida La Playa.

Al Festival llegaron también periodistas de diferentes medios y corresponsales extranjeros, a raíz de que lo habían relacionado con el reciente de Woodstock que había marcado un hito en lo que a congregaciones juveniles se refiere.

Hasta Gloria Valencia de Castaño llegó en helicóptero, con cámaras y todo, para dedicarle varios programas de



televisión. Y cómo no, ni modo que faltara el" "Grillo Toro, director y dueño de *La voz de la música*, quien haciendo uso de una inventiva envidiable logró transmitir durante los tres días en vivo.

Por amor al arte

La gente entraba al parque por donde fuera, aunque no hubiera sino un pequeño puente de madera que cedería ante el exagerado peso, sin causar daños. La otra manera de entrar era cruzando a nado el río, negro del mugre, pero no fue impedimento para que cientos de personas lo hicieran y se evitarán pagar los $13.20, caprichoso precio de la entrada a Ancón.

¿Qué cómo lograron tantos dormir tres noches sobre un lodazal de respeto, con la ropa oliendo a mugre revuelta con mariguana y quebrada sucia? Pues por puro amor a la música, porque miles de personas se quedaron internos en Ancón tres días completicos con sus noches, con todas las incomodidades del mundo. De agua potable ni hablar, a no ser la que la gente llevara y la que estuvo repartiendo un día el carro de bomberos. ¿Servicios sanitarios? Menos. ¿Y comida? Pocón más bien, porque nadie, a excepción de un amigo de los organizadores que puso un puestico de gaseosas y pasteles, absolutamente nadie, ni Coca Cola, ni Pepsi Cola que ahora se desbaratan por el rock, quiso poner casetas *porque toda esa mano de hippies y greñudos qué iban a comprar*.

Los gringos criollos

Pero todo importaba nada al lado de las ganas de convivir en paz y amor con tantos hermanos hippies y de escuchar música, que en su mayoría fue improvisada y original. Precisamente, uno de los músicos, Miquillo, con su caperuza verde y su guitarra, puso a prueba la mística de los asis-

tentes, porque es que ¿cuál pelado de los que ahora van a ver a *Los Hombres G.* o a Charlie García se aguantaría sin protestar a un tipo con una armónica parado durante hora y media en el escenario "haciendo ejercicios yoga en los cuales todos respirábamos al mismo tiempo para formar una verdadera unidad entre todo el público?"

Todos los músicos fueron criollos, a excepción de un norteamericano que pertenecía a un grupo bogotano, pero fue suficiente para que todavía hoy mucha gente piense que al Festival vinieron conjuntos gringos. *Lo que pasaba era que hacían un inglés tan desaforado que todo el mundo se preguntaba estos gringos de dónde salieron.*

Los muertos... De la traba

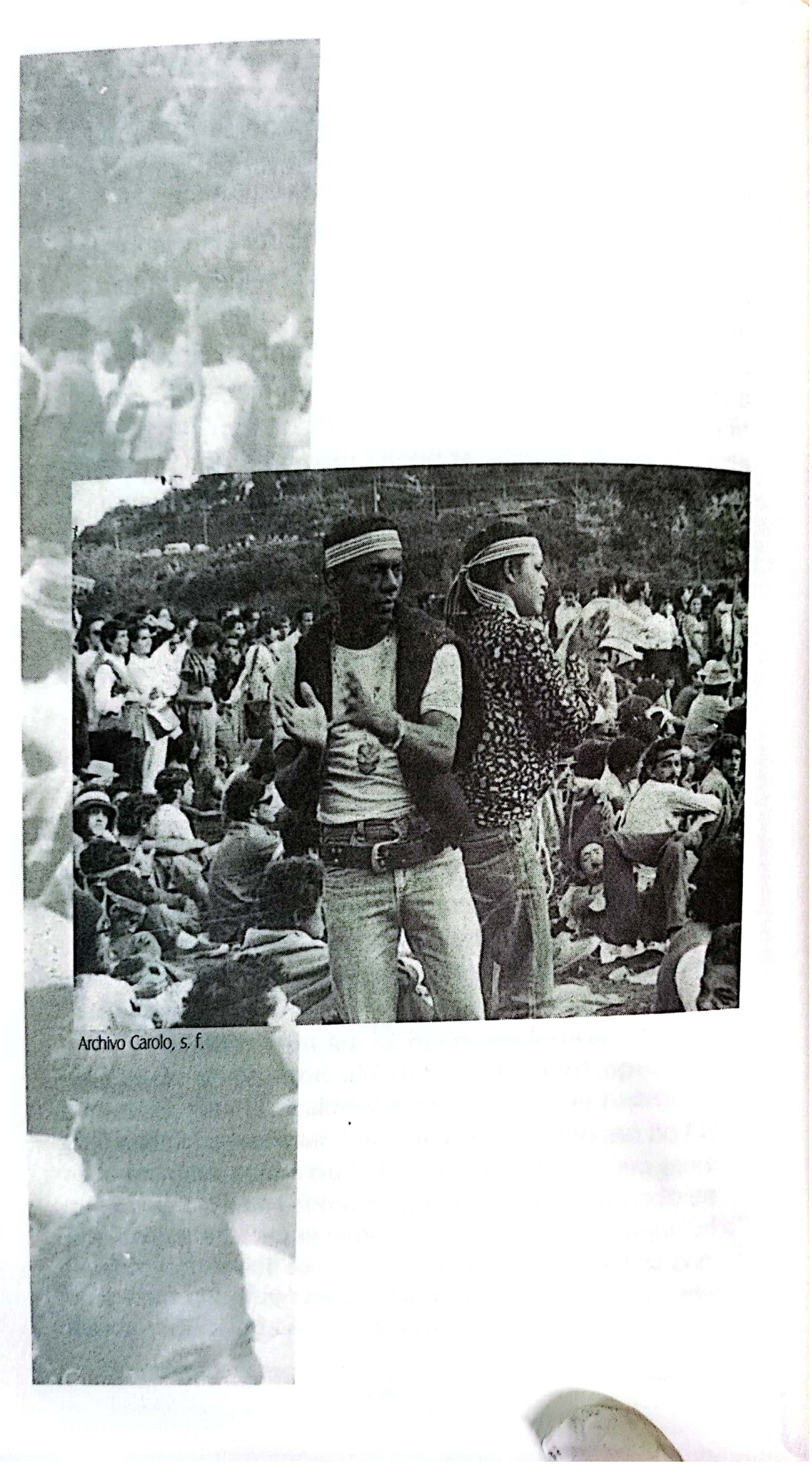
Según Carolo, fueron muchos los malintencionados. "Como el caso de los compañeros mamertos de la Juco, que les dio por decir que yo me había convertido en agente de la CIA, que estaba patrocinando el Festival. Fueron a Guayaquil, consiguieron camiones y los llenaron de vagos y los llevaron al Festival, con fotógrafos para tomar fotos y decir que aquello era una orgía, y una depravación. Pero nosotros repelimos el ataque. Aunque en Ancón no hubo muertos, hubo gente que tuvo unos viajes de droga tan tremendos que se quedaban veinte o treinta horas tirados en la grama.

Y así transcurrieron las 72 horas del festival. Miles de anécdotas se tejieron allí dentro. Generó opiniones diferentes. Para el alcalde Villegas Moreno "el Festival no dejó nada que lamentar. Vinieron hippies, pero eso no fue nada aberrante para la ciudad, ni tan escandaloso, era gente que obedecía a una corriente que existía en el mundo en ese momento". Para el padre Fernando Gómez Mejía "el permiso del alcalde fue una actitud de complacencia con un evento que hizo mucho daño, que tuvo una trascendencia maligna, tremenda para los hogares, para la sociedad

y, especialmente, para la juventud, porque se consumió mariguana, LSD, además de que el Festival tenía mucho que ver con el libertinaje sexual".

Los más sanos salieron escandalizados por la frescura de esos "hippies mariguaneros y viciosos que se desnudaban y se tiraban al agua como si nada". Otros, como el hippie Zacarías, que vino directamente del Putumayo para el Festival y que todavía no se ha ido, salieron matados porque "fueron tres días de locura, de fumada, de tomada, donde estaba la buena música, la buena programación". Los curiosos vieron satisfecha su curiosidad, y los demás, simplemente disfrutaron de la música.

A pesar de las diferentes opiniones, hay algo con lo que todos están de acuerdo: Medellín fue una antes de Ancón y otra después de Ancón.



Archivo Carolo, s. f.

Amnesias de Ancón

Oscar Domínguez

No disfruté en forma del Festival de Ancón. Claro que no fue por falta de ganas, como dicen las solteras prolongadas.

Por esas calendas, ya había pegado el grito de independencia de mi casa, después de gorriar durante lustros, estudio, lata y techo. Mejor dicho: Casa, carro y beca.

Empezaba a conjugar el verbo trabajar, un infinitivo incómodo que muy poco les decía a los mechudos que actuaron en ese Woodstock de todo el maíz que fue Ancón. Para resumir, diré que por primera vez actuaba como enviado especial de Todelar. Desde las *bogotaes* me mandaron a cubrir un congreso de transportadores que coincidió con el Festival.

Como tenía reciente el prontuario de melenudo y de caminante (de vago de Junín), mis patrones creyeron que enviándome a mí mataban dos pájaros con una sola piedra y así informé a mis oyentes sobre reajustes en el peaje y las pintas de Ancón. Todo por un mismo sueldo.

Me acompañó una dama frágil, que temblaba como una hoja de Medellín entre tando metedor de cannabis ganoso de volver hilachas el sexto mandamiento. Con esa chica que me levanté en Junín volveríamos epístola de San Pablo el dichoso Festival.

Hasta el "Comino" Abella, con alguna de sus Teresitas, andaba en funciones periodísticas similares a las mías, con sus ojos de reportero laureanista, hecho para coleccionar asombros.

Cuando me tocaba Ancón, después de hablar con funcionarios del Intra, me ponía trascendental. Concluí que

estaba viviendo un momento histórico (por Ancón, no por reajuste del peaje).

Saqué pecho y me sentí importante, vos.

Toda generación tiene su propia música, así como cada pájaro tiene su hábitat de libertad entre el viento.

Ancón y sus ruidos de Acuario de entonces me hacían sentir libre, una aberración que espero que me acompañe hasta agotar todo mi libreto vital.

Hace tiempos estoy de regreso al bolero y al bambuco, que había pasado muy fugazmente, al cuarto de San Alejo. Y me siento muy bien. Una corbata que habría chillado en Ancón me ayuda a triturar horarios. O sea, nada que ver con el muchacho de antes.

Con una que otra tara, mis hijos han heredado la misma música de Ancón. Eso si: A mí que me esculquen. Siquiatras y sicólogos habrá por ahí que sabrán explicar el fenómeno. Tengo las mejores amnesias del Festival. Por eso, como dicen los juglares vallenatos en sus canciones, y los ciclistas al final de la etapa, un saludo para los ex melenudos de entonces.

No nos quitemos más tiempo.

Los años maravillosos

Patricia Nieto

Los hippies entraron a Medellín en hordas y por los cuatro puntos cardinales. Al norte, en pleno parque de Bello, pasaron la noche del 17 de junio de 1971 quienes venían de la Sierra Nevada de Santa Marta, donde la marihuana crecía silvestre; por Rionegro, en el oriente, viajaron graneaditos los escasos melenudos que podían pelechar en esa tierra de curas; desde Santa Fé de Antioquia emprendieron la última jornada los buscadores de hongos de la selva del Darién y en Anserma, Caldas, a un estudiante de quinto de bachillerato le metieron dos años de cárcel por guardar en el bolsillo el pucho de uno de los caminantes que llegó por la carrtera del sur.

Encontraron una ciudad de cielo encapotado y calles apredreadas por los estudiantes universitarios: la noche anterior habían roto todas las vitrinas de Junín y se instalaron en el parque de Bolívar, donde en la mañana del 18 corría el rumor de que a un guardián de La Ladera le habían descubierto una caleta con dos libras de marihuana. Un escándalo sólo comparable con el que empezaba a producirse ese día, a esa hora, en ese parque: los hippies acomodaban sus morrales como almohadas y estiraban sus delgaduchos cuerpos sobre las gradas de La catedral, para echarse una siesta que les aliviara el cansancio de días de camino, antes de abrazar a sus hermanos en una fiesta de amor y paz.

Una hora después cogieron por la carretera del sur y caminaron hasta divisar un paraje de malezas enmontadas, guayabas maduras, río limpiecito, colinas repletas de vacas y casetas derruidas por falta de uso. Ese era el parque municipal de Ancón, comprado por Ignacio Vélez Escobar

cuando fue alcalde, con la convicción de que era posible señalar un lugar para los paseos de olla y donde al mediodía los esperaban Carolo y Humberto Caballero –un muchachito rubio que ya no existe–, los hippies más famosos de Medellín y Bogotá.

La nariz de Carolo sobresalía por debajo de un sombrero que le tapaba media cara y debajo de ella una boca amplia se movía para decirles *Ancón es cuestión de fe.* Ahora Carolo, 44 años y una barriguita que empieza a incomodarse contra la pretina, habla de los fundamentos terrenales de los cientos de abrazos que repartió a la entrada de Ancón: "Mi propuesta era que cambiáramos los cocteles molotov y las piedras por las guitarras y las flautas, para que entráramos definitivamente en una época de paz y por eso mi incontenible felicidad cada que un hermano llegaba a Ancón".

Apoderados de los 20 mil metros cuadrados del parque, los recién llegados dispusieron morrales y carpas para cumplir el presagio de un diario local, como en una especie de valle de Josafat, los distinguidos huéspedes, tendrán a su disposición como poéticos y mullidos lechos, el hermosísimo césped y como lámpara una hermosa luna. Sólo que para esa hora, mediodía del viernes 18, la manga ya era un lodazal, pues la tierra no había podido bogarse todos los aguaceros de ese mes, el segundo junio más lluvioso de los doce que pasaron entre 1961 y 1971.

Por eso, cuando el alcalde Villegas Moreno subió a la tarima principal, construída a la carrera sobre un morro de tierra movediza que se la fue tragando lentamente, ya a los hippies, además de exhaustos, se les veía las piernas mojadas y morados los dedos que despuntaban entre las correas de las zandalias. Yo fui a la inauguración del Festival de Ancón, confiesa el ex alcalde Villegas, de 57 años, porque quería convencerme de que todo estaba bien. Les prestamos el parque cuando se comprometieron a que no habría alcohol ni drogas. Además, en ese momento, los jóvenes vivían en un enfrentamiento permanenete con las autoridades y yo

estaba convencido de que la fiesta de Ancón cerraría esa brecha generacional.

Con un discurso paternal, el Alcalde saludó a los melenudos que convertían a Medellín en la capital latinoamericana del rock. Señoras y señores, dijo, ustedes me van a perdonar, pero me parece hermoso lo que estos muchachos han hecho en nuestro parque sur. Se convenció de que no le iban a perdonar cuando estrechó la mano de Carolo para dejarlo en posesión de Ancón y cuando de regreso a casa leyó en cartelones pegados en las esquinas, que el Festival hippie era una orgía para envenenar a la juventud con el patrocinio de la burguesía.

Pero no había lugar para los arrepentimientos. Ya *La Gran Sociedad del Estado* había roto el silencio de Ancón, centenares de hippies coreaban "blanco como la hermosura/ blanco como la pureza/ eso le hemos demostrado al universo entero" y en la mente de Carolo se reproducían las imágenes que cuarenta y dos días antes le había proporcionado un viaje de LSD en las playas de San Andrés. "Me fui allá pegado de los nadaístas, porque me echaron de quinto semestre de Economía de la U de A, y me sentí llamado por otra manera de vivir. Dejé que mi cabello creciera, aprendí a fumar marihuana y me fui como todos, al mar. Allá se me apareció en las nubes un festival donde las bandas de rock abundaban y era, luego lo supe, exactamente, en Ancón".

Los muchachos se deshacían de sus camisas y los cuerpos parecían cuerdas de guitarras que temblaban con cada acento marcado por la batería. Era el turno de *La Banda del Marciano*, que siguió a *Los Monstruos* y después *Los Monsters*. Vestidos con túnicas blancas hasta los tobillos gritaban a todo pulmón versos de paz, mientras un indio pielroja vendía marihuana a cinco pesos el pucho. No pise la hierba, fúmela, era la consigna.

En La Estrella, el municipio dueño de los terrenos de Ancón, el eco de los cantos del Festival se confundía con los rezos de las mujeres, que desfilaron para desagraviar al

Altísimo por la bacanal que se vivía a pocos kilómetros. Al final de la romería, y cuando ya la lluvia volvía a arreciar, cuarenta siderenses firmaron una protesta por la presencia en sus tierras de seres anormales y completamente deshonestos.

En lugar de bajar los ánimos, el agua logró avivar las ganas de cantar de los hippies y alguno con los pantalones de tela de colchón empapados, casi se reventaban la garganta cantando: *La lluvia cae sobre nuestras cabezas y eleva nuestro pensamiento*. Y como si alguien hubiera escuchado el ruego, el agua siguió cayendo durante toda la noche. A las doce, el capitán Zambrano del puesto de policía de Pueblo Viejo, desplazado a la autopista sur, escuchó la última vibración de las guitarras y todo quedó en silencio.

Al centro de Medellín también lo mojaba un aguacero de padre y señor mío, los papas negros de Medellín, desafiaron el frío para reunirse en el Club Unión a decidir la renuncia del Alcalde, y de algunas vitrinas todavía colgaban Corazones de Jesús, el santo a quien Colombia se le había entregado nuevamente. El *Apolo* 15 seguía varado en la plataforma de lanzamiento, porque una tempestad le estropeó algunos instrumentos; la suspensión del *Informe MacNamara* por *The New York Times* no se levantaba; Jean Paul Sartre era perseguido por las autoridades de París tras ser acusado de difamar a la policía; Montecristo no se reponía del guayabo de la rumba por sus veinticinco años de vida artística; El HK 1130 con 39 pasajeros a bordo gastaba gasolina sobrevolando a Medellín antes de aterrizar de barrigas y algunos hippies recorrían veinte minutos en autostop para conocer el Centro.

El nombre de Medellín les llegó de boca en boca hasta miles de kilómetros de distancia y al mismo tiempo que cumplían una cita con su juventud, le veían el rostro a la ciudad donde un millón doscientos mil habitantes se deslumbraban con el letrero luminoso e intermitente de *Coltejer*, que coronaba una colina del oriente, cinco mil

estudiantes se gozaban el nuevo edificio de la Universidad de Antioquia, cientos de obreros producían las telas de los hilos perfectos y se divertían en cine, *Love Story*, por aquellos días en *El Odeón*, fútbol, riñas de gallos, un zoológico donde *Agripina* exhibía toda la grosería que le sale a una mica senil, y curioseando a los hippies que plagados de piojos se bañaban desnudos en el río Medellín a la altura de Ancón.

Algunos pagaron carreras de 300 pesos, los taxistas declararon el 19 como día de fiesta, con tal de que los llevaran al parque para ver a los hippies que salían por los matorrales pidiendo *un peso por amor*, y se encontraron con un estruendo musical difícil de resistir por sus oídos acostumbrados a las baladas de *La Voz de Colombia*. El resto del espectáculo les provocaba rechazo y morbo: Un hippie se revolcaba entre el lodo, hermanos, y a otro ya se le salió el alma del cuerpo. ¡Miren cómo se está desdoblando. Está comenzando a viajar hacia la felicidad. Vuela en las alas del éter!

Dentro de Ancón, una vez entregados los $13,20 al pasar el puente de madera, la entrega al rock, al sinsentido, las drogas y el sexo era total. La música no se suspendió un solo minuto mientras duró la luz del sol. Más de veinte grupos aparecieron de la noche a la mañana por generación espontánea, con tal de no dejar ni un minuto en silencio: *Hidra, Conspiración, Zodíaco, La banda Universal del amor, Terrón de sueños, Free Stone, Columna de Fuego* y solistas como Johnny Richard –triunfador en Manchester–, Fernando Suncho y Raimundo, se mezclaron con otros tantos de los que ni siquiera se recuerdan los nombres, porque nacieron para una canción y murieron con ella.

Los hippies, nunca en verdad se supo, cuántos llegaron, porque después de que cayó el puentecito de madera fue imposible controlar la multitud; pasaban un día con un pan, un salchichón y un jugo. Algunos pelaban una piña, se comían las cáscaras y botaban lo demás, porque la traba los llevaba a disfrutar de las cosas al revés.

Tan en contravía se vivieron esos tres días de rock, que aún hoy, veintidós años después, las autoridades del momento dicen que no se vendieron ni se consumieron drogas, porque una investigación adelantada por la Procuraduría del Distrito Judicial se cerró por falta de pruebas, pero en los pases de cortesía –amarillos para el viernes y rosados para el sábado– se leía: *Todo lo que uno ingiere en su cuerpo debe hacerlo a conciencia. Mida su capacidad mental*.

Casi ninguno retuvo ese mensaje protocolario y el sábado comenzaron a presentarse las tragedias. Mientras los grupos reventaban las guitarras, los bomberos repartían agua potable entre la gente, los voluntarios de La Cruz Roja intentaban calantar un poco de agua en un tarro a modo de reverbero, el médico Alfonso Calle atendía 200 emergencias provocadas por intoxicación, sobredosis, erupciones de la piel y bajas en los niveles de azúcar.

Un poco antes del anochecer, los socorristas de la Defensa Civil rescataron veintinueve muchachos que naufragaban inconscientes en las aguas, crecidas por tantos aguaceros, del río Medellín. Y mientras bajo la luz de la luna una voz, como salida de ultratumba, leía a Ricardo Waldam, el poeta de Ancón: *revolución mental/ de melenas al viento/ en un siglo con Fidel Castro/ y una luna pisada/ La poesía se volvió la revolución/ en busca de Adán/ con la filosofía de Cristo/ en busca de flores/ en una autopista/*, un grupo de infiltrados saqueaba 15 carpas solitarias.

Además, las JuventudesComunistas descargaron en medio concierto a todas las prostitutas y los borrachos que pudieron recoger en Guayaquil, como dándole la razón a Fernando Gómez Mejía, que a la noche siguiente diría en *La Hora Católica*, el programa radial que acompañaba la comida de muchas familias: *El Alcalde de Medellín les entregó la ciudad para que le abofetearan el rostro, la vistieran de loca, la revolcaran en el fango y la ultrajaran entre carcajadas, alaridos y muecas ridículas de inconsciencia.*

Ya el domingo la suerte estaba echada: la carta de renuncia del Alcalde iba en camino hacia las manos del gobernador Diego Calle, quien después de las presiones del arzobispo Botero Salazar, empezó a pensar que el Festival había sido el gran desacierto del último Consejo de Seguridad. Los hippies celebraban su *Día de las Flores y el Amor* con la esperanza de que las familias caritativas de la ciudad les regalaran ropa limpia, sopa caliente y una flor antes de comenzar el regreso a sus pueblos. Y el director del DAS, Óscar Alonso Villegas, acondicionaba la plaza de toros de *La Macarena* para meter a los hippies que se quedaran deambulando.

Cien fogatas se encendieron al comenzar la noche y *los hermanolos* después de conjurar la guerra y el odio, se citaron para enero de 1972 en el valle de Lily, a 10 minutos de Cali, donde celebrarían el *Primer Festival continental de rock*. Un encuentro más concurrido que el de *Los Dominicos,* en Santiago de Chile, y más imponente que el de Woodstock, que valió cinco millones de dólares.

Carolo repartió abrazos, esta vez de despedida, y se fue a casa con los bolsillos llenos de dinero, que luego gastó en mercados para las familias de los barrios Popular y Villa del Socorro, que apenas se estaban formando. Cuando despertó de su última traba se asustó con los titulares de prensa, pero ya nada estaba en sus manos. Treinta y cinco hermanos pasaban las noches en la cárcel de *La Ladera*, el Permanente norte y DECYPOL, por indocumentados unos y por drogados los otros. Después de declarar que la mendicidad en la ciudad aumentaba en forma escandalosa y que el 70 por ciento de los hippies no poseía cédula, el jefe del DAS les determinó 48 horas para desalojar a Medellín, contadas a partir de las cuatro de la tarde del lunes 21.

La mayoría de los melenudos se fue sin perturbarse y otros se quedaron en Medellín convencidos , como su Alcalde de marras, de que comenzaban a abrirse paso en una ciudad que difícilmente toleraba lo diferente. En algunos

casos, lo de hippie se convirtió en profesión y a más de uno en los días siguientes a Ancón, lo contrataron para que se presentara con su vestido de hippie en las fiestas más elegantes y se fumara un marihuano bien largo delante de todos los invitados. Una vez concluído el número, varias señoras, de las que andaban en renault 4 nuevecitos, pedían que les dejaran tabacos armados cerca de los tocadores para disfrutar también de *una pasadita*.

Por eso dicen que el 23 de junio, el día que una vaca extraviada paralizó el tránsito de la avenida La Playa, desde el teatro Pablo Tobón Uribe hasta Carabobo, ya Medellín olía a marihuana pura, los piojos que trajeron los chicos de las flores y el amor hacían sus propios nidos y el eco del rock se había metido en los oídos de los treinta y un mil niños que nacieron aquí ese año.

Rock made in Colombia

Gustavo Arenas, Doctor Rock

En Ancón, el rock no estaba al servicio de los monopolios económicos, ni detrás de él se escondían oscuros intereses politiqueros, la gente no usaba ropas de grandes marcas. Así a lo hippie, se realizó un evento sin igual que reunió entre creyentes y curiosos alrededor de 200 mil personas.

Hace 25 años, un cuarto de siglo o cinco lustros, Colombia atravesaba por un periodo no muy repetido en la historia colombiana. Cansados de la violencia que nos desangró en los cuarenta y los cincuenta, la gente trataba de vivir en paz, los partidos habían aplacado sus viejas rencillas y estábamos en el último de los gobiernos del llamado Frente Nacional. Misael Pastrana Borrero era el presidente, los colombianos respetaban a su iglesia (católica), pero empezaban a sacudirse de su dictadura y los jóvenes eran parte de un sentimiento universal que pedía a voz en cuello la paz a través del amor y el respeto mutuo entre los individuos.

Los jóvenes encontraron en el arte la mejor forma para expresarse. De éstas, la que más posibilidades ofrecía era la música, y el rock era el estilo musical que mejor servía a esos propósitos. Así en ciudades como Bogotá, Medellín y Cali se venían programando desde mediados de la época de los sesenta, eventos en los que compartían el público y los incipientes grupos musicales.

En Bogotá, durante el fin de semana del 1 de febrero de 1971, tuvo lugar el primer experimento de un concierto de rock al aire libre en un lote de tamaño mediano ubicado en Lijacá, al norte de la capital, por entonces terreno rural adscrito a la gran ciudad. El éxito de los conciertos de fin de semana en Lijacá se prolongó durante varios meses, trascendiendo a otras ciudades, que quisieron también entrar en la onda de los conciertos de rock.

El cerebro hippie

Una tarde de abril o mayo de aquel año llegó a la calle hippie –la 60– de Bogotá un hippie antioqueño como el que más, para adquirir unos afiches y otras cosas para su almacén Cartelandia del pasaje Palacé–Junín en Medellín. Este paisa resultó ser Gonzalo Caro a quien en su ciudad conocían como Carolo.

Mientras compraba afiches en Tanathos, el almacén de Tania Moreno, entabló conversación con quien años más tarde se convertiría en el Dr. Rock. Carolo preguntó a Rock si éste conocía a alguien vinculado con los conciertos de Lijacá. Sorpresa grande se llevó el paisa al ver que hablaba con uno de ellos. Rock decidió llevar a Carolo a la oficina de la calle 23 con carrera 12, desde donde se manejaba la pequeña empresa; en ruta hacia el centro Carolo manifestó a Rock su deseo de hacer unos conciertos similares a los de Lijacá en un parque a los alrededores de Medellín al cual él tenía acceso.

El escéptico doctor Rock, bocón como de costumbre, le respondió "¡Qué va hombre!, Que van a poder hacer un concierto de esos en Medellín, si allí rezan el Rosario en familia a las seis de la tarde y luego los mandan a dormir". Carolo, con su carreta paisa fue más convincente. Rock puso en contacto a Carolo con Humberto Caballero (q.e.p.d), quien era la fuerza principal de la organización de conciertos por aquellos días. Caballero, "Hippie Ejecutivo", era un tipo receptivo y no dudó un instante en echar a rodar el proyecto. Carolo retornó a Medallo y desde Bogotá comenzó a germinar la idea.

Sin dinero pero con rock

Dinero para el proyecto no había, por lo tanto era necesario recurrir a alguien. Caballero fue donde un amigo de él, Juan Serrato, dueño del almacén Instrumentarium,

de artículos para ingenieros y estudiantes de la materia. Este le hizo un pequeño préstamo mientras Carolo conseguía por parte del alcalde de la ciudad de Medellín Álvaro Villegas Moreno, el visto bueno y los permisos correspondientes.

Álvaro Díaz Manrique y Edgar Restrepo Caro (q.e.p.d) eran socios de Caballero y entraron al equipo, al igual que Manuel Vicente Peña Gómez –Manuel V– (Quinto).

Reunido el capítulo de Bogotá se decidió que un concierto de una tarde era algo que no valía la pena y que estando listo el ambiente para el Festival de Rock Ácido Latino, del que tanto se había hablado en Bogotá, había llegado el momento, y el Parque del Ancón era el lugar ideal. Así se le comunicó a Carolo, quien emocionado manifestó que conseguiría en Medellín todo el apoyo necesario.

Sin dinero, sin arrodillársele a grandes conglomerados económicos, sin patrocinio de la empresa privada, todo empezó a funcionar. *Es cuestión de fe y nos reuniremos todos con música*, fue el lema con el que se echó para adelante. Después de agrandar la cosa a punta de boletines de prensa y entrevistas en diferentes medios, el fin de semana para la realización del Festival se iba acercando.

Cuando sólo faltaban algunos días, la ciudad de la eterna primavera comenzó a ser invadida por cientos y después miles de peregrinos que llegaban allí en busca del sueño mayor, asistir a un concierto de rock por lo alto. Hay que recordar que ya había pasado Woodstock y que los grandes festivales al aire libre se habían tomado el universo del rock.

Excomunion, golpes y prisión para los hippies

El Arzobispo decidió declarar la excomunión para los asistentes, el jefe del DAS dio un ultimátum para que ciudadanos colombianos de pelo largo y mochila abandonaran su territorio. Los infaltables mamertos comunistas, que por entonces perdían seguidores que

preferían el hippismo, acusaron a los organizadores de ser agentes al servicio de la CIA y señalaron a Estados Unidos de estar detrás de esto con intención de degenerar a nuestra juventud. Otros hippies, satánicos ellos, que se tragaron el cuento de la CIA, exorcizaron desde los cerros de Envigado con ritos de brujería para que fracasara el Festival, pero fracasaron ellos.

Muchachones de las *familias bien* de Medellín, caballistas ellos, llegaron el último día del Festival a pisotear con sus bestias a los asistentes. La gente normal fue a curiosear para ver como los hippies hacían el amor libre en orgías delante de todos ellos, quedándose obviamente con un palmo de narices. El hampa criolla también mandó su representación, fueron muchos los hippies sanos que cayeron en manos de los malandros, perdiéndolo todo y se supo de algunas muchachas que fueron violadas.

Cuenta la leyenda que Pablo Escobar, siendo aún un hampón común y corriente, estuvo allí robando morrales a los hippies y que cuando vio tanta gente reunida fumando bareta, tuvo la visión que lo llevaría años más tarde a convertirse en el más grande traficante de drogas que la humanidad tenga conocimiento.

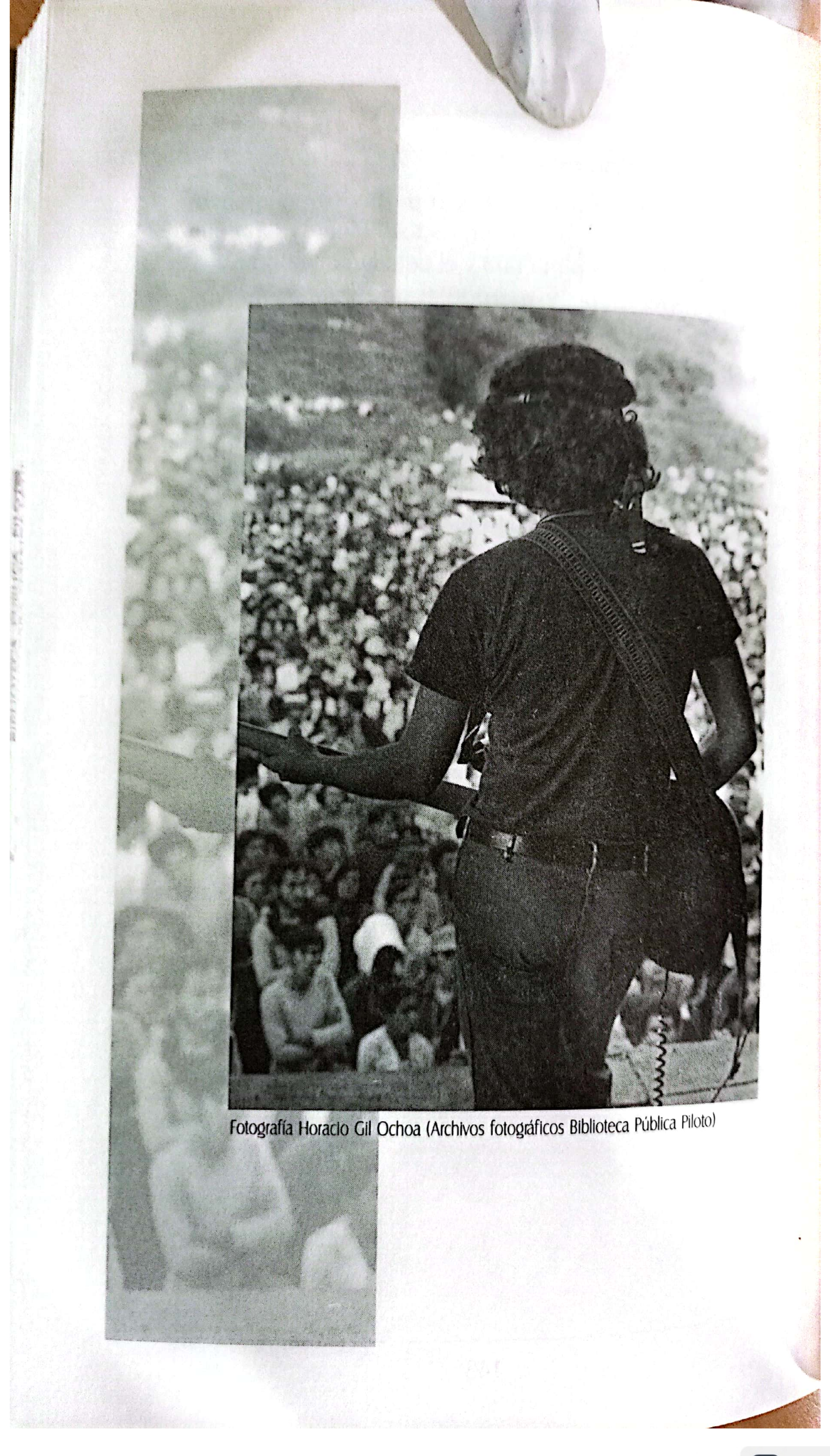
Los monstruos y cía

Los grupos llegaron de Bogotá y Cali para unirse a los locales. De la región azucarera llegaron *Los Monstruos* y *Generación de Paz*. De Bogotá *La Columna de Fuego*, *La Planta* (Con Chucho Merchán abordo), *Hope*, grupo de la colonia norteamericana de Bogotá (en aquella época convivíamos todos), *Galaxia*, *La Sociedad de Estado*, que abrió el Festival, *La Banda del Marciano* y *Terrón de Sueños*, que hizo allí su última presentación, *Carne Dura*, con Miguel y Mario García, *El Equipo Local* jugó con *Stone Free* y el solista Fernando Suncho, al igual que una banda integrada por algunos miembros de las orquestas bailables.

El reino de los hippies

El alcohol que era entonces repudiado, no estuvo presente y como resultado no hubo actos violentos. La gente seguidora del rock, la pinta rara y el pelo largo le demostró a un país provinciano y parroquial que habían nuevos caminos. La poca paz que había tenido nuestra patria en este siglo fue durante el reinado de los hippies.

Cómo han cambiado los tiempos, la codicia acompañada de la violencia ha llevado a nuestra patria a la más grande corrupción. Hasta el rock cayó en manos de quienes han promovido la violencia como forma de lucha y oscuros intereses politiqueros rigen el rumbo de una generación que a diferencia de aquella no ha encontrado su identidad.



Fotografía Horacio Gil Ochoa (Archivos fotográficos Biblioteca Pública Piloto)

Cuando el rock no era mamerto

Manuel Vicente Peña (Manuel Quinto)

Hace 25 años estalló en Medellín el festival hippie de Ancón en un país que se desangraba entre la brujería religiosa y la criminalidad política. Ambos monstruos lo condenaron y aún así tuvo lugar durante tres días, con 200 mil jóvenes, sin muertos, y eso que Pablo Escobar entonces robaba morrales y los mamertos de la Juco llenaron al parque con violadores de sardinas. ¡Cuánto cambian las cosas!, los *marihuaneros* y *degenerados* (según la falsa sociedad) somos ahora responsables padres de familia, mientras que los heroicos guerrilleros y ejemplares machistas y feministas de ayer, se pudren en el homosexualismo, el narcotráfico, la drogadicción, la corrupción y el sicariato. Los medios de comunicación fueron invadidos por turcos y mujeres públicas que los convirtieron en casas de citas y son los primeros responsables del peor estado de putrefacción que haya conocido nuestra historia. Hoy, la bella Colombia cuenta con narcopresidente, curas asesinos, policías secuestradores, jueces y fiscales jurídico-terroristas y antisociales disfrazados de defensores de los derechos humanos. Y los pirobos del M-19 y el EPL que fumaban marihuana escondidos en la 60, ahora triunfan como cineastas y congresistas, luego de alimentarse por años de la carroña de la violencia y el karma de sus víctimas.

Entre muchas personas que fueron a Ancón, hubo, según Carolo, muchos malintencionados. Por ejemplo, el caso de "los compañeros mamertos de la Juco que les dio por decir que yo me había convertido en un agente de la CIA que era la que me patrocinaba el Festival. Los mamertos fueron entonces a Guayaquil (barrio bajo desaparecido por el Metro), consiguieron camiones, los llenaron de vagos y

prostitutas y los llevaron al Festival con fotógrafos, para decir después que eso era una orgía y una depravación".

Así se expresó en 1989, dieciocho años después de lo sucedido, Gonzalo Caro, Carolo, uno de los dos principales organizadores del Festival de Ancón en Medellín, que durante tres días reunió más de 200 mil jóvenes de toda Colombia y varios países del mundo, convirtiendo la anticuada villa en santuario radical de la música hippie.

El 18, 19 y 20 de junio de 1971, cuando aún no se cumplían dos años del Festival de Woodstock, que aglutinó medio millón de norteamericanos en agosto de 1969, pocos creían que un par de locos idealistas de Ubaté, Cundinamarca (Humberto Caballero) y Medallo (Gonzalo Caro), lograrían la hazaña de albergar en el parque Ancón Sur de La Estrella (Área Metropolitana) a todo ese pueblo.

De esta agua sí beberé

Pero quién iba a imaginar que transcurridos veinticinco años del más grande festival rock latino en Suramérica, los mamertos (fanáticos comunistas) se iban a "robar la energía" –como se decía en los 60– de la música más berraca del planeta, cuando entonces no hacían sino denigrar de ella como un par de Tolas y Marujas sin sentido del humor.

Y pensar que hoy las comunistas feas (valga la redundancia) de la alcaldía lituano-americana de Mockus, los narcotraficantes patrioteros del M-19, que se llenaron de billete negociando coca con Fidel Castro, los expendedores mafiosos del ELN, propietarios de la olla de la Universidad Nacional, las mamertas de Invima que se la montan a los almacenes legales de vitaminas porque no venden droga "tercermundista" (¿basuco?), y demás variedades de fauna totalitaria de resentidos que soporta Colombia, han sepultado en fosa común la pegachenta trova cubana y andan arrastrándole el ala y divulgando a cuatro vientos el glorio-

so rock que condenaban por *imperialista,evasionista, extranjerizante.*

Lo más tenaz es que este reversazo, como es obvio, no simboliza la evolución de la carverna izquierdista, sino que pretende a todo costa estancar y embrutecer lo libre que sobrevive de la narcodemocracia samperista de fin de milenio y drogadizar masivamente a los colombianos con torvas campañas y consignas lumpen-nacionalistas patrocinadas por el Cartel de Cali y las organizaciones no gubernamentales: la legalización de las drogas.

Con esta modalidad, aspiran a que el grueso de la juventud colombiana –que de una manera u otra votó caudalosamente en 1994 por una opción distinta a la narcopolitiquería bipartidista y la decrépita esclavitud estalinista– se hunda en un estado terminal alienado de alcoholismo y drogadicción decorado con inteligibles fraseologías de *soberanía nacional, tolerancia* (zonas de prostitución con bombillito rojo en los pueblos), *convivencia*..., que no superan el promedio intelectual de la actual cúpula de la Policía Nacional.

Los godos son los liberales

El viernes 18 de junio de 1971, quien esto escribe se rebuscó para el pasaje y abordó un avión Electra de Aerocóndor con la guitarra Teisco, cuatro micrófonos a la espalda (no a mis espaldas), que mi santo padre me regaló para celebrar la libertad de un año de torturas en un manicomio donde me había enterrado la alta sociedad, en medio de la mirada cariñosa de lindas azafatas que no veían la hora de despojarse de sus uniformes y lanzarse en brazos de las apasionadas notas del rock and roll que ya sentían en el aire.

De ahí salió la inspiración para los *coplas hippies,* que luego brillarían con música propia: En Medellín, en Medellín, la señorita capta la vibración, la vibración del amor... Y ya

en la costa norte: En Santa Marta, en El Rodadero con mi guitarra, una muchacha hermosa, me hace la V de la victoria, me dice que es de la tribu, quitate las gafas, quiero verte los ojos, ¡yo me las quito ya!, la miro con la ternura le digo ¡oye niña!, ¿satisfecha o desilusionada?

En Ancón, de Medellín a La Estrella funcionaba un tren del amor que patrocinaba la Alcaldía de la ciudad que no andaba entre las sombras fomentando diálogos con los asesinos de las milicias populares. Era Álvaro Villegas, un progresista conservador (en Colombia los godos son los liberales) que cuando fue intimidado por la Inquisición Antioqueña, no le tembló la voz para replicar: no sólo autoricé el Festival, sino que concurrí a inaugurarlo en el carro oficial y con mi familia…

El primer viernes musical de Ancón (como el de las comuniones en el colegio) fue bello porque pudimos tocar canciones como *Mami Sociedad* y *Hippie es ser hijueputa con amor.* No faltó el saqueo y atraco congénito colombiano, además porque entre los raponeros estaba Pablo Escobar y su combo tumbando morrales y guitarras a los hippies, y los camionados de sicarios y putas de la Juco (denunciados por Carolo), que agarraban a las niñas mientras los otros las violaban.

Las nenas de Ancón

Pero hablando de algo más grato, como dicen ahora las meretrices de los noticieros de TV, las niñas hippies que bailaban como diosas en Ancón no eran ¡a Dios gracias! sociólogas ni antropólogas ni violentólogas ni ex reinas viejas. Eran simplemente eso: niñas lindas del constituyente primario que no necesitaron de institutrices mamertas (lesbianas) para realizar la mayor revolución sexual del siglo en que el sexo débil tuvo por primera vez autonomía para manejar su cuerpo, su mente y su belleza, en cambio de ser un irresponsable aparato de reproducción al servicio del

machismo político y religioso, que a través del exceso de hijos busca miserablemente la supervivencia de un sistema putrefacto y parásito.

A las mujeres del hippismo en Colombia les tocó ser el mestizaje de dos culturas, un fenómeno que en su mayoría fue de clase media y pobre. Muchas de ellas surgieron valerosa y solitariamente y hoy son laboriosas ejecutivas y madres responsables: un contraste silencioso y reconfortante entre la prostitución capitalista y totalitaria que nos ahoga.

La tierra es hermosa y así lo entendieron las nenas que en su juventud bailaron sobre la faz del planeta durante el Festival de Ancón, en lugar de arrasarlo.

Los mercenarios de los 90

Cada generación tiene su turno para expresarse en términos de rechazo o reconciliación con el mundo humano y el divino, con la libertad y el destino, escribió Gonzalo Arango. La actual generación no sólo no se expresa, sino que vegeta en medio de los mercenarios que asumieron el control de la misma por inercia, falta de hormonas, exceso de sida y de silicona.

La música del rock sin ideología (que automáticamente se convierte en promoción oficial para el consumo de drogas) es patrocinada por un alcalde que confiesa a regañadientes sus problemas psiquiátricos y psicológicos, luego de sufrir una violación por parte de otro turbio personaje extranjero que manejaba una galería de arte en la calle 24, como parapeto para levantar párvulos y practicar con ellos llaves de lucha libre que terminaban en penetración anal y en la edad adulta, como en exhibición trasera.

El funcionario ya crecido asocia su viejo drama (el cañón de las pistolas con el apéndice viril) y con el desarme de la población civil asaltada en cada esquina por el hampa común y la mayor parte de la Policía Nacional, cuyos encumbrados directores maleteros deberían asomarse por

la carrera 37A del sanandresito para ver cómo sus subalternos atracan a plena luz del día, tras la mordida de los equipos de contrabando que a ese lugar llegan.

Decía Hernando Santos, palabras más palabras menos, hace un par de años hablando de las críticas de que éramos blanco en los años 60: ¡Oh!, el hippismo, ésa época de música y amor, sin sicarios ni narcos y ver cómo estamos hoy. Era sin duda, un progresista jefe de redacción que terminó apoyando al clásico especimen del colombiano corrupto encarnado en Ernesto Samper Pizano (desde que tomó los primeros cursos con Jaime Michelsen y su tenebroso Grupo Grancolombiano) y al psicópata más viejo y gordo del mundo en el poder, Fidel Castro Ruíz (y del fortachón compañero Teófilo Stevenson), que maneja los secuestros y la política colombiana a control remoto desde Cuba, igual que lo hizo el nueve de abril de 1948, cuando era un embrión de terrorista.

Periodismo y fiscalía totalitarios

Muchos desearon que la generación de los 60 no sobreviviera para que no pudiera denunciar tanta degeneración de los que entonces se sentían con el derecho de descalificarla. Se fueron Jim Morrison, Brian Jones, Janis Joplin, Jimmy Hendrix y ahora último Nirvana, gracias a la heroína que mandan las FARC y los gilbertos (giles) de Cali.

También acaba de morir el profeta Timothy Leary, a quien conocimos en el Paraninfo de la Universidad de Princeton en diciembre de 1966, y ocho días después en La Iluminación del Buda, ceremonia sicodélica en el Village Theater de Nueva York. ¿Podría ser utilizada la droga (trago, basuco, caballo) por el sistema, para embrutecer y aniquilar a la juventud y a la gente, en general, y someterla a sus aberraciones, al extremo de que si se monta un narcopresidente, los indios del siglo 21 lo idolatren en vez de sacarlo a patadas, toleren el control domiciliario que ejerce la policía del pensamiento como en los libros *Brave New World*, de Aldous

Huxley, con la droga *soma* y *1984*, de George Orwell, y se amedrenten ante la guerrilla?

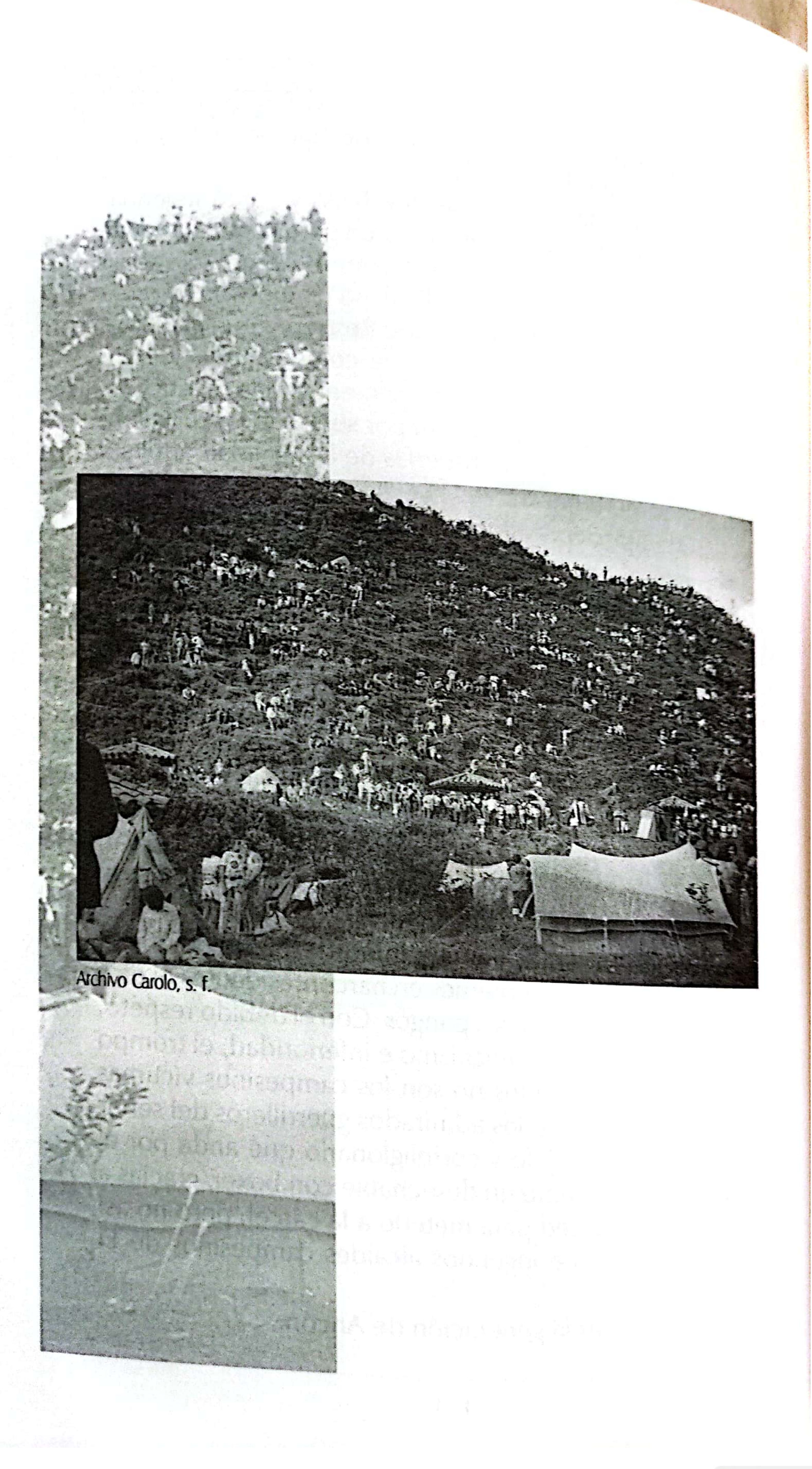
Entre tanto, la generación que bailó y cantó ingenuamente en Ancón hace 25 años ve con grima cómo la noble profesión del periodismo se metamorfoseó en los monstruos que hoy la manipulan. Para no ir lejos, un ex cura afectado mental como Javier Darío Restrepo, que explotó a los primeros hippies para posar de comunicador de vanguardia, se dedicó a asesinar moralmente en la revista *Cromos* a los jóvenes que luchaban por surgir de los turbulentos 60s, víctimas de las porquerías de la sociedad adulta a la que él ya pertenecía.

Esos clérigos depravados como Restrepo o el cura Pérez, actualmente denotan una temprana y extraña senilidad, con un rostro que pareciera sufrir de la enfermedad del sida que Dios quiera no hayan transmitido a sus hijos. Restrepo se autoproclama como el capo de la ética del periodismo, después de escribir con el mismo morbo con que las miraba pasar, que una inocente niña hippie tenía la enfermedad venérea.

El otro, el español Pérez, coloca minas quiebrapatas por los campos del Carmen de Chucurí, añorando las noches excitantes que pasaba con su compañero Francisco Galán (el comandante Gay), cuando éste no lo traicionaba con el amante que lo delató en Bucaramanga.

Los hippies de Ancón, etnias, minorías, como los quiera llamar, señor Fiscal, no creemos en narcopresidentes ni dioses de barro inflados por los gringos. Con el debido respeto, si existen problemas de enanismo e inferioridad, el trompo de poner para distraerlos no son los campesinos víctimas de las quiebrapatas de los admirados guerrilleros del señor Serpa, su protegido jefe y correligionario que anda por el país gesticulando como un desechable con boxer, gracias a que le tembló a usted para meterlo a la cárcel, pero no así con los indefensos e ingenuos alcaldes campesinos de El Carmen.

Esa fue y esa es la generación de Ancón.



Archivo Carolo, s. f.

Hace 25 años retumbó como un cataclismo en Medellín el mensaje de Ancón

William H. Ramírez P.

Junio de 1971: Un movimiento cuyas semillas se fundamentaban en la prédica de la paz y el amor, y el auge alocado del Rock, sacudió los cimientos de esta aldea pacata que era Medellín.

Se iniciaba la década del 70, cuando jóvenes de largas y desmelenadas cabelleras hicieron su irrupción inesperada por las calles de la ciudad, portando sombreros con forma de hongo o copa, llevando cintas y balacas para detener el pelo congestionado, enredado y amarillento por el polvo de los caminos. Calzaban sencillas sandalias y vestían estrafalariamente, con bluyines sin bolsillos adornados con parches. Llevaban chalecos, camisetas y chaquetas, teñidas de múltiples mezclas de colores, utilizando tonos chillones y llamativos, complementados con dibujos donde predominaba la naturaleza y las figuras abstractas. Motivos exóticos y absurdos, copiados de las carátulas de los discos, resaltados con llamativas frases que a veces hacían a manera de títulos de las imágenes: *¡Prohibido prohibir! ¡Viva la paz, la música y el amor!*

Venían con el cansancio del caminante, que llega desde muy lejos, tragándose el polvo de los caminos, mendigando parva quebrada y sobrados de restaurantes y portando un sucio morral a cuestas. Llegaban a la ciudad con una meta fija: Ancón sur, un pequeño valle situado en el municipio de La Estrella, atravesado por el río y rodeado de montañas, donde en los próximos días habría de efectuarse un festival de música Rock. Allí en junio de 1971, durante tres días, se

congregarían los amantes de la música para el primer festival latinoamericano de Rock.

Desfilaban en caravanas, con flautas y dulzainas en los labios tocando febrilmente viejas y destempladas guitarras, mientras tarareaban una nueva música, ante los adolescentes y muchachos de Medellín quienes, asombrados, los veían quebrar todas las normas hasta entonces inculcadas. Fumando marihuana, inyectándose, dando tumbos por las calles, tomándose las gradas de la Metropolitana y el parque de Bolívar con sus atuendos multicolores, estrellándose contra la ciudad, hablando incoherencias en un mundo mental, tan sin control y loco, que los asustaba vivamente, pero que a la vez los llenaba de curiosidad, especialmente cuando hablaban de querer experimentar esas sensaciones que a veces les parecían tan sin sentido, pero que los caminantes defendieron a capa y espada, cuando exponían la nueva filosofía del vivir por el vivir, del todo por el todo, de amar libremente sin testigos o iglesias de por medio y, muy especialmente, de reivindicar la juventud como un valor fundamental.

Medellín vio desfilar por esos días a melenudos embriagados de música y de drogas. Desfilaban en pequeños grupos ante la curiosidad, las burlas y el temor de los jóvenes de ese entonces, quienes les llevaban comida, ropa y siempre se interesaban por sus historias y desplantes. Así se enteraron en detalle que realizaría durante tres días un festival de música Rock, en valle cercano conocido como el Parque Metropolitano de Ancón sur.

El día anterior a la iniciación del Festival, muchos adolescentes de todos los rincones de Medellín, trabajaban febrilmente en sus casas, empacando provisiones, equipando un morral y vistiéndose de la forma más rara que les resultara, ante la mirada extrañada de sus hermanas y hermanitos menores. Esa misma noche, desde muy temprano, partían desde las esquinas de los barrios cercanos en pequeños grupos, alborotándose el pelo y llevando también

un morral a cuestas. Tomaban con dirección hacia la Autopista Sur y avanzaban colocándole la mano a los carros para que los acercaran a los terrenos del Festival y a medida que se acercaban, iban sintiéndose jipis, tratando de hablar como ellos, incorporando nuevos giros idiomáticos a la mucha terminología que ya habían trasculturado. Felices, haciendo con sus dedos el signo de la paz, escalaban la montaña o atravesaban el río, formando compactas cadenetas humanas, para llegar sin pagar a los terrenos del Festival a plantar sus carpas.

Al día siguiente, frotándose las manos de la alegría, asistían al espectáculo del tropel de la gente, que ya había comprado sus boletos a trece pesos con veinte centavos, y que ahora pugnaba desesperadamente por ingresar, pasando por un pequeño puente, que servía de límite entre el escenario y el río, el cual crecido por el invierno llegaba bramando, estrellándose impetuosamente contra las rocas, elevando muchas veces el caudal de sus aguas contra la cara de la multitud que, aglomerada en el puente y tratando impacientemente de ganar la orilla opuesta, amenaza con derrumbarlo.

Los jóvenes, por suerte, siempre se han caracterizado por la rebeldía contra el orden establecido. Lo único que cambia de una generación a otra son los estilos y los métodos de protesta. Ancón sacudió la cultura de una ciudad adormilada por los rezos y la politiquería del Frente Nacional.

En junio de 1971, el Festival de Ancón sacudió los cimientos de Medellín, los jóvenes estuvieron inmersos en una nueva sensación de hacer parte de una sociedad descomplicada, y bien lejos de normas y patrones de comportamiento, que fue lo que les sobró con la educación religiosa y prohibitiva de décadas anteriores.

Embriagados de libertad, transitaban a sus anchas, por un valle lleno de carpas enlodadas, metidas dentro del barro, porque desde el primer día un aguacero de padre y

señor mío, inundó a Ancón. Allí estaban muchos curiosos, confundiéndose con los hippies por sus raros atuendos, asistiendo asombrados al río, para ver bañarse a hombres con mujeres desnudas, observando fumar marihuana abiertamente, bailando frenéticamente al compás del rock, en medio del agua.

En la noche ya había cesado la música que congregaba a la multitud frente al embarrado escenario, donde gritaban y desafinaban los conjuntos, pero no la lluvia que ahora en granizada deslizaba verdaderos torrentes hacia el valle, empantanando e inundando las carpas regadas en toda la extensión del territorio.

Los jóvenes de ese entonces tiritaban. El agua seguía cayendo sobre las cabezas, mientras pensaban que mañana estarían de nuevo confundiéndose con los hippies. Irían también desnudos a bañarse al río con la esperanza de dialogar con alguna de las muchachas, sin apartar sus ojos ávidos de las carnes al descubierto. Mañana otra vez, fumarían marihuana, buscarían hongos en los potreros cercanos, tocarían la guitarra o la flauta o caminarían por el valle en alegres grupos, riéndose de todo y por todo, o estarían solos, experimentando ese nuevo mundo mental, esa ventana que acaban de abrir a lo desconocido. Después irían a bailar y a gritar ebrios de libertad, mezclándose con la gente, que salta, palmotea, silba y trata de seguir fragmentos en inglés, acompañando al cantante que se desgañita al frente, imitando los gritos del vocalista de *"Led Zeppelin"*

El mensaje de Ancón retumbó fuertemente. Medellín dejaba de ser la parroquia conservadora por un festival paradójicamente autorizado por un alcalde conservador, Álvaro Villegas Moreno. Luego vino la represión, los hippies que tuvieron patente de corso por tres días para fumar marihuana fueron arrojados como perros de la ciudad, las buenas gentes de La Estrella y Medellín, con las autoridades religiosas en primera fila, también marcharon en sentidas manifestaciones hacia Ancón, con la Virgen en andas a

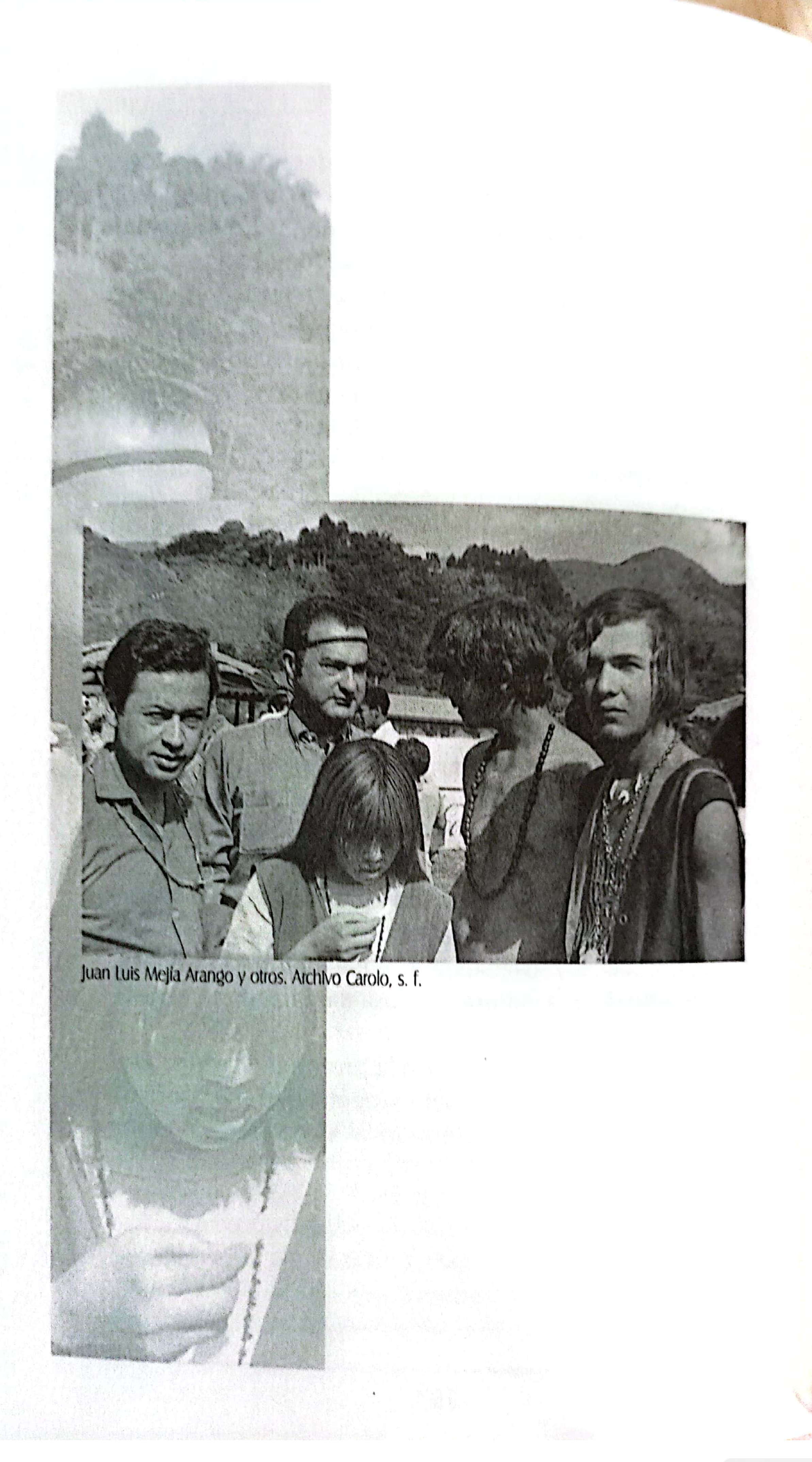
bendecir el lugar maldito y hacerle un desagravio al Corazón de Jesús. Las autoridades religiosas colocaron su grito herido en el cielo y el Alcalde debió renunciar, por atentar contra las buenas costumbres de la sociedad paisa.

Pero Ancón partió en dos la historia de la ciudad, antes y después del Festival. Después de Ancón todo cambió en Medellín, ni siquiera los niños de primaria se siguieron motilando a lo soldado, con ese antiguo corte de cabello que dejaba ver de lejos especies de punticos en la parte de atrás de la cabeza, después del motilado devastador y a ras coronado por un copete de mechones sobresalientes, peinado cuidadosamente en la mañana y sostenido todo el día con fijadores y aguapanela. Los niños y los jóvenes empezaron a protestar con el pelo largo.

Después del Festival todo cambió radicalmente: el pensamiento, las costumbres, la moral y hasta la música. Ahora era el rock lo que cantaban en grupo y bailaban frenéticamente. Todo el día escuchaban rock, en las grabadoras, que se convirtieron en inseperables compañeras de los jóvenes, cuando le daban muchas vueltas a los barrios, cantando y moviendo las cabezas al compás de *La voz de la Música*.

Los jóvenes sacaron a empellones al Corazón de Jesús y las figuras religiosas de sus cuartos. Ahora empapelaban con figuras sicodélicas y sus nuevos ídolos extranjeros. Medellín daba el salto de una cultura religiosa a una anarquía espiritual.

Fue una buena época cuando la juventud vivía una utopía maravillosa y creía cambiar la mentalidad mercantilista del hombre antioqueño, aferrado al signo pesos. Fueron sueños vanos.



Juan Luis Mejía Arango y otros. Archivo Carolo, s. f.

Exclusión, simulación e identidad:

El eslabón perdido

Jorge Giraldo Ramírez

Lo que se decía era que iba a ser el mejor festival del mundo, si acaso superado por el Woodstock, y aún eso estaba por verse, porque aquí también iban a venir los fuertes de la USA y Europa, más los de Latinoamérica, y gente iba a llegar de todo el mundo, no sólo gringos. Pero yo no iba a poder ir. Apenas tenía doce años y todavía podía más la familia que las ganas. Las esperanzas estaban en *La voz de la música,* para no tener que esperar a que vinieran Orlando y los demás a contar cómo había sido. Y preciso. El viernes ya se oía en el Sanyo de la abuela el chirrido, *La voz de la música*, "cambiando el sonido de una generación", y los berridos del *"Grillo"* Toro transmitiendo desde Ancón con tanto esfuerzo que más me parecía oír su voz viniéndose por la orilla del río hasta Envigado, que las ondas hertzianas. Lo maluco eran las noches porque a las seis y media se acababa la transmisión y no aguantaba oír la repetición por *Radio 15*, entonces tocaba oír la programación cotidiana como si nada extraordinario nos estuviera pasando, mientras Ancón, ahí no más a una hora caminando, era el centro mundial de los jóvenes. Noches duras. Pero no más dura que el domingo. El domingo se acababa el festival y ya se sentía los mismos retorcijones en el estómago que siempre me han producido las despedidas. Y en seguida vino mi rabia. Mi mamá, a las ocho como de costumbre, puso *Todelar* y con más volumen que nunca, me echó *La hora Católica* .Me la echó porque aunque el padre estaba chispo con el Alcalde, lo que hacía era condenar a la juventud. Claro que al Alcalde le gritó que no tenía criterio,

ni moral, ni sentido cristiano, ni la altivez antioqueña necesaria para defender el patrimonio moral y cívico de la raza, y encima le pidió la renuncia. Pero a nosotros los jóvenes, ruborizado de la ira y encaramado en el púlpito de la iglesia de Buenos Aires, como yo me lo imaginaba, nos las tiró peor. Que mariguaneros, que traficantes de píldoras anticonceptivas (ini idea de que era eso!), que mugrosos, locos, idiotas y ahí aprovechó para tirársela hasta a *El Colombiano*. Y siguió con nosotros porque éramos la indignidad, degeneración, corrupción y vergüenza de la sociedad, unos perezosos y desaseados físicos y morales. Duro con los jipis y yo qué iba a ser jipi de doce años, pero sí me gustaba el Rock, tanto como para llorar por no haber podido estar en Ancón. Y duro con los jóvenes el padre Gómez. Yo me reía con muchas cosas del padre en su programa radial después de la familia telerín, pero esa noche no. Noche dura del 20 de junio de 1971.

Juventud y rebelión

La juventud del Medellín de los años sesenta es fundamentalmente urbana, con una identidad más fuerte entre los sectores medios y se enfrenta a las prácticas culturales pueblerinas que inundan la ciudad, por la masiva migración desde el campo, protagonizada por familias con hijos pequeños que pasan a engrosar los sectores pobres de la ciudad.

Durante los años de esta gigantesca colonización poblacional, una explosión cultural se produce en los países desarrollados y se difunde universalmente. El Rock llega a Medellín, como al resto del tercer mundo, desde afuera pretendiendo instalarse entre la juventud. Cuando arriba a mediados de los años sesenta otras expresiones culturales ya han sentado sus reales entre algunos grupos de jóvenes: la política de izquierda y el Nadaísmo.

En Medellín, la izquierda era todo una expresión organizada alrededor del viejo Partido Comunista y del recién nacido Partido Comunista de tendencia maoísta, que agrupaban a sus jóvenes en la JUCO (Juventud Comunista), los primeros, y en los núcleos del futuro EPL (Ejército Popular de Liberación), los segundos. El Nadaísmo era un pequeño movimiento juvenil con pretensiones literarias y contraculturales, que tuvo una marcada influencia en la ciudad y el país y dejó al menos un par de buenos escritores, Gonzalo Arango y Jaime Jaramillo Escobar.

Ambas manifestaciones culturales de la juventud de Medellín contaban con una relativa tradición en la ciudad. La izquierda colombiana tuvo en la ciudad una de sus más notables cunas y en cualquier caso los más claros líderes, desde Tomás Uribe Márquez hasta María Cano. El Nadaísmo recuperó, en el nuevo contexto, la tradición artística y bohemia de principios del siglo, embolatada en el vértigo de la violencia y la hegemonía conservadora en Antioquia y convirtió la voz de Fernando González en testimonio.

Ambas, izquierda y Nadaísmo, eran las principales manifestaciones colombianas de la rebeldía juvenil que invadía al mundo entero desde la posguerra, rebeldía populista e iconoclasta que cubría a un pequeño sector intelectual y organizado de las clases medias y obreras.

De la mano de una cultura juvenil que se internacionaliza vertiginosamente, entra el rock a Colombia, y a Medellín en particular, ganando enorme aceptación entre los jóvenes porque la gente estaba esperando un cambio y era muy fácil porque era cambiar del tango y no más, como dice Iván Darío López, integrante de *Los Yetis*.

Las diferencias entre las tres expresiones, izquierda, Nadaísmo y rock, eran enormes y obvias. Mientras los dos primeros poseían algún grado de organización e ideología, el rock aparecía como un fenómeno amorfo y confuso; era fácil suponerlo y miope suponer otra cosa.

Sin embargo, sólo el Nadaísmo comprendió el significado de esta manifestación juvenil y de alguna manera se vinculó a ella mediante lazos de amistad y pequeñas contribuciones literarias, especialmente al grupo de *Los Yetis.*

Los comunistas y otros grupos revolucionarios no entendieron el fenómeno y lo ubicaron en los casilleros tradicionales de penetración imperialista y propuesta alienante. De hecho, Carolo asegura que a la Juco les dio por decir que "yo me había convertido en un agente de la CIA".

Y es que para la época el mensaje hippie de paz y amor no encajaba con la reciente tragedia de Camilo Torres y el torrente de revolución armada que recorría al país. Eran los años de la formación del EPL, prácticamente una guerrilla antioqueña.

Los Yetis, por ejemplo, cantaban:

Pedimos la paz
no el odio y rencor
pedimos la paz
para el corazón

Además, al filo de los setenta, en el país ya había una corriente musical revolucionaria de gran aceptación que tenía figuras como Pablus Gallinazus y Ana y Jaime. A la que Medellín aportaría dos duetos encabezados por el el ex yeti Iván Darío López y Norman Smith, (Norman y Darío), y José y Darío, (con José Ignacio Durán).

Comparando su período en la canción social con su etapa anterior en el rock, Iván Darío López señala que era mucho más revolucionario, más de revolución que de paz.

El Nadaísmo se disolverá a principios de los años setenta y la izquierda se irá fortaleciendo poco a poco, pero seguirá sin entender el fenómeno rock como expresión de rebeldía juvenil, incomprensión explicable quizá porque se trata de una rebeldía en los comportamientos. No una rebeldía consciente y discursiva.

Rebeldía y simulación

Como un guijarro que cae al río, el rock cae literalmente a Medellín. Llega en pequeñas dosis, primero a través de los viajeros que mueven las copias de los grandes grupos anglosajones de la época, y después con los pequeños prensajes de esos álbumes efectuados por las disqueras nacionales, la mayoría de las cuales tenían las fábricas en la ciudad. La difusión más amplia fue mediatizada por los grupos y cantantes mejicanos, argentinos y españoles, que coparon las emisoras y el gusto de los jóvenes en general, iniciando el socavamiento inexorable de la cultura tanguera, dominante en esos años. De aquí se nutren pequeñísimos grupos de las clases alta y media.

Esta difusión del rock se hizo bajo las formas exitosas y dominantes en el mundo desarrollado y bajo sus denominaciones de twist, rock and roll, ye-ye, impulsadas por la industria mediática y empresas manufactureras. En Medellín es Guillermo Hinestroza Isaza, un comunicador de masas ligado al espectáculo futbolístico y musical, quien promueve *El Club del Clan* con un programa radial como principal palanca, el mismo que después alimentará esta cadena, siendo retomado en Bogotá por Alfonso Lizarazo y llevado a la televisión. Como campaña nacional llegará el famoso *Milo a Go-go*, con sus promociones comerciales y concursos.

Este desarrollo inicial coincide con el interés de la industria más liberal, algunos medios de comunicación, las disqueras y las compañías multinacionales. De esta manera la recepción del rock en Medellín se da como copia el fenómeno del norte, ya difundido en los principales centros de Iberoamérica. Y es la clase alta, la que tiene los medios y el afán de llegar a la moda. Lo novedoso en estos años son las fiestas en los clubes exclusivos de la ciudad, como el Medellín y el Campestre, donde la gente rica se viste de hippie, trayendo ropa importada o comprando nacional en

La Caverna de Carolo, para escuchar las novedades discográficas y bailar los primeros grupos de la ciudad que interpretaban la nueva música.

Precisamente los concursos de rock and roll contribuyeron a que algunos jóvenes se aventuraran a cantar y a crear grupos para tocar la música de moda. Lo primero resultaba más fácil y por ello la nube de cantantes: Jorge Hernán, Álvaro Román, Johnny Richard, Fernando Calle, Gustavo Quintero, Juan Nicolás Estela. Como siempre, fue más difícil crear grupos, pues no había facilidades comerciales para adquirir los instrumentos, y los jóvenes no tenían conocimientos musicales y aún así aparecerán *Los Yetis, Los Teen Agers, Los Ampex*.

Es en el ambiente de los jóvenes que asumen el protagonismo del rock and roll donde se gestan las contradicciones acerca de la manera como se debe recibir el rock, contradicciones alrededor de tres aspectos claves: el mensaje de los temas, la actitud de los nóveles artistas y el idioma.

La superficialidad de la lírica del rock and roll pasada por los alambiques de las disqueras y las traducciones hispano-méxico-argentinas, fue asumida por los grupos. "La letra no era importante, letras muy triviales, muy fáciles", sintetiza Juan Fernando Londoño uno de los representantes de esa época.

La intención de los artistas es integrarse a la industria del espectáculo y al incipiente circuito cultural moderno de la ciudad. Por eso, buscan la industria, los contratos en los clubes, las giras, la fama en el medio, *demostrar*, como dice Gustavo Corrales de *Nash*, *que el rock es un espectáculo serio y divertido*.

Mensajes y actitudes que se reflejarán en un asunto que durante quince años va a ocupar un lugar central en el proceso de configuración del rock antioqueño, el problema del idioma. Pasada *La nueva ola*, antes de terminar la década de los setenta, el inglés vuelve a dominar la escena.

Estas tres características, superficialidad de contenido, actitud integrativa y asunción del inglés como idioma, dominarán esta etapa y van a tener un solitario pero significativo contrapunto en *Los Yetis*.

Estos nacen con una actitud rebelde. La elección del nombre se hizo para significar un personaje descuidado o sea olvidado, un hombre fuera de todos los cánones posibles, según Iván Darío López. Y una expresión de esa informalidad se manifiesta en el hecho de no usar uniformes, en contravía de la tendencia dominante en los grupos de entonces.

Contra la corriente, *Los Yetis* intentarán, lográndolo en unos cuantos, expresar una opinión y una forma de sentir en sus canciones que los acercaba al ideario nadaísta y lograba oponerlos al establecimiento. Todo ello los convenció de que el español era el idioma adecuado para la música y sus intenciones sociales.

Pero antes de Ancón, *Los Yetis* ya están perdiendo la batalla y su nombre premonitoriamente, los ubicará como un eslabón perdido del rock antioqueño. La mayoría de los solistas siguen el mismo camino de los artistas de la nueva ola, pasando rápidamente a la balada; Gustavo Quintero de *Los teen agers* se va a la tropical, lo mismo que el recién aparecido Afrosound, que al principio parecía un Carlos Santana colombiano.

Los que se quedaron, lo hicieron copiando el heavy y (¡ojo!) el pop del norte, cantando en inglés o componiendo trivialidades. *Judas*, aparecido en 1971, intenta prolongar la onda hippie, pero Medellín es otra después de Ancón y el rock pasa al destierro oficial. Desde mediados de los setenta los pocos grupos se dedicarán a hacer covers de grupos exitosos como *Foreigner*, o *The Police*, o de bandas heavy como *Budgie* o *Triumph*.

La característica social más importante es que la gente que está en el rock busca ser aceptada por las instituciones citadinas. Provienen de las clases medias y no entienden como un signo tan fuerte de la sociedad contemporánea es

rechazado en Medellín; su lucha es por integrarse socialmente con sus nuevos gustos y hábitos. Igual que en los sesentas, buscarán a las disqueras con productos aceptados internacionalmente, se acercarán a los escenarios respetables y a los medios de comunicación tradicionales.

Al final de esta etapa *Carbure*, que cumple la tipología descrita, lanzará *El faltón,* una canción emblemática que abre la nueva etapa del rock en Medellín y entierra otra.

Simulacro y reacción

Ancón parte en dos la historia de esta etapa del rock, pero no por su influencia directa. Excepción hecha de un bajo número de grupos y, sobre todo, bares y discotecas de rock, la influencia de Ancón es ninguna. Su propuesta hippie se quedó estancada como una pieza de museo, primero en el parque de Bolívar y después en la avenida La Playa.

Tampoco es un suceso por su autenticidad; más allá de la visión de Carolo, Ancón es un evento de simulación de *Woodstock* que recoge la moda hippie que había tenido aceptación en las capitales colombianas, y en esa medida logra convocar a la gente joven.

Ancón parte en dos la historia del rock en Medellín y me atrevo a afirmarlo, constituye un hito en la historia de la ciudad porque es un reto a la tradición, como dijo Castro Caycedo.

Y la tradición en el Medellín de esa época tiene varias peculiaridades: es definida y defendida por la Iglesia católica y las élites conservadoras, debe ser practicada por el pueblo y usualmente es puesta en peligro por la juventud. La tradición en Antioquia no la define el uso sino la doctrina y la exégesis, como sucedió con la excomunión del tango por Pío X o la prohibición del mambo por monseñor Builes. Es quebrantada por grupos de élite a escondidas, en las casas y los clubes privados, para no dar mal ejemplo al pueblo. Es cuestionada por la juventud, que usualmente sufre los rigores

represivos, como ocurrió en los sesenta con los nadaístas que nos legó el testimonio de la feroz persecución contra el poeta Darío Lemos y que incluyó una excomunión a *Los Yetis*.

El rock and roll fue tolerado mientras llegaba de arriba, se gozaba arriba y no cobijaba a la masa. Ancón representaba una popularización de la transgresión, un empuje masivo a los nuevos hábitos juveniles y el riesgo de que una moda inocua y pasajera afectara profundamente la cultura de la ciudad.

El plato estaba servido. La prensa conservadora del continente había fabricado un suculento menú a propósito de los festivales de Woodstock en el 69 y Santiago de Chile en el 70. El sexo y las drogas eran los enemigos públicos. Además, con el Festival se exacerbó la xenofobia paisa, pues Medellín fue invadida por gentes de afuera a quienes les fue entregada "para que la abofetearan el rostro, la vistieran de loca, la revolcaran en el fango y la ultrajaran entre carcajadas", según las gráficas palabras del padre Fernando Gómez Mejía. En Antioquia el pecado siempre llega de afuera a mancillar la raza.

El adalid de la batalla es Gómez Mejía, secundado por columnistas en la prensa y en la radio y sectores de la administración, como el Jefe del DAS. El alcalde Villegas Moreno que autorizó y apoyó el Festival, renunció al perder el respaldo del presidente Pastrana, el mismo que poco después prohibió que Piero tocara en Colombia so pretexto de dañar la imagen de nosotros *los americanos*.

Era aquel un sector de la juventud, ingenuamente integrador, ignorantemente conciliador, que le ofrecía paz y amor a una ciudad autoritaria. El esfuerzo de Ancón, junto al de otros acontecimientos del rock de Medellín, sirvió para unir a los rockeros pero, como aseguró Víctor Paniagua, de *Fenix*, a propósito de una de las emisoras comprometidas de la ciudad: "ha creado también un grupo en contra de los rockeros, conformado por los educadores, los políticos, la iglesia y los burgueses de Medellín".

Lucha desigual: Tras la caída del Alcalde vino la andanada que incluyó la detención de Aurelio "Grillo" Toro Pérez, administrador-propietario de *La Voz de la música*, en 1973, y una cruzada educativa contra el rock que aún pervive.

Ancón retó la tradición y ella movió su pesado cuerpo para aplastar su espíritu, que era el mismo de una juventud que empezaba a buscarse a sí misma.

Ancón testimonio de una generación

Luego de tres décadas del Festival de Ancón, aún se puede hacer el amor y no la guerra.

Wilmar Vera

Visité el Festival de Ancón, protegido por la calidez del vientre materno, hace ya 30 años. Era una época con la cual me identifico, donde mandaba la sicodelia musical, los *Beatles*, Santana, los *Stones* y era impulsada por una generación que tenía la firme intención de hacer la realidad del tamaño de sus sueños.

Y disculpen que este ex hippie fetal se mezcle y se incluya con quienes realmente pagaron los 13 pesos con 20 centavos de ingreso al parque durante los tres días del encuentro, pero es que hay mucha diferencia entre la juventud de 1971 a la de hoy, la cual podría aprender algunas cosas y no dejarse llevar sólo por la moda de la dosis personal autorizada.

Aspectos para copiar

Quienes tengan más de 35 años y oigan hablar del Festival de Ancón necesariamente se les despiertan uno de estos sentimientos: rechazo o nostalgia, pero nunca indiferencia.

Además de partir en dos la historia del rock en nuestra ciudad y en Colombia, Ancón fue el campanazo de alerta para que los adultos de entonces empezaran a tener en cuenta a esos jóvenes melenudos que deseaban ser protagonistas de una sociedad menos olorosa de naftalina mental y más abierta a lo natural.

Los medios mojaron tinta con sus excentricidades, desde los púlpitos se arengó en contra de estos descarriados y la autoridad política y moralmente correcta hizo dimitir a

un alcalde que entró en la honda de esa juventud de pelo largo y sueños intactos. También tienen el mérito de ser los primeros ecologistas que además de defender lo verde, se lo fumaban.

Sí, Ancón cumple treinta años y parece que fue ayer cuando todo parecía posible. Hoy, ni la Internet, los sicotrópicos o el consumismo desaforado parecen contentar a los jóvenes, hijos de ex hippies o nadaístas que aprendieron eso mismo de sus padres: nada.

La descomposición que padece nuestra sociedad es fiel reflejo de la pérdida de esos valores que hinchaban los pechos libres de brasieres, enhiestos y retadores de la doble moral. Formas de pensar que bien se podrían "clonar" hoy día para que su ejemplo no muera.

Y por qué no, también añorar un segundo festival, pero no donde se adquieran souvenirs ni muñequitos de Carolo o de Humberto Caballero, ni mucho menos fotos de *Los Flippers*, *Los Hidras* ni de *la Banda de Marciano*. No, en su nueva versión se podría trascender eso. Un festival de Ancón II donde se vuelvan a regar los sueños con esperanzas y el futuro no se vea como un túnel oscuro con salida lejana.

Es el momento justo para que dos generaciones se encuentren, resuelvan sus diferencias, desempolven los recuerdos y miren el porvenir con otros ojos. Que el lema mítico de *Haz el amor y no la guerra,* no se convierta en un trasnochado canto de libertinaje, sino de reencuentro para hacer real ese mundo que se prometía hace casi tres décadas, cuando nada parece imposible..., si uno quiere.

Medellín, la ciudad del rock

Claudia Elena Hincapié

En los sesentas en Medellín, las músicas más escuchadas eran el tango, la Nueva Ola, la corriente revolucionaria o de protesta y la tropical. Los discos de rock llegaban por medio de las personas que viajaban y traían la música de los grupos anglosajones. Las casas disqueras nacionales también prensaban los temas de algunos de esos elencos.

Todo el movimiento rock que llegaba desde afuera y expresado en twist, rock and roll y ye-ye, vino acompañado de la moda hippie y los concursos que impulsaron a los jóvenes para que cantaran y formaran sus grupos musicales. De esos grupos se recuerdan *Los Yetis, Los Teen Agers* y *Los Ampex*, que traían consigo un aporte literario que procedía del Nadaismo. Muchos de los grupos de la época que permanecieron en el rock, constantemente se veían enfrentados a las luchas por lograr una aceptación en las instituciones sociales. La lucha social se reflejó, aun más, en el Festival de Ancón, el centro musical de los jóvenes que partió en dos la historia del rock que se hacia en Medellín, "porque cambió la manera de vestirse, de vivir y de sentir la música. Medellín sirvió como ventana a muchos grupos de rock", así piensa Carolo, quien fue el organizador del Festival, del que destacó también el empuje de los jóvenes, la búsqueda de sí mismos y la unión de las bandas rockeras de Medellín.

El rock de hoy

Cuando creo en un amigo y pienso en él, nunca pienso que me da en la cabeza: siempre es confianza, siempre es amistad, nunca espero yo que me falte. Con *El faltón*, la

canción del grupo *Carbure*, se abre la nueva etapa del rock en Medellín en cuanto a la calidad de las letras, que pasaron de ser frívolas a tener un contenido enriquecido por la crisis social, las vivencias y los problemas de los jóvenes. En ellas encontraron la vía de expresión y, por medio del español, se formó una identidad cultural que incluía la ropa, los cabellos largos y el surgimiento del pogo como expresión del movimiento.

Esta nueva etapa del rock del Medellín de los ochenta se manifestó en bandas como *Kraken, Parabellum, Nash, Carbure, Perseo,* y en los principios de los noventas, *Ekhymosis*. Estas y otras bandas fueron la antesala en sonido con las nuevas mezclas que hacen los grupos de hoy.

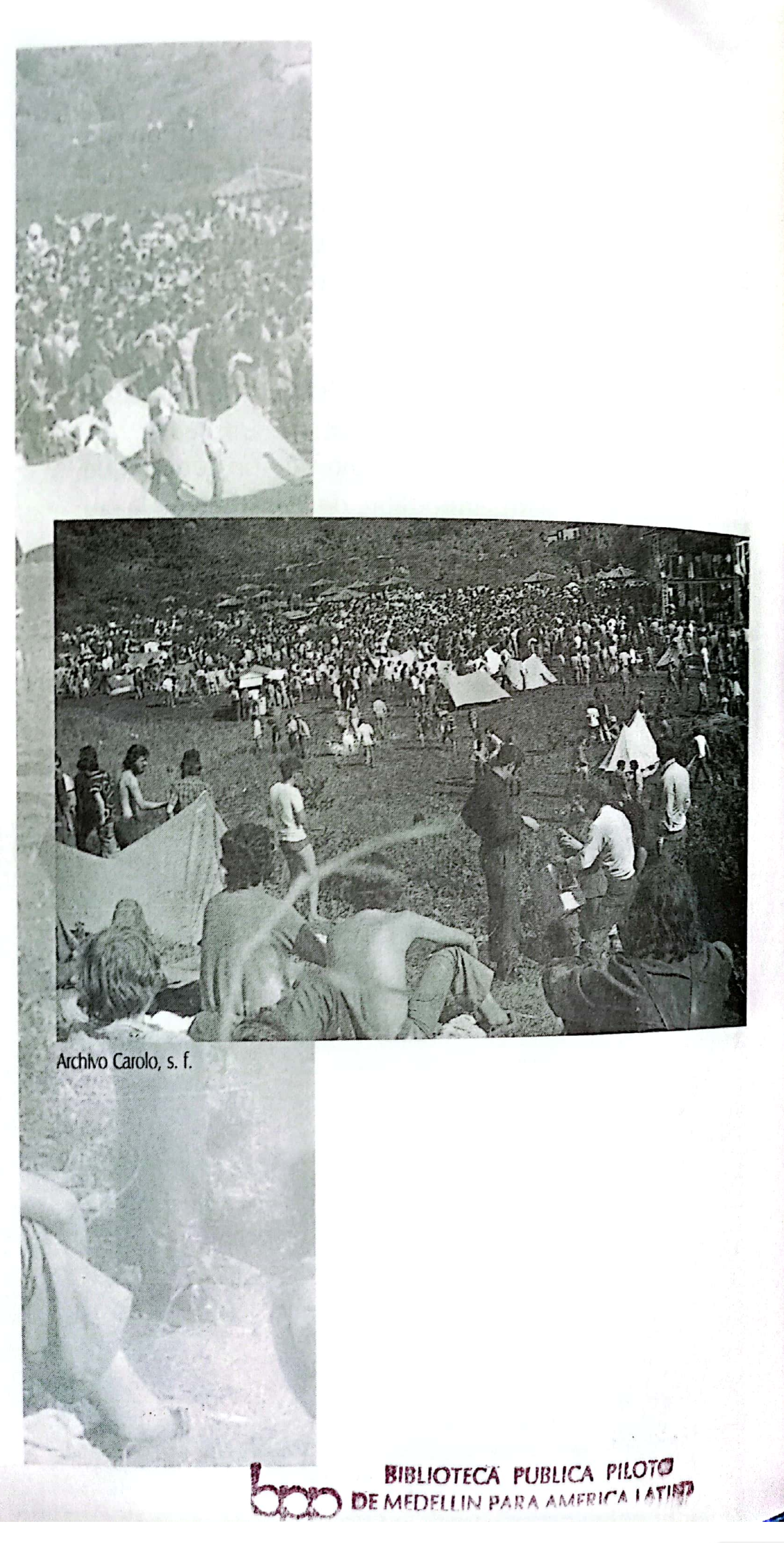
Grupos actuales como *El Pez, Marimonda, Ascariz, La universal, Planeta* Rica, *El Getto, Nebula*, entre muchos otros, han optado por un rock alternativo (entendiéndase alternativo como diferentes opciones y fusiones de sonidos: metal, hard core, hard rock, rap, latín jazz, funk, new wave, etc.) y por continuar enfocando la experiencia vivencial en el rock con giros de velocidad y fuerza o lentitud y densidad, conjugando esos sonidos innovadores y refrescantes con el destacado desempeño en escena, con originalidad y un toque particular de la banda.

Por otro lado, en la actualidad también se destaca el metal y el punk. Estos movimientos tienen una fuerza poderosa en Medellín debido a la gran cantidad de seguidores y a las letras de las canciones que cuestionan la conformidad social. Los grupos continúan trabajando en su música, pero no tienen un desempeño notable en las actividades escénicas de la ciudad.

Sobre esa situación opina Dilson Díaz, bajista de *Masacre*, agrupación que ha logrado dar a conocer en Francia dos trabajos discográficos: "había hace algunos años muchos espacios, diferentes propuestas que a la gente le gustaba. Ahora no, por ejemplo en el teatro Carlos Vieco se

siguen presentando grupos pero no tienen la difusión que se merecen". Sin embargo los conocedores de música opinan que los trabajos musicales de estos han mejorado notablemente en cuanto a la ingeniería y la producción, grupos como: *Pestilencia, Masacre y Tenebrarum*, dedican todo su tiempo a perfeccionar sus canciones, a exigirse musical y vocalmente.

Así son las bandas de rock de Medellín, cada día explorando y obteniendo excelentes resultados en cuanto a la calidad como músicos y representantes de un género que, en Medellín, hace parte importante de la historia de la ciudad.



Archivo Carolo, s. f.

No asistí al Festival de Ancón

José Libardo Porras Vallejo

No asistí al Festival porque mis padres no me lo permitieron. Yo tenía apenas once años y, entonces, al contrario de la usanza de hoy, para los niños era ley acatar las órdenes de sus mayores. Además, en mi barrio, Belén San Bernardo, tan clase media, tan mojigato, casi las únicas celebraciones públicas y masivas estaban relacionadas con el deporte, con la oración o con la parranda navideña. Había que ver las romerías para ir a la autopista a presenciar la llegada de la Vuelta a Colombia, las procesiones en la Semana Santa y las comilonas y borracheras familiares en diciembre.

Mi primera referencia de esa fiesta de la libertad fue un afiche que el dueño de la tienda de la esquina colgó en la pared, un cartón grande rojo encendido con el signo de la paz y el amor formado por un hombre y una mujer desnudos. Ignoro de donde sacó ese tendero tal cartel, pero es improbable que él, amigo de emborracharse con aguardiente al son de los tangos y de frecuentar prostíbulos, se interesara en un movimiento que, según fama, sólo proponía la inmoralidad y el consumo de drogas.

La otra referencia fue Gildardo, el primero de la barra en tener largo el pelo, en escuchar rock en inglés y en fumar marihuana. El sí asistió al Festival de Ancón porque a él nunca nadie le dijo qué hacer; él sí había inculcado a sus padres el respeto al hijo. Gildardo era un hippie. No recuerdo qué contó de su experiencia, sólo recuerdo su entusiasmo.

Desde entonces se le vió con bluyines desteñidos y sandalias, con los ojos enrojecidos, tarareando alguna melodía extraña, invocando al Ché y a Ghandi y a los Beatles, ju-

gando nerviosamente con un crucifijo de madera que llevaba al cuello, hablando de amor y paz. Un espíritu insumiso opuesto a la quietud de San Bernardo, al fin de cuentas.

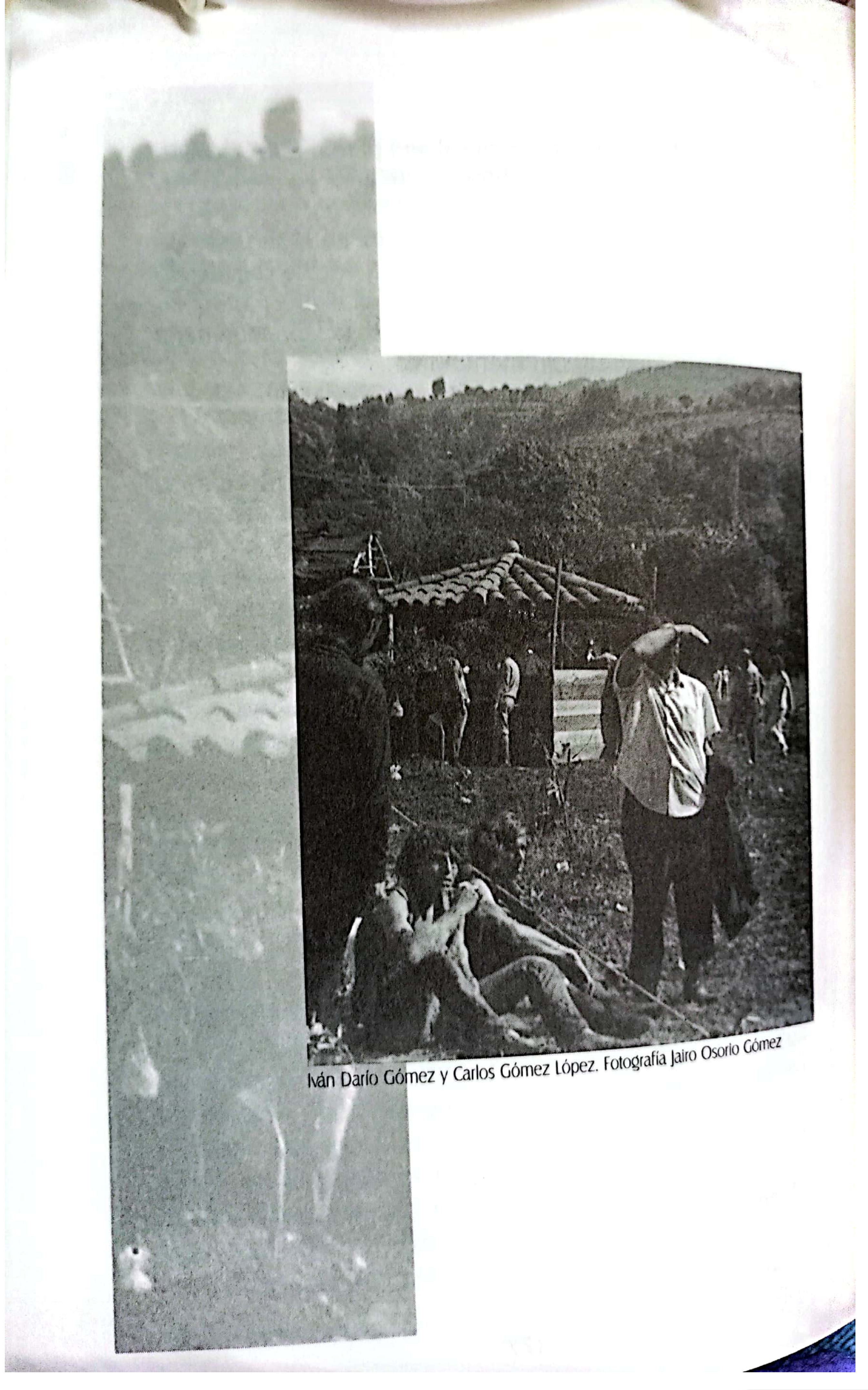
Durante las vacaciones nosotros jugábamos al fútbol, íbamos a robar naranjas al zoológico y a bañarnos en los charcos de El Manzanillo; Gildardo, en cambio, echaba unas ropas en su morral de lona y se iba en auto-stop para la costa o para Bogotá, o para donde el primer carro lo llevara, y al tiempo regresaba bronceado, más flaco y más feliz.

Una tarde lo vimos salir; se despidió con la señal de la victoria y se perdió en la distancia con su caminar desgarbado. Se dirigía a Cali. Al terminar las vacaciones no había aparecido, ni apareció en las vacaciones siguientes, y casi al año nos enteramos de que vivía en Argentina; a los dos, en Alemania, a los cinco, en el Tibet.

... Y a los veinte años estaba de nuevo en Colombia, en su barrio y su casa de siempre en la ciudad de Medellín. Lo encontré en la avenida La Playa vendiendo preciosuras de plata creadas por él. Me reconoció y me detuvo a charlar durante dos o quizá tres horas. Parecía haber permanecido congelado durante esos años. Yo tampoco, según me dijo en una lengua hecha de todas las lenguas, había cambiado. Me habló de países visitados, de personas conocidas, de mujeres amadas. Vendió un par de pendientes y me reiteró que a pesar de los años yo seguía igual. Me habló de sus trabajos: había sido marinero, contrabandista, mecánico y artesano. Enseñó a una muchacha una sortija e insistió en que yo era el Libardo de veinte años atrás. Hablamos de los amigos de San Bernardo: le conté que Charita era economista, Argemiro contador y Carlos obrero; que Hernán había muerto, Fabio iba a casarse y Ramiro trabajaba en una mina en Segovia. Él no supo explicarme la razón de su regreso; yo no pude explicarle por qué jamás no me había ido a recorrer mundo. Casi obsequió a una negra sonriente una gargantilla y me dijo que pronto reiniciaría su viaje. Yo callé mi deseo de irme y mi miedo de hacerlo.

En casa, frente al espejo, me alegró pensar que Gildardo ignoraba que a lo largo de esos veinte años yo me hice un hombre triste.

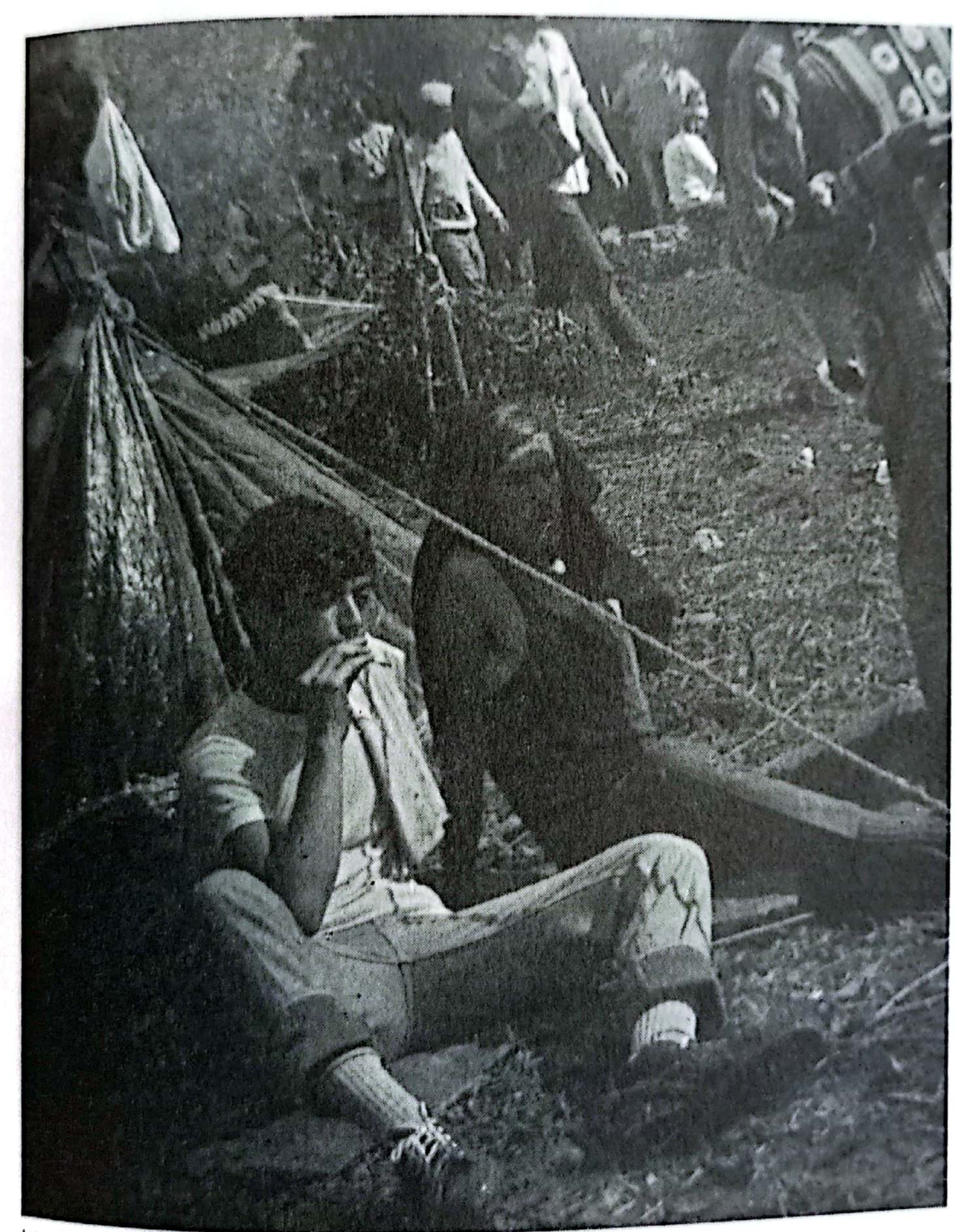
Al ir de vacaciones a mi pueblo natal en el suroeste de Antioquia paso por Ancón. Ni una sola vez he dejado de preguntarme qué habría sido de mi vida si mis padres no me hubieran prohibido ser testigo de esa celebración de la hermandad universal, tan memorable.



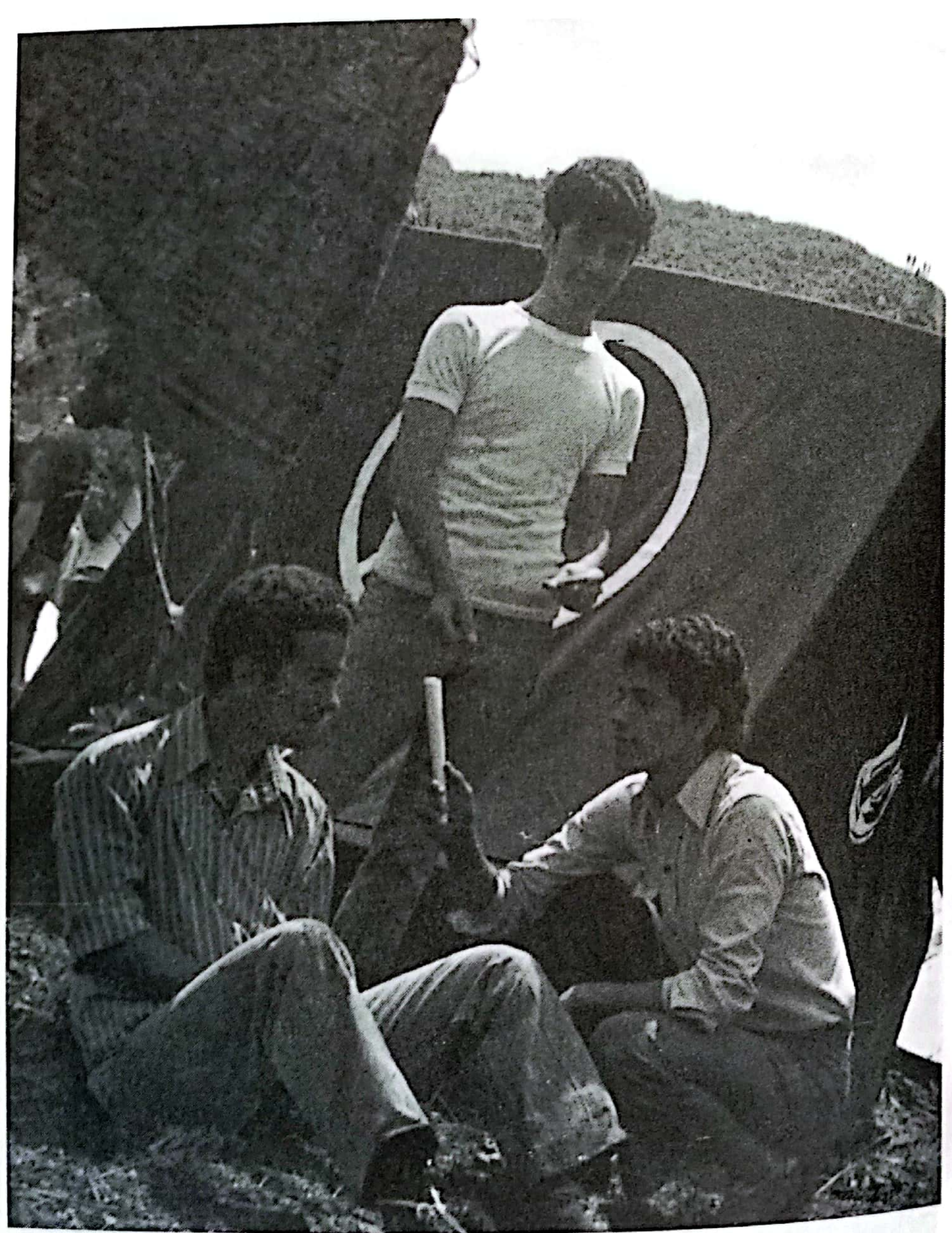
Iván Darío Gómez y Carlos Gómez López. Fotografía Jairo Osorio Gómez

Yo sí estuve en Ancón

Jairo Osorio Gómez



Jairo Osorio Gómez, 1971. Archivo personal



Jaime Osorio Gómez, Laureano Osorio y Jairo Osorio. Archivo personal

De Chapinero rockero hacia Ancón

Jorge Lozano Rojas "Anarcos"

Las vacaciones medianeras de aquel intenso 71, en el mapa inmenso de ese hervidero de vacilones en que habíamos convertido el Chapinero rockero de aquellos locos y libertarios días kolinos, estarían mas alborotados que nunca dado que rodaba la bola, sustentada en unos volantes de soyadísima invitación que más o menos decían: *Festival de Rock en Ancón/ Cerca de Medallo y lejos de casa/ 3 increíbles días con música y sueños/ Sintonízate y véngase pilísimo con su tribu o combo sonoro/ Te esperamos puesss/*

El logo consistía en una guitarra eléctrica entreverada con hojas de monte y estrellas; como organizadores, por la parte de *Taboga*, estarían Edgar Restrepo o Metrepo, como le solíamos decir a este locutor, animador, disk jokey, a ratos músico y bohemio, muy semejante a Barrabás. Junto a él, Humberto Caballero, con su pinta de Elvis Costello, audaz e hiperactivo, con visión puntual para el show bussines, como lo demostró en años subsiguientes, con eventos similares en la plaza de toros, donde antes el sadomasoquismo sangriento o las reuniones politiqueras reinaran sin par ni competencia.

Se trataba indiscutiblemente de emular al revolucionario Woodstock, guardadas las proporciones y diferencias lógicas y logísticas, de tiempo, lugar y lenguaje, pero lo más osado sería efectuarlo cerca de una de las más pacatas ciudades de Macondo Grande. Otra maroma nada fácil, sería conseguir los permisos por los lados de la Alcaldía, lo que finalmente se logró a costa de la expulsión del burgomaestre días después, gracias al escándalo realizado por la iglesia y un montón de camanduleras aterradas, por lo que fue el acto más insurgente desde la muerte de Gaitán. De hecho,

el cabello largo a lo hippie escamoso era de por sí un anatema de ribetes satánicos.

Desde este altiplano paramuno, a pesar del arduo trabajo reeducativo, hecho en ocasiones con tropeles desatados por el irrespeto de los machistas acomplejados, se tenía consolidado un territorio o área de distensión relativamente amplia, con base fundamentalmente en las marchas del 67 y en las numerosas discotecas sembradas a lo largo y ancho de la carrera 13, desde Teusaquillo hasta la 72. Por ello, la invitación para invadir a Medellín era más que seductora, ya que implicaba el reto de los tres días y un poco más en la ciudad misma.

Mequelito, el chistoso ex bajista de *Young Beats*, remedando magistralmente el bamboleo y hablado de los pepos, decía: *¿Por qué no pueden los burros de Bogotá ir al valle de la burra?* Agregando, *vámonos a comer arepita paisa con chorizo*; de todas formas, existía un gran ambiente y la consigna era: *Vámonos para Anarkon como sea, así sea en planchón;* sugerían unas hojas impresas en el mimeógrafo de artes de la UN; incluía instrucciones para llegar, consejos, rutas y mapas. Con todo, el corre corre era propio de locos purgados, en esos mismos momentos. Los grupos desintegrados se reagruparon, los que venían ensayando en garajes y buhardillas se definían, los que estaban en receso al asunto le metieron ceso; aquellos siempre picados estaban ya alistados, igual los de poco pachulí y mucho cachupe arrancaron con todo y cambuche. Ellas, entretanto, alistaron morrales, mochilas o viejas maletas con toda suerte de prendas para el verano tibio de aquel grato lugar, muchas carpas con sleepings sencillos o dobles se doblaron debidamente, se compraron, prestaron o alquilaron sin dejar a un lado el palosanto para la buena suerte, junto a las candongas de plata, el collar de chaquiras y chochos, las sandalias, el vestido vaporoso hindú con el respectivo perfumón, la infaltable riata indígena para la frente, el tricolor bolivariano, con el símbolo circular de paz en blanco y eso

sí, *cosita* bien encaletada y cueritos importados, ya casi listas para partir, acompañando los loquitos de la banda respectiva.

Miles de botones se vendieron o canjearon allá, con inquietantes frases en cada uno: /Cada generación tiene su turno/ Jesús fue melenudo y andariego/ La virginidad da cáncer/ un buen cigarrillo no se vende en la tienda/ Ahorra angustias, sé creativo/ haz bien y no mires a quién/ Si no te hallas, invéntate/ Apocalipsis: ácido malo/ fuma sueños y siembra ilusiones/ mala hierba nunca huele/ amplía tu percepción con honguitos y una canción/ todo lo que necesitas es amor/ con una pequeña ayuda de amigos/ mejor pulga propia que piojo ajeno/ las pepas emboban y matan/ guarda la semilla y siémbrala en cada milla/ champiñoncitos con crema de frescura/ eres un sol y yo tu luna/ los tiempos siguen cambiando/ haga el amor limpio y no la guerra sucia/ caperucita roja estaba en todo su derecho/ Viet Nam está en el corozán de América Latina/ Ancón y Marquetalia, repúblicas independientes/ cuando tenía todas las preguntas resueltas, aspiré y aparecieron otras/ nadie es perfecto, Atte. Nadie/ Kolinox unidox te invitan a Lijacá/ convierte tu soledad en una comuna/ Mi Gurú es Ho Chi Ming/ Freud, Nietzche y Marcuse me encarretan/ qué importa saber quién soy y de dónde vengo/ Serrat y los Parra: mis poetas/ Norman y Darío son mi desvarío/ Olvídate tiene recuerdos de amnesia/ Ármate un joing y comparte tu señal de humo/ Don Quijote es un hippie cincuentón/ Al nadaísmo: semilla de hippismo criollo/ Soy un barquito de papel/ la risueña mató al achante/ sexo y saxofón se encontraron con rock and roll/ mi amor es un amor de antes de la guerra/ Ancón: la otraparte de rock/ mejor chicarra que lumbre de tabaco/ Tengo tuza, tú sabes/ somos el siglo en el justo tiempo, no meros espectadores/ Prohibido cohibirse/ Cristo viene pronto: Magola/ Tu yerba me sabe a nombre/ Rodemos al quepar de Anarkón/ Trae la montaña rusa en tu coco/ el amor todo locura, etc...

Otra forma de rebusque consistía en comprar por docenas afiches de estrellas de rock o nenas en toples que posaron para los diferentes fotógrafos, que por entonces pulularon, allí aparecían bellísimas: Candy ex novia de Arturo Astudillo, el cabeza de *Los Fleepers*, Lucero, Magy, Gladis, Paty, Paola, junto a muchas garotas de Brasil y Suecia, por lo que la diferencia era poca. Era importante tener a los eternizados: Jimy Hendrix, James Dean, Janis Joplinn, Jin Morrison, Braian Jones, tocando la flauta oriental, *Los Stones* con James Taylor, *Los Alman Brothers* con su inmensa comuna familiar, *Family Ston*, *Fe Ciega*, Bob Dylan fumón y a contraluz, Donovan, *Tiranosaurius Rex*, Antoine, Santana, Osiwisa, Mandril, Barrabás, *Tijuana Brass*, Serrat greñudo, Joe Cocker con sus perros rabiosos, *Who*; El divino rostro del cristo de la nueva era de Acuarius, S. Rainaud de la Ferriere, sabio instructor para la nueva generación. No podían faltar *Led Zeppellín*, John y Joko empelotos. George Harrison con Paty y Clapton, Paul con Linda y Ringo con Cyntia, como homenaje al amor en pareja de los monstruos de la música moderna, ya disueltos; Simon y Garfunkel, Ana y Jaime; Ángela y Consuelo, con toda suerte de famosos baladistas ya consagrados o nuevos como Camilo Sesto; es inolvidable la imagen de Krank Zappa bien melenudo con un brazo sobre los hombros de la despampanate Raquel Welch, ambos hippísimos.

Los más beneficiados aparte de Alberto, Gonzalo y Hernán Marín, dueños y cómplices de *El Escarabajo dorado*, en Afiches sobrado, tienda de gran movimiento por esos días y situado en el segundo piso del laberinto kolino. Claro está que la reventa en plazas de Bogotá y Medellín dejaron buenas ganancias a quienes hicieron de mercaderes y modernos trashumantes, con estas imágenes que eran prácticamente rapadas por las fans paisas, vallunas, cachacas, costeñas, etc. El movimiento total impulsados por *Olvídate* y su corridísimo director, Manuel *Quinto*, recientemente desencarnado, ya era imparable pues la toma al país paisa

y su capital textil no sería un hecho tan sutil, todo lo contrario: fue un movimiento sísmico en todo el sentido contracultural.

Recuerdo a unos vecinos del barrio Modelo, cuna de *Los Speakers* y los Carvajalino, empeñados en hacer la mayor cantidad de zapatos de plataforma, sandalias para elevar la estatura de las bajitas, sombreros campechanos de cuero, cruces y demás colgandejos elaborados con clavos de herraduras, bolsos, collares, chalecos, blue jeans desflecados o bermudas recortando pantalones, etc: el agite del rebusque para poder ir, gozar y volver pasando por La Miel y luego por Honda o La Dorada, para disfrutar de un viudo de capax o bocachico, sería parte del plan integral para los rolos de nacimiento o adopción que no querían perderse el Anconazo.

El cuartel general y mentidero del hippismo criollo, por demás paranadaísmo psicodélico, registraba minuto a minuto todo lo relacionado con el evento que tenía a todo el mundo revoloteando en cuadro. Faltando 72 horas para la apertura del primer día de música, amor y sol, teníamos ya una idea aproximada de qué grupos se presentarían, y de hecho muchas camionetas y carros de amigos estaban en camino con equipos o con lo mínimo que eran las guitarras y las baterías, a sabiendas de que en la tarima gigante se ubicarían los más potentes amplificadores, incluídos los de los grupos más pudientes y los famosos bafles *Losdernán*, microempresa creada por los integrantes de aquellos inolvidables *Teen Agers*, los hermanos Vélez.

Los que dejaron todo para el último día, con la seguridad de al menos encontrar una flota tipo 8 p.m. nos llevamos una desagradable sorpresa: ni en Bolivariano, Magdalena o Rápido Tolima y otras que tenían paradero en la bomba de la Caracas con sexta, garantizarían nada hasta el otro día a las 10 o 11 a.m. y el chiste cierto fue que todas las rutas ya despachadas iban directo a Medellín, por lo que los cerca de cincuenta rezagados optamos por contratar milagro-

samente un destartalado bus urbano, el primer Sida intermunicipal: Sidauto S.A. El fercho, un dicharachero caldense, se comprometió luego de toda suerte de ruegos, pero yendo por un culebrero camino destapado que pasaba por Sonsón, o sea expreso barrancohondo, abismópolis e intermedias.

Ciertamente recordamos para siempre las siete pinchadas y los tres pequeños derrumbes que nos tocó enfrentar con la paciencia de los estoicos atenienses y claro está con la ayuda de unos varillitos ríetemucho y que prácticamente se convirtieron en el principal acicate y condimento de esa serie de tragos amargos; Medallón con todas esas pruebas y obstáculos casuales se nos parecía más como situación, al difícil camino amarillo conducente al palacete encantado del *Mago de Oz*, primer viaje alucinante que tanto disfrutamos de enanos. Por fin coronamos: como a las tres y media de la tarde arrimamos a las goteras de la ciudad hechos unos vevecos gracias al persistente polvillo, que durante todo el trayecto por aquel tortuoso tramo sin pavimento, nos cayó encima como la maldición de la bruja Noralda. Con un voraz apetito contenido añorando bandeja paisa y mazamorra con refajito de encima, así como una buena cama de plumas celestiales, previo baño de agua tibia con champú al huevo, pero la solitaria y las amebas las teníamos embolatadas con mecato y parva de los pueblitos donde hacíamos alguna parada rápida, entre otras para ir a miarbolito porque como bien se sabe: más vale pájaro en mano que vejiga rota y de paso, enviarle un telegrama a la curia anatemizante de porallá.

Preguntando se llega a Roma. Con esa fórmula del adagio popular nos orientamos y luego de hora y media llegamos a una delgada y serpenteante carretera bien pavimentada, donde se evidenciaba una interminable cola de vehículos de todo tipo, con gentes festivas y amables como en plena feria de las flores o navidad solsticial Inca; las motos de las galladitas de barrio mediano, serían las únicas en ir y venir

sin problema, sirviendo de paso de mensajeros o informantes de lo que en el concierto acontecía, puesto que el trancón hacia Ancón, así como era de monumental, su lentitud era semejante a la de una tortuga galápagos con reumatismo; otra interminable hora que ya parecía la antesala de una cámara de gas nazi, pero la gente nos levantaría el ánimo con vivas o frases repentistas o con humor negro terciopelo: *¡Vivan los hippies rolitos!*, gritaban unas pizpízimas chachas adornadas con flores en sus cabellos, gafitas rectangulares oscuras, cuando se percataron de nuestro buseto decorado a lado y lado, por la bandera de locombia y el símbolo de la vida egipcio y claveles blancos con cintilla lila (cosas de ellas), junto a pancartas diseñadas por los exmefíticos, hechas en screan con la multicolor impronta del cometa kohulec y el saludo: **Cachaquilandia abraza Ancón/ con AMOR – MUSICAL & PAZ** (de paso tapando Sidauto y evitarle sanciones). **Bogoteños rockeros los saludan/ vamos al Anarkón superpaisa/ Andando puez y vívelo sin tapujos.** Una procesión de santones emparamados y que venían en contravía nos datearon: ¡Nooomecrean... qué barraquera llavecitas (al ver el bus y a nosotros chupando refajito afuera). ¿De veras vienen desde porallá? Y que, ¿cuándo es la tocata y fuga? Jua, jua, jua, todos al unísono y rompiendo de una el hielo posible, con lo que continuaron: Pues hermano, es que la mano de tiras, rayas y choros es tenaz, así que mosca con la cosita y el Villegas. Les contamos maestricos que al principio todo estaba de rechupete... y hasta la estiradita de la Gloria Valencia, la de la televisión, filmó todito con entrevistas a los músicolocos y kolinitos de las carpas... pero después cayó un severo chaparrón con truenos y todo, por lo que el duro del desconcierto anunció: tapo, remache y estatua, por hoy; vean nomás se nos mojaron hasta las sábanas y los moñitos de una excelsa trabadorsísima que trajimos, ni paque les cuento más... vengan subimos (ya dentro del bus el obsequio no se hizo esperar), eso sí, para entrar al parque hay que tener pantaneras y bordón porque

hay un barrizal el hijueputa, mirá aquella sardina: salió corriendo huyendo del taita colado y se fue de hopo, sitica.

Los agasajados viajeros éramos: Héctor Góngora, Jorge Muñoz, Orlando *El negro*, *Tripas*, Orlando Palacios, Edgar Roa, Jorgito Vargas, Jaime Rendón, Mario García, Jorgito Echavarría, eran parte de *OJOS DEL OÍDO*, muchos de ellos; además, los hermanos Barreneche, Jorge Mesa y Justo Cuervo con Jorge Castañeda, junto con Andrés Quiroz y Alberto Galvis, quienes conformaron una novísima banda. El infaltable *ANARCOS*, émulo de Bob Dylan, Donovan y demás solistas vistos en Woodstock, junto con muchas cómplices, algunas escapadas del redil casero y otras, incluso con niños volantones; una decena de rezagados desconocidos pero con sus morrales y guitarras de palo o flautas, hicieron más grato el duro camino. En el trayecto, y a la larga éramos todos una familia solidaria, dadas todas las vicisitudes que nos tocó frentiar sin atenuantes posibles.

Finalmente, a eso de las cinco y cuarto llegamos a treinta metros de la entrada, confirmando con ojos propios lo hablado por aquellos hablantinosos cómplices media hora antes en la tienda de las guaraperas, donde igualmente nos deleitamos con unos chorizos deliciosos. Efectivamente, la muchedumbre mojada estaba más en plan de salida que de otra cosa; el encuentro con amigos de todos los pelambres, no se haría esperar. Pantallando, como siempre, Manolito V, quien se paseaba para arriba y para abajo con una guitarra de palo terciada; quiubo hermano, saludó con ojos aterrados, parece que me cayeron mal unos cacaos sabaneros que me metí: hablamos luego, agregó, alejándose a paso largo; Guillermo Tascón, el ex director de los Territorios Nacionales, saludó efusivo dando la bienvenida a nombre del Alcalde, regalándonos unos carrieles miniatura como detalle especial, ¿Y está cargadito?, pregunté con ironía, soltando al mismo tiempo una carcajada contagiosa. Él fue el personaje, que meses antes y en una entrevista con *El Espectador*, ofreciera tierras para una gran comuna

por los lados de Mapiripán, pero sin mayores garantías. Esto ocurrió como complemento ruidoso de la salida de la cuarenta, después de cumplir con injustas 72 horas de retención, acusados y empapelados torticeramente de asonada por un cabronel, jefe del bunker policial, ubicado en la 52 con 2, donde se retenían por puro gusto a la poética Sibius y al bajista de *Terrón de sueños* y de *Los Flipeers*, Fabio Gómez. Por esa causa organizamos ese día una marcha con velas con la maga Atlanta, los escarabajos Marín y tres docenas más de solidarios peludos con sus novias. A todos nos enchiqueraron sin fórmula de juicio, luego de rodearnos con las 38 cortas de dotación. A la Maga la soltaron casi de inmediato, ya que tenía en sus brazos a la preciosa párvula y futura filósofa María de las Estrellas, y con ello logramos que con una cómplice, multiplicadora como lo era ella y aparte de sus altas influencias, con amistades frecuentadoras de su templo y temple de mamá pitonisa; al siguiente día la prensa nacional e internacional cubrieron el caso en detalle o de lo contrario hasta Gorgona nos hubiese mandado, previo consejo de guerra tal como nos amenazaron con perros aquella tortuosa primera noche de las espermas pisoteadas, por la libertad de una nueva forma de expresión, la cual luchó sin descanso su propio espacio y ascenso a las cumbres borrascosas del protagonismo histórico-social, como libre desarrollo de una nueva mentalidad aglutinadora y particularmente magnética, originada en las barracas y palenques esclavistas de todo el continente donde el canturreo y palmas de aquellos seres, alguna vez bellos y libres, serían compositores natos y poco a poco reinventaron expresiones de blues, samba, gaiteo, porro, cumbiamba, alabaos, patacorá, tamborito, son o bolero coqueto, en la medida y forma en que instrumentos como el tambor, los cajones o la guitarra y la guacharaca, caía en sus encallecidas pero creativas manos. Fuimos herederos de ese espíritu de seres libres, todo por el gusto intenso, cuando no frenético por el blues rítmico o simple y llanamente el rock de entonces.

El pito insistente del bus, nos hizo caer en la cuenta de que el sol estaba poniéndose en el horizonte montañero y rápidamente ubicamos a Edgar Restrepo, quien estaba planillando a quienes veníamos a presentarnos en la tarima. Menos mal que en el centro de Medallón una comisión de amigos nos logró ubicar un hotel de dos estrellas, donde nos bañanos como romanos después de una batalla, comimos y a la camita, donde quedamos fundidos hasta las 9 a.m. del día siguiente. Aquel día lo aproveché para ubicar la casa compartida de Carlos Reyes, un arquitecto vecino de barrio, quien me convidó con techo incluído. Allí me esperaba de almuerzo la esperada bandeja paisa con de todito, aprovechando el reposo posterior para sacar a mi curvilínea acompañante: la guitarra eléctrica recientemente adquirida, a la que acomodé en un estuche duro, forrado en rojo escocés y decorado con láminas bellísimas del culto Hare Krisna obsequiadas por una delegación londinense, amigos de George Harrison, quienes como peregrinos y prosélitos pernoctaban en la casa de *Checho* Murillo, en Quinta Paredes, en Bogotá, él como director, cantante y saltimbanqui de la banda circense *La Gran Sociedad del Estado*, se dieron el lujo de abrir el Festival junto con *Hope*, con lujo de sonido, fotos, filmaciones y entrevistas, presentadas en televisión y en noticieros de Cine Colombia.

Finalmente vendría el preparativo para la tarde del tercer día cuando me correspondió cantar como Anarcos, desgranando tres temas a saber *Los tiempos están cambiando*, *Punto seguido*, y *Las flores del jardín*. Recuerdo que le dediqué irónicamente la tanda a monseñor Botero, quien había condenado a través de una pastoral la asistencia al concierto, lo que en últimas resultó una de las mejores propagandas difundidas en todas las iglesias y colegios religiosos de la ciudad.

En el trayecto de Medellín al parque me acomodaron en la parte trasera de una camioneta acompañado por unas bizcochísimas paisas, quienes pacientemente y con ayuda

de un tenedor me levantaron no solamente el ánimo sino el cabello tipo Vera Grabe, pero negro retinto que hasta el momento mantenía cubierto por un gorro aplanador. Allí debutaría con el african look más alto y abundante de dicho evento, quedando con mucho parecido a Marck Bolan de T. Rex. Esa noche fue de fiesta en casa y vecindad de Carlos Reyes, pero al otro día la noticia amarga sería la orden del jefe de policía para que en un plazo de 48 horas se desocupara el casco urbano de la ciudad so pena de sufrir prisión, ¿qúe tal?

PUNTO SEGUIDO (Apartes)

Mira que el sueño, de subir al pedestal, les hará fijarse también que todos pueden predicar.

Un día mientras bajaba al agua azul, el ave Fénix cantó sin intentar, buscarse un pedestal...

LOS TIEMPOS ESTÁN CAMBIANDO
(Bob Dylan- Fernando Córdova)

Cuentan profetas que van por allí, que todo en el mundo ha de cambiar...

El mundo, el hombre y los ríos también...

Los ríos se están desbordando/ naden de nuevo, no paren jamás...

Pues los tiempos están cambiando;

Padres y madres están con ustedes/ pero sus viejos caminos se truncan...

Salgan corriendo no caben ya aquí/ pues los tiempos están cambiando;

Vengan senadores y hombres de ley/ la guerra está allí, pero ustedes ni ven eso..

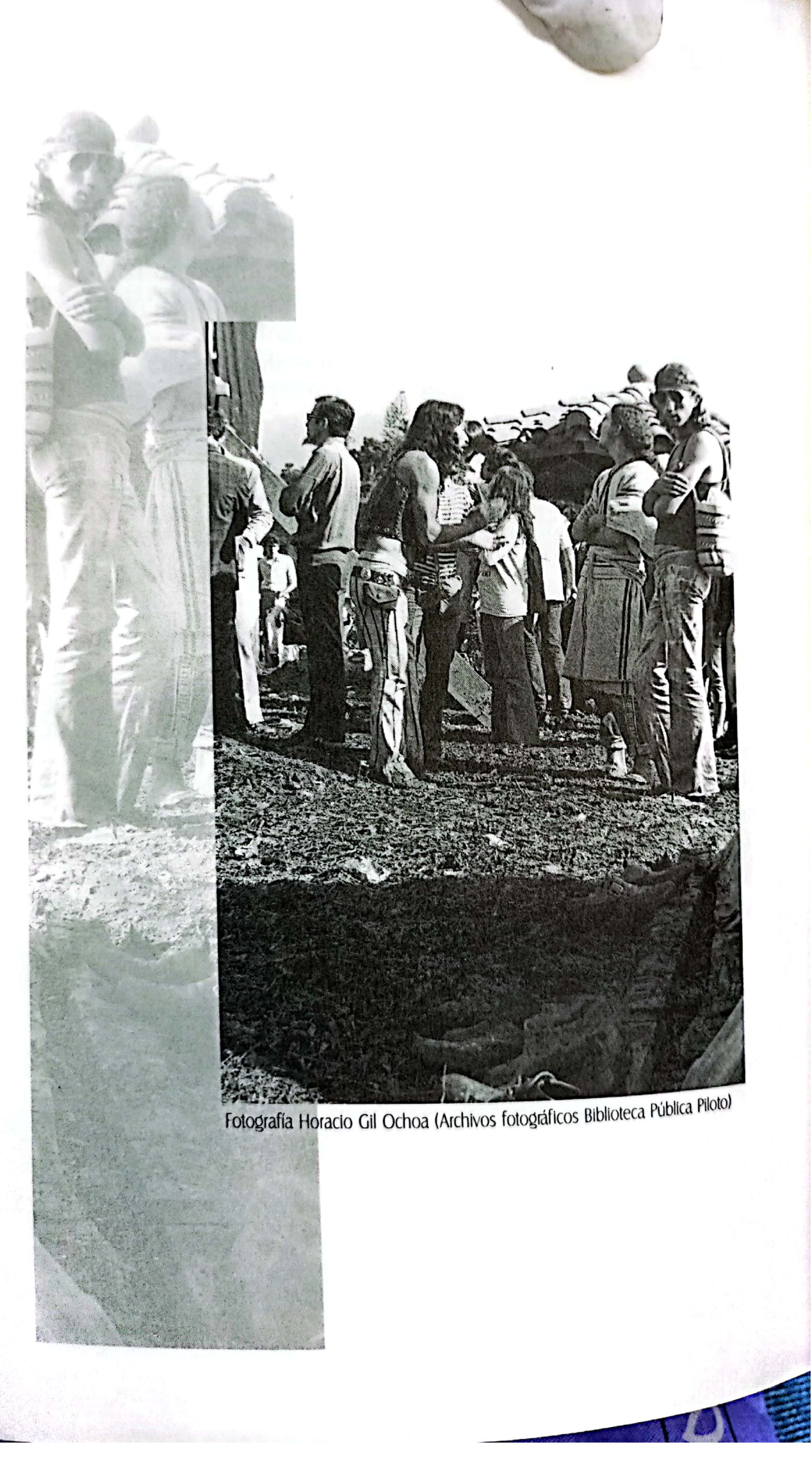
Pues los tiempos están cambiando.

Es bueno y saludable traer todas estas historias y anécdotas de luchas y esfuerzos por sacar a un país de la gazmonería y la intolerancia ciega, jalonando una modernidad no sólo en las costumbres, sino en el modo de

ver, pensar vestir y ser, además, de que era urgente retar sin cortapisas o mediastintas a un establecimiento injusto, hegemónico cuando no parroquialista y camandulero, haciéndole el juego a la obsolescencia y la caducidad de un micromundo saturado de verdades a medias, cuando no del más escabroso cinismo con fraudes (V-19-1970), de todo tipo y tamaño. Como hoy nuevamente se vive, repitiendo en un macabro espiral de hurtos a dos manos y crímenes continuados como atados a una silla de cine para ser obligados a ver, sin pestañar ni murmurar frente a una rayada cinta de gánsters y en la que cada cuatro años se cambia de protagonistas, pero donde el libreto y la actuación e incluso los trajes y frases, no cambian casi nada o nada, todo a nombre de un orden cada día más desordenado o caotizado, pues la corrupción rampante es predadora de valores y recursos y todo lo arrasa sin piedad...

¿De qué lado de esta podrida naranja mecánica podemos hoy estar? Del blow up al mero blowp?, o como nos lo quieren vender, o tal vez pasamos ingenuamente del bello sueño de Judy Garland y sus encantadores zapatos de medio tacón rojos, con toda esa vivísima fauna y flora a favor, con todo ese coro de gnomos, cantando al unísono mensajes edificantes a medida en que salían del inmenso maizal florido..., para finalmente vernos asombrados al borde de este aterrador abismo polanskiano, observando a todo un ethos embriagado por el agriculce manjar de la codicia desatada, como único y sacralizante logro, otorgado por esos simios elegantes o camuflados, con alas de murciélago, dentadura y risas de hienas sin alma. Nos lograron vendar gracias a la seducción del espejismo cositero y dorado de una arribismo semejante al globo navideño como gran sueño, pero preñado de canibalismo ignorante, el cual explotó ensordecedoramente sobre el frágil inconsciente colectivo, cual sonámbulos y títeres. Nos olvidamos de Krisnamurti y Samael, De la Ferriere, Gonzalito, Angelita, hasta del mismo *Imaginate* de Lennon.

Por siempre estaremos condenados a nuestro irremediable Apocalipsis Now, en campos granate y selvas torturantes, en barrios snob o de *El Cartucho*, gorgonas de concreto ablandado por sobornos. ¡Ah querida cofradía..! Qué lejos y refundido quedó aquel sueño, el espejo roto y empañado está junto a la desvencijada y mohosa trova, la que ya nunca reaparecerá por más intentos y trabas, pues esto mis amigos del alma... es un remolino imparable de sangre y babas.



Fotografía Horacio Gil Ochoa (Archivos fotográficos Biblioteca Pública Piloto)

Manrique, Zuleta y Ancón

Mario Cardona Osorio

... cuando termino de recorrer el mostrario veo que quien está al lado es nada menos que *La Bruja,* más flaco que como lo vi la última vez, encorvado como siempre y como siempre narigón para poder sostener las gafas semi caídas, cojo y con el cabello hasta la cintura. !Hola, Brujai !Hola, no nos veíamos desde *La tienda de Gutenberg*. La tienda era una librería que teníamos unos amigos en La Playa cerca al teatro Pablo Tobón Uribe, donde editábamos y divulgábamos a Estanislao Zuleta –La U está llena de zuletistas: *Yo fui alumno de Zuleta, yo fui amigo de Zuleta*, repiten los profesores, lo que no sabe uno es dónde estaban todos estos zuletistas cuando a Zuleta le aplicaron el reglamento de la Universidad y lo echaron por no ser graduado– y donde se organizaban tertulias, sobre todo con los teatreros de la zona y los pintores de Envigado que venían a visitarnos. *La Bruja* era el aporte de la música a esas reuniones; nos vamos para una de las cafeterías del pasillo para donde yo iba.

–Bruja, le seguís jalando a la música. (La Bruja era el Jimi Hendrix de Medallo, más concretamente del barrio Buenos Aires, por la guitarra y por el amor al *vicio*).

– Sólo consumo, ya no hago.

–Qué pasó. Y entonces me contó otra vez la vieja historia del Rock en ésta que el llamó *mierda*.

–El rock en Medellín ha unido a los muchachos sin distinción de clases, aún cuando sus vidas diferentes se reflejan en sus creaciones; llegaron a existir más de quinientos grupos; difícil encontrar una manifestación cultural creativa más extendida, y esto porque las reuniones de rockeros adquieren un carácter de ceremonia, de ritual

y porque los instrumentos básicos con que se trabaja son baratos, fáciles de adquirir, guitarras y percusión y, además, porque con frases elementales se construye una pieza musical. Claro que esto es relativo porque se puede llenar tiempo sin que haya verdadera música, se puede hacer producciones comerciales o de relleno. Lo comercial empobrece mucho; la música, igual que las otras artes, entrega información muy compacta, saca de la manga palomitas de las que tu hablas y esa información se hace reducida en los productos estandarizados por el ritmo o por cualquier otra característica. En el arte encuentras monotonía o creación sin límites; tú lo vives con la palabra yo con la guitarra, por eso la curvatura de mi cuerpo.

–Siempre me ha gustado escuchar esa historia del primer disco tuyo y hace tiempo que no lo he hecho, que...

–¡Ah qué repetir!..., pero bien..., siempre te ha gustado la historia de Parabellum, pues nos tocó fabricar nuestros propios equipos e instrumentos, un amigo ayudó con la parte eléctrica; en ese tiempo teníamos inspiración y logramos seleccionar material para un disco. Recurríamos a temáticas de destrucción y cantábamos con voz un poco grotesca, así nos salía un rock lento y pesado. Las dificultades de la grabación y lo precario de los instrumentos, introdujeron distorsiones y efectos que en Brasil y en Europa tomaron como creación, luego dijeron que nosotros habíamos sido los precursores de un nuevo género, fue algo como de Chapulín Colorado. Lo cierto fue que logramos grabar un super sencillo que sin quererlo viajaría hacia Brasil y Europa, donde gustó, a ese estilo lo llamábamos Metal Medallo, lo cierto es que a la gente le gustó mucho desde que lo pusimos a circular en nuestro primer concierto en Manrique.

–¿Fue por los tiempos de Ancón?

–Fue más tarde cuando el Rock hacía parte de los sábados de los muchachos en los barrios. Lo de Ancón fue muy importante, por primera vez un alcalde le daba paso a una manifestación juvenil, pero se le echaron encima y des-

pués del concierto lo hicieron renunciar; es la mentalidad de una sociedad en trance de urbanizarse, de salirse de lo campesino que no sabe qué hacer con los muchachos, porque no entiende qué es la ciudad; hace unos años, un empresario anunció un concierto en la plaza de toros, se llenaron los alrededores, no abrían las puertas, incumplieron, no hicieron ningún anuncio y no dieron disculpas; algunos muchachos se alteraron e hicieron destrozos; luego llegó la policía, la que no había estado al comienzo para hacer orden; no preguntaron por los empresarios estafadores o por los funcionarios responsables de hacer cumplir con los espectáculos, sino que arremetieron contra todo el que tenía pelo largo o pelo rapado, o cinturones gruesos, o botas de suela gruesa y aretes, en fin, contra los que tipifican como muchachos violentos; terminaron prohibiendo *de por vida*, que absurdo, que mezquindad, los conciertos en un escenario que está el noventa y cinco por ciento del tiempo inutilizado. Si te quieres asomar a la historia de la juventud de los sesenta a los noventa de los muchachos en Medellín, tienes que pasar por el Rock. Los grupos y las reuniones sufrían la discriminación que las administraciones y los mayores hacían de las barriadas, se nos confundía con Satánicos; según la policía, lo que nosotros llamábamos concierto eran misas negras, hasta nos acusaban de sacrificar animales y personas; se asimilaban las reuniones musicales con el uso intenso de la droga, no nos querían ver vestir de otra manera diferente a la tradicional, les asustaban los adornos que llevábamos, los cortes y tinturas del cabello; sin acercársenos nos temían cuando andábamos en grupo; toda una serie de violaciones a los derechos individuales y colectivos; es que les fracasó la pedagogía escolar y no toleraban a los muchachos en las calles.

La policía llegaba a los parches o a los conciertos en los parqueaderos o los lotes que lográbamos que nos prestaran para los espectáculos, y atropellaban a la gente y terminaban el concierto, toda una persecución; era muy difícil prac-

ticar, porque somos ruidosos y los vecinos o las mismas familias se molestaban, algunos curas nos apoyaron y nos permitían tener como sede locales de su propiedad; hubo quienes entendieron que esto se prestaba a negocio y organizaron alquiler de equipos y de locales; muchos grupos lograron grabar, las matrices se enviaban a EE.UU y pequeñas casas empezaron a editar compacs, unos pocos lograron entrar a la producción comercial y hacerse famosos. Algunos alcaldes terminaron por entender un poco y quisieron ayudar, pero con miserias: no han captado los funcionarios públicos que para generar una cultura hay que apoyar la creación, mucho más cuando se trata de la creación juvenil; los espectáculos de puro consumo tienen más recursos.

–¿A Ancón llegaron muchos grupos?

–Allí pasó lo mismo de la entrega de armas de las guerrillas del Llano: había más armas que guerrilleros, un guerrillero entregaba un machete y daba la vuelta y entregaba un cuchillo, daba la vuelta y un revólver... En Ancón se anunciaron más de veinte grupos, pero había unos doce, actuaban, se cambiaban de vestido y hasta un poco de estilo, luego los presentaban como uno diferente, fue una forma de dar la sensación de riqueza.

–De dónde salieron las influencias musicales...

–Primero, de Jimi Hendrix, luego de los ingleses, en los sesentas con el movimiento hippie y con los conceptos de música formados por *The Beatles*, *The Rolling Stones* y *The Doors*, y en los setentas con la gracia de un rock suave hecho por *Led Zepelin*, *Deep Purple*, *Rush*, *Black Sabbath* y *Pink Floyd;* luego las influencias vinieron de Argentina, de España, sobre todo del *Barón Rojo* especializado en Heavy Metal y con una gran capacidad publicitaria: Mientras el Barón vuele en su avión se mantendrá vivo el rock y se podría decir que fue así, junto con *Ángeles del Infierno* y *Sangre Azul* rompieron los esquemas de España y de México, cuyos gobiernos y adultos, como en esta mierda, tampoco aprobaban

la manifestación rockera. El rock se convirtió en lenguaje universal. *Larga vida al Rock & Roll* predicaba *Rojo Barón*. Por último, de México, donde se dieron y se dan bandas muy buenas que introdujeron instrumentos de viento y algunos folclóricos y temas más endémicos, pero la gran inspiración fue la necesidad de la protesta; el rock asumió la actitud contestataria contra todo, contra el Estado, los vecinos, la sociedad, la brutalidad en las calles, el carnaval de la miseria, la manera de organizar las relaciones, el amor acartonado, contra la marginalidad, porque el Rock, entre nosotros es ante todo protesta.

–¿Qué es eso de que el rock ha sido la música de las barriadas, entonces no es esa de: *nadie es eterno en el mundo?*

–No, en las barriadas no predomina esa música, esa música tiene otros adictos.

–Y, ¿el uso de las drogas?

–Otro prejuicio: en la zona cafetera los peones de las fincas y en el Valle de Aburrá y Rionegro, los mecánicos, los obreros de la construcción y el lumpen revuelven basuco con aguardiente; los viejos como vos, de todos los barrios y pueblos, usan intensa y extensamente el aguardiente, lo peor es que se exceden, y que estropicios se dan; las señoras de las clases altas cada vez son más alcohólicas y adictas a los tranquilizantes; los ejecutivos tiran perico; algunos jóvenes usan marihuana, pero no en la frecuencia y cantidad de ustedes en los sesenta, pero la mayoría de los jóvenes no gustan del licor, cuando más de la cerveza o el vino; los rockeros reconstruimos nuestros cuerpos y espíritus con la música y el baile.

– Y, ¿los suicidios?

–Que yo sepa, de músicos Rock en el mundo, cuatro: en Estados Unidos, Holanda e Inglaterra, tres por exceso de drogas y uno que se colgó con el cinturón. A la lectura de los libros de Vargas Vila le adjudicaron muchos suicidios, igual que a las canciones del *Conjunto América* en la

Colombia pueblerina de principio de siglo. El suicidio se da con mucha frecuencia en el suroeste antioqueño, en especial en Ciudad Bolívar, que es una comunidad semicampesina.

– Ahí hay toda una discusión, como dice Mähler.

–¿Cuál Mähler, el de las sinfonías eternas?

–No, un hermano metodológico del extendido sinfonizante, el profesor de socioeconomía ambiental (explico a *La Bruja* por qué mi presencia en la Universidad) que nos ha puesto a leer tres mil y una páginas en treinta días, cien por día o por noche y todos los treinta días, en días en que también hay que estudiar otras materias, atender el hogar, los compromisos sociales, informarse de las guerras y de si nos han o no invadido las fuerzas de la Otán, o han desmembrado a Colombia los países vecinos, o si los bandidos se han llevado secuestrados los niños de un kinder o los ancianos de algún ancianato o si los curas alemanes que renunciaron al no matarás están apoyando esos secuestros y esas quemazones y explosiones y, obviamente, conseguir el pan. Tanto y tan exhaustivo produce artera y jartera, la primera bien pero la segunda diluye la ganancia.

–¡Qué maravilla! Es realmente una forma mähleriana de entregar información.

(Vamos por el cuarto tinto).

–Y el Rock en Medellín.

–En Medallo nace el rock nacional con el movimiento hippie y los grupos *Los Yetis,* influenciados por el Nadaísmo y *Los Speakers;* esa primera época tiene su cima en el famoso concierto de Ancón; en los setenta los rockeros son segregados por la sociedad, que les cobra haberse reunido en las puertas de la ciudad a escuchar música, fumar marihuana, hacer el amor y maldecir la guerra; sin embargo, se hace música de consumo en las clases altas. En los ochenta aparecen cientos de grupos que se quedarían en la clandestinidad. A finales de los ochenta se unen a las filas conjuntos que interpretan *Death Metal, Metal Industrial,*

Rock Depresivo, *Hard Core* –fusión de Metal y Punk los dos estilos más apreciados en medallo, *Speed Metal*–, *Metal Rápido*, y se marca la tendencia de Medallo por el Metal. Pero los estilos practicados fueron y son numerosos desde los más fuertes a los incluso melódicos.

(Una pausa para que *La Bruja* encienda su enésimo cigarrillo y nos apropiemos de otro café).

–Y la violencia?

–Otra mala lectura, es esquema de los sociólogos superficiales, de un buen director de cine que lo tomó para hacer sus buenas películas, pero confundió la manifestación rock, estética, contestataria, con el sicariato. Es la opinión de algunos periodistas bogotanos, un clisé fomentado por las casas disqueras; fíjate que hasta Manuel Castells, en un excelente libro sobre la *Era de la Información*, dejándose llevar de la mano del Nobel colombiano, sin tomar los argumentos de manera crítica, se atreve a decir que los carteles de Medellín fueron producto de la *identidad* de nuestra gente; es una explicación que no tiene en cuenta la historia, que ignora las circunstancias; es un insulto; ahora resulta que no ha sido el mercado el que ha generado la producción de la droga, que los capos gringos no existen en este comercio; no hay historia, el capitalismo no tiene leyes en esta tesis; esa es una explicación que sirve para todo, al mismo Castells le sirve para explicar cómo Barcelona se ha convertido en una ciudad de importancia global; pura simpleza, la identidad catalana produce una ciudad polo tecnológico mundial; la antioqueña un nido de sicarios; la acción de los *en vías de desarrollo* tiene una característica criminalizada. La de los *desarrollados*, que controlan los hilos del delito, se narra con frases como ésta: "Los contactos personales son esenciales en la toma de decisiones de alto nivel en el mundo de los negocios, teniendo en cuenta no sólo la importancia de la confianza personal sino el carácter legalmente ambiguo de algunas transacciones"… Condena pacá ambigüedad p´allá; qué falta de respeto.

Fíjate en algo bien simpático, las canciones que reivindican acciones delictivas no son de Manrique ni de Aranjuez o Castilla, son de Laureles, como esa que dice *Acordaté que te dije todo bien*, que es la relación del transporte de un cargamento. El Rock no es parte de la violencia, como arte es espejo, y la ciudad ha tenido épocas altamente violentas, como Sao Paulo, Nueva York, San José de Puerto Rico, Londres; es decir como las grandes ciudades, pero el Rock no iba a los actos violentos, como por ejemplo fue esa zamba que dice: *Llamando a degüello a sable y lanza* hecha para una de las guerras entre Unitarios y Federalistas argentinos del siglo pasado, un completo himno de destrucción. No hagamos el inventario de la violencia en las rancheras que hasta una buena telenovela caricaturesca hicieron con algunas, pero recuerde estos finales de tango: *"...y luego a lo gaucho le abrí el corazón"*, *"y en un flanco de la guardia, hundió el mozo de Palermo hasta el mango su facón"*; o la entrega que le hace al comisario un gaucho de apellido Arenas: *"Las trenzas de mi china las traigo en la maleta, las trenzas de mi china y el corazón de él"*. Para no seguir con esto escuche esta perla: *"La invitó a caminar, la mina enjabonada le creyó, y besándola en la frente, con gran tranquilidad, amablemente, le fajó treinta y cuatro puñaladas"*. P´a qué más.

Claro que a este concepto ayudó un grave error de un programa que se llamó por los publicistas *La batalla de las bandas*. Entre los jóvenes se mueven unos tramados y unos conceptos muy sutiles. En los años cincuenta los *Juegos Intercolegiales* tuvieron que ser suspendidos algunos años porque las confrontaciones deportivas terminaban en batallas a piedra y a chapa entre los colegios oficiales, encabezados por el bachillerato de la Universidad de Antioquia y el Pascual Bravo, y los privados encabezados por el Fray Rafael de la Serna y la Bolivariana. Esto es producto de la incapacidad o los errores de quienes dirigen y tienen la obligación de conocer el sustento sociológico que mueve

los grupos en las barriadas. Para el tiempo de ese concierto se presentaba en los grupos rockeros una extrema identificación con sus grupos, la personalidad restringida en los otros escenarios, se afianzaba y encontraba sus canales de socialización en los parches: comunidad rockera sobre un lugar: a los muchachos se les llamó nada menos que a *la batalla de las bandas* y se prepararon para la batalla, el apasionamiento mal llevado estableció la división entre los *Punkeros de mierda y los burguesses metaleros*; los metaleros frecuentaban las cercanías del teatro Pablo Tobón Uribe para crear discordias con los punkeros que utilizaban a La Playa (casi siempre junto a Bellas Artes) como lugar de encuentro. Pero era en los conciertos donde había que cuidarse, especialmente en el pogo donde todos soltaban su fiereza, ya que punkeros y metaleros se mezclaban en los mismos escenarios que eran pocos y la mayoría callejeros. Fue una época de radicalismo donde los punkeros ganaron la fama de vándalos por sus ideas anarquistas y los metaleros de satánicos por su expresión sangrienta y oscura. Como quiera que sea, tal enfrentamiento terminaría con la extinción del movimiento punkero en la ciudad, en donde no quedan si no unos pocos, que aún frecuentan las calles de La Playa y el Parque de Bolívar, y con la llegada de nuevas tendencias que pondrían en segundo plano al metal, pasado de moda para las nuevas generaciones del rock, quienes ahora se mueven entre un mundo de fusiones de ritmos y sonidos con nombres *alternativos* y en el que no importa si se es metalero, punkero, rapero o new wave, pues todos parecen *lo mismo*.

El concierto *La batalla de las bandas* se organizó por personas que desconocían esas circunstancias y se dio un encontronazo, salieron a relucir resentimientos; del Doce de Octubre, Manrique, Aranjuez, Castilla y Buenos Aires bajaron los duros del Metal rodeados de simpatizantes, que no dejaron escuchar a nadie más. Otro evento violento se presentó en un concierto de *Kraken*, en el teatro Carlos Vieco

del Cerro Nutibara. Éste tenía capacidad para unos tres mil espectadores, dejaron entrar seis mil, afuera había haciendo cola por lo menos otros dos mil, es que Medallo necesita un rockódromo, los muchachos afuera empezaron con sus chanzas, llega la policía, la que los acosaba en sus parches, los muchachos buscan entrar, la policía los agrede, los muchachos responden a piedra, arena y chapa, tumban una verja, entran al teatro y todo es confusión, los de *Kraken* dicen que los agredieron a ellos, que el ataque era contra ellos, yo creo que fue sensibilidad, la gente quería mucho a *Kraken* y había ido a escucharlos, otra vez no se manejaron las cosas con procedimientos adecuados, luego toda la culpa es para los rockeros.

La Bruja me pregunta:

–¿Qué pasó con *La tienda de Gutenberg* y con la Editorial Percepción?

–Se quedaron sin objeto y casi del todo sin sujeto, es otra historia triste. Primero muere Zuleta, es obvio que fue una muerte buscada. Zuleta se entregó al licor, no pudo con la ausencia de su amada, una historia de amor, murió de éso. El propósito de las dos empresas era editar y divulgar la obra del Maestro. Después, fue M.H., tú lo recuerdas, era un guerrero y en su ley murió. Luego le tocó el turno a Óscar Rengifo: un día, después de una apocalíptica farra, la voz le salía aflautada; lo examinaron, estaba invadido por cáncer, no resistió la idea de empezar a sufrir y entregar a la familia tamaño sufrimiento, se fue por su cuenta. Tres desenlaces dramáticos, tres duelos en menos de seis meses, sobre un pequeño grupo... No los superamos como para continuar esas aventuras, porque aun cuando eran rentables no estaban hechas como actividad comercial, terminaron ahí y no somos capaces de revivirlas, pertenecen a los amigos que nos dejaron. Por eso andamos haciendo helados, gerenciando los edificios de la justicia y rebuscando contratos de obras civiles (prosaicas actividades que reproducen la cotidianidad de los mortales).

–¡Cómo le parece!

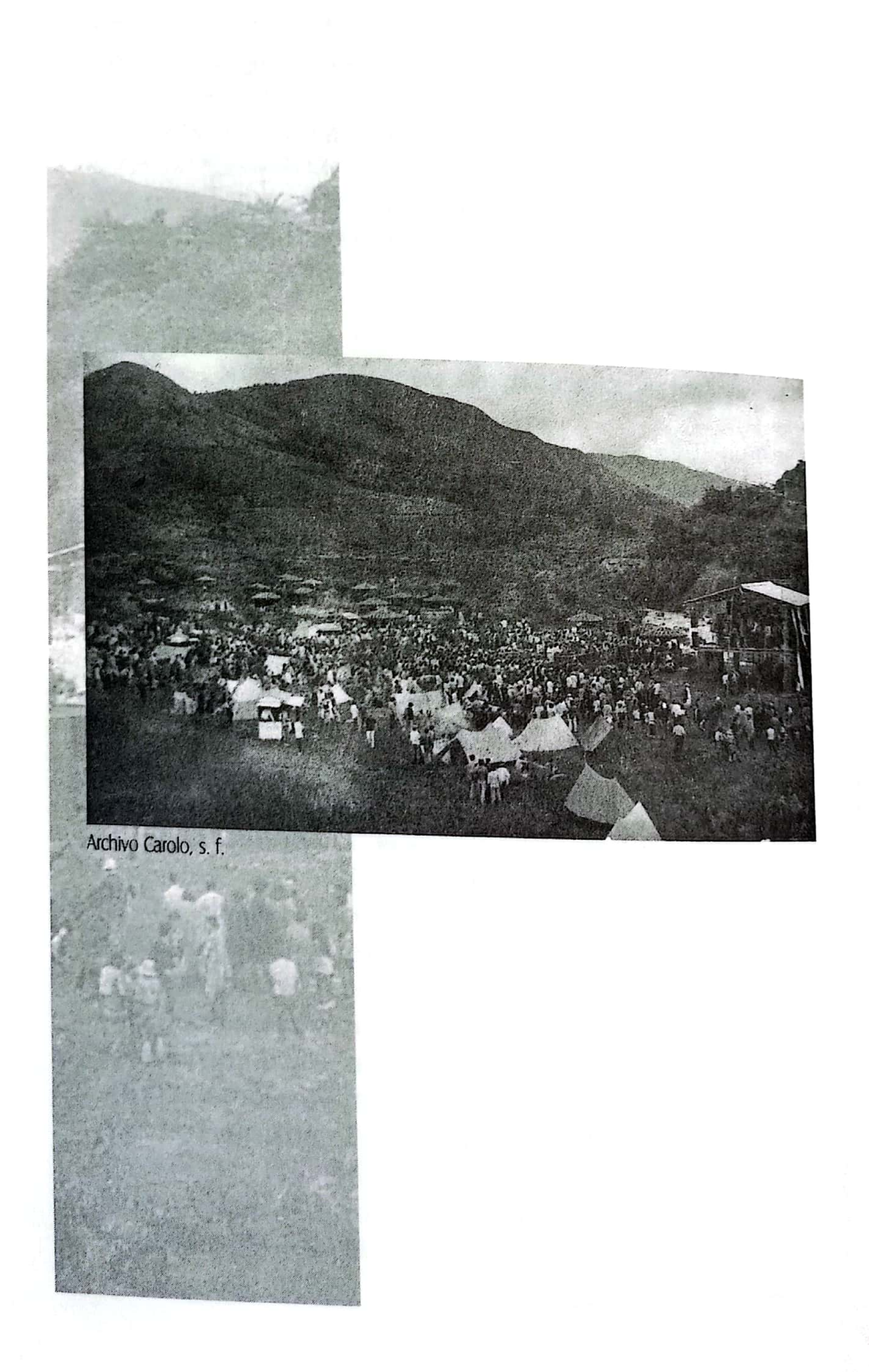
–¿Todavía le metés al vicio?

–Sólo Marihuana, me voy volviendo *ling*, y vos, ¿al guaro?

–Sólo por euforia. (Y me pescó mintiendo).

–¡Qué maravilla!

(*La Bruja* me ha aportado el bagaje que necesitaba para conversar de igual a igual con los más jóvenes del postgrado).



Archivo Carolo, s. f.

El Pingüino Rojo

Leonel Gallego Restrepo

Lo cierto del caso fue que Ancón significó siete avemarías y cuatro padrenuestros, cuando tuve que confesarme, en respuesta a un interrogatorio que me hizo el cura, pues yo no lo había registrado en mi conciencia ni como pecado venial, dado que mi presencia en Ancón fue asunto de trabajo, que terminó siendo una obra de caridad.

Acostumbrado desde niño a recibir a todos los circos que llegaban al pueblo y a servirles para lo que fuera, Ancón reunía para mí esa misma categoría. Con un compañero de colegio decidimos poner un pequeño asador de chuzos de carne de cerdo, arepas y gaseosas. Reunimos un capital para tal empresa, que resultó finalmente en un fiasco económico, apenas para asumir los costos y pagar el principal.

Blanquita, esposa de Pacho Hernández –quien con sus dos hermanos conformó el famoso trío de los Hermanos Hernández, los primeros que cantaron música colombiana en la Casa Blanca– auspició nuestra empresa de asados en Ancón. Ella, creativa y especial –se me antoja que reunía mucho de la Piaf– compañera de los Hermanos Hernández por muchos años, se divirtió vistiéndome para la ocasión, pues si algo precedía al evento era la "pinta" con la que cada uno se haría singular.

Blanquita desempolvó un hermoso sacoleva rojo de su ex marido y con él reunimos una presentación sin igual para la ocasión. ¿Un asador de "chuzos" con esta pinta?

–¿Qué tal?

El Pingüino Rojo me apodaron y fue el nombre de mi negocio.

Carnes bien adobadas en cebolla, ajo y pimienta. Por momentos, los olores del asado se imponían al de la marihuana, aroma que invadía el aire sin ningún recato.

El primer día fue de pocos clientes y decidimos pasar la noche avivando las brazas, porque sabíamos que la "comilona" venía después. Así fue. Amaneció y tuvimos ante nosotros filas de rostros de mirada roja y comisuras resecas por la espesura de la saliva espumosa.

El hambre acosaba. Hacia las 8 de la mañana del segundo día acabamos con nuestras existencias; el negocio pintaba bien, pues no teníamos mucha competencia.

A las 11 de la mañana renovamos provisiones, estábamos por hacer un buen negocio; además, porque los organizadores ni se habían percatado de nuestra presencia, gracias a Dios.

Esa segunda noche, de cuerpos acerdados por el barro, de jóvenes anublados y sostenidos por el rock monótono, desprendido de las guitarras eléctricas, con pequeños delirios en los últimos espacios del diapasón entre "guaguas" (pedal para distorsionar el sonido), los clientes empezaban a sumar monedas al momento de acercarse a nuestro asadero. Como éstas no eran suficientes para lo que deseaban comprar, nos ofrecían la diferencia en marihuana. Inaceptable, pues no fumábamos y tampoco ése era nuestro negocio.

Esta forma de pago fue creciendo, y no tuvimos más solución que aceptarla.

Así que nos convertimos en un lastimoso servicio, donde había suficiente oferta, pero una demanda limosnera. ¿Qué hacer? ¿Recibir marihuana?

¡Qué miedo!

Los hambrientos comensales continuaban asediándonos, algunos solicitaban rebaja con dignidad, otros no tanto.

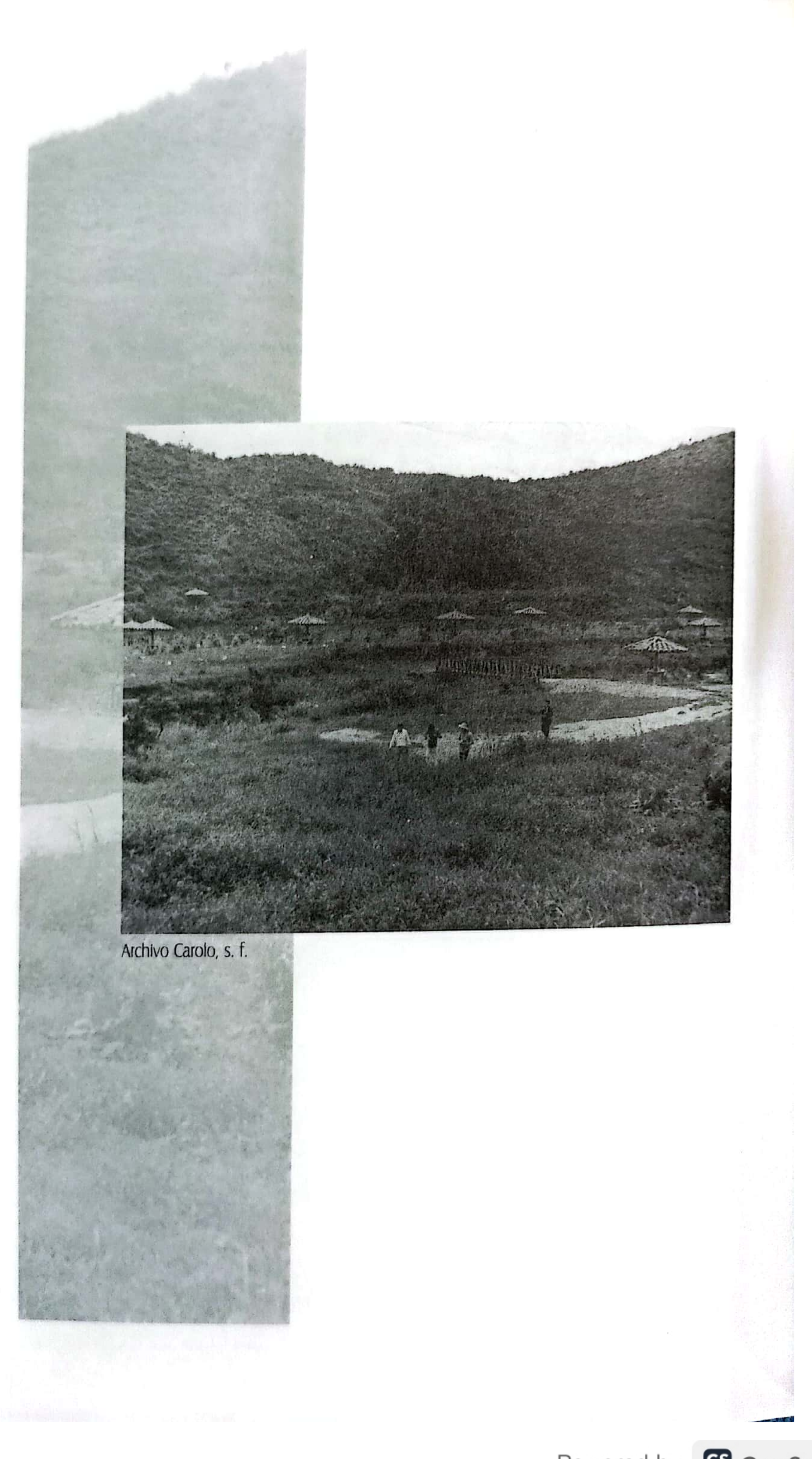
–Salvemos el principal– le dije a mi socio, quien era menos susceptible para rebajar precios.

Cuando accedió, elegí comensales, acompañado de un sentimiento de generosidad.

Llegó la noche y *El Pingüino Rojo* se convirtió en un puesto de caridad, pero no en negocio.

Al tercer día desmontamos el negocio cerrando así mi capítulo de Ancón.

Así, dimos de comer al hambriento.



Archivo Carolo, s. f.

Ancón, nuestra hermosa visagra empantanada

Jaime Espinel

¿Aplaca, oh Zeus, la cólera de Aquiles? No. ¿Érase que se era? Tampoco. ¿En un lugar de la Mancha? ¡Qué tal! ¿Corrían? Sí. Corrían los años setentas, merodeaba junio y se despatarraba un viernes por la tarde cuando descendí esas escaleras, cuya luz negra hacía fosforecer los afiches que pendían de las paredes; esas mismas escaleras que aún hoy treinta años después y sin el alumbrón de la negra luz de la juventud me conducen de nuevo a la vieja *Caverna de Carolo*, ya no en busca del táctil papel de arroz para enrolar mis nimios cannábigos, sino para deshacer la memoria y demostrar como si nada y como siempre, que aún la más sagrada de las Historias sigue siendo la más imbécil resonancia de una simple anécdota; algo así como susurrarle un *Todo era mejor cuando estábamos peor,* ya no al oído sino al yerto corazón de Ciorán.

Desde mi atalaya de sesentón remiro ahora el pantanerito aquel que fue Ancón, para que me revire a partir de las exigencias que me hace Carlos Bueno, que de Bueno no tiene sino el Carlos. Ese sartal de retazos inclementes que de una u otra manera me asedian memoriosos. No es fácil saber, a mi edad, que en Ancón se culminó de abrir el hueco que en 1958 le habíamos metido como una lezna a la aldehuela que era la Medellín de entonces, desde el Metropol: ese Bar de bandidos, bajo cuyo altísimo cielorraso con sostenes de hierro vibraba, a la media noche y al alba, siempre, el resplandeciente sol de junio allá en los techos de 1958 hoy demolidos, como talados fueron los bosques y abatido a metrallazos el enemigo.

La hoya atómica

Medellín1958-1971 treinta años después.

En Medellín se amalgaman e integran y aglutinan todos las virtudes y los defectos; las suspicacias, traiciones y lealtades que conforman la carnadura y el caminaíto hacia el abismo de nuestra inextricable *alma nacional*, esta ánima en pena con sombrero, que somos; una especie de hueco en el pandequeso maluco que nadie sabe con qué se come, porque es algo así como adobar el aire mientras que los demás lo soban, cantando *¡Oh Libertad que perfumas!*, leídas no cantadas las epifanías Mejías, son la evidencia pueril de la locura paisa. Esa cultura del desparpajo y la tala, toda la franja del arrasamiento contra la cultura del hacha y la escopeta que fue la colonización antioqueña con su carga de viveza, mentiras y fementida amistad, hasta cuando alguien le dijo que colgara el hacha. Ocurrió en Medellín en 1971 y fue la culminación de un proceso cuya eclosión, vaya usted a saber por qué también se habrá dado aquí. Por allá en 1958, cuando trece poetas, multiplicados por trece poetas nadaístas, estallamos en Medellín, en el País, en el Planeta.

Fuimos los primeros en descifrar la hermenéutica del *Amo al sol porque anda libre* tan provinciana y contradictoria, tan hermosa y universal a la vez. Pero lo más bello radica en la permanencia que el crístico de Gonzalo Arango y sus doce Judas generaron, sin darse cuenta y entre golpes de hambres y humo, en el Ecuador *con los Tzántzicos*; en el Perú cunde *La bufanda del sol;* en Venezuela se llamaron *El techo de la ballena* y en México fue *El corno emplumado*; *El grupo Opio* en Argentina; *El caimán barbudo* en Cuba y en España *Los Gamberros. The Angry young man* en Inglaterra; *Los Nivonichos* en la URSS y los hippies en 1963, en Los Estados Unidos, para no hablar de la revolución cubana, jamón de ese sanduche, Juan XXIII, la primavera de Praga, pero sí de esa hermosa muchacha que sobre los hom-

bros de su hombre alzó la bandera del *Hay que exigir lo imposible* y del *Prohibido prohibir,* reunidos en esta sempiterna batalla entre oprimidos y opresores, entre caballo y jinete, entre especulativos y especuladores.

Más o menos en 1971, Luis González de Guzmán enjauló entre una débil y barata jaula de alambre, como si fuera el canto de un canario y no el terror del bosque, quieta sobre el muñon del árbol *el hacha con la que nuestros mayores deforestaron el país,* cantamos.

Digamos también, que el paisa no colgó el hacha porque nunca ha tenido palabra de hombre sino que la vendió a escondidas y que con la plata de la venta del hacha y unos ahorritos que tenía, compró un bulldózer.

Por lo demás, país, en griego, quiere decir niño grande que vive en las faldas de su madre como un niño grande. No me extrañaría que la palabra paisa viniera del griego pais o país, que significa adolescente. Siempre adolescente, porque en el umbral de la adolescencia país comete cientos de locuras y muere enseguida. Y los paisas de hoy son siempre adolescentes, porque mueren muy jóvenes, desatransándose para enriquecerse.

De cómo fue Ancón

El mejor terrorista, el mejor de los conjurados, es aquel que, en la conspiración, sabe que sólo existen dos posibilidades: triunfar o morirse de la risa como una hiena ante su propio cadáver, porque, pensándolo bien siempre se saldrá ganador con ambas posibilidades: la memoria y las palabras me arman un trípode entre el cráneo; la tercera pata es lo que leen porque se me hace un poco despreciable este juego de vivir treinta años después de la perpetración –se dice– de un antepenúltimo crimen: Ancón y el bulldózer.

Hace treinta años, nuestra ánima sola nacional vagábulayo de Ancón a Ancón con mi río; ese eje fétido que nos odia y los boquerones: este u oeste –¿me oíste? – que nos

oprimen en sus pátinas muy de pies a cabeza sólo el pescuezo.

Si alguna soga he tenido al cuello sin ser Judas en esta ciudad que antes fue nigra y enteca y estoica pero muy dañina pal alma hasta lanzarle ese *será por eso que la quiso tanto*: un piropo de Borges Jorge Luis a la casas de volados techos de teja y de las casas sobre las aceras, casas de ventanas arrodilladas y repletas de novias solteronas o muertas que aún mantenían con unos fantasmas de camisa alminonada y almizcle, a pino silvestre ese cuasi extinto diálogo de los abuelos y los tíos. Como dice Byron White: *Los vivos somos unos muertos en vacaciones.*

Pero resultó peor el remedio que la enfermedad porque a partir de Ancón en 1971 reapareció y con mayor intensidad la tradicional pujanza del paisa. Montaba un reluciente y ruidoso bulldózer y ya no fueron los bosques y las selvas, sino esas casas de ayer, edificios, calles, caserones, fincas, los que cayeron entre irrespirables nubes de polvo y escombros y de nuevo fue Medellín el bizcocho que él devoró en su arrogancia. Sí. Se repartieron la ciudad como si fuera un pastel de manzana, desviaron el Metro para enderezar sus latrocinios y componendas, rompieron con inclemencia nuestra leve memoria urbana y ahí sí, el bulldozero, el magnate de las demoliciones, comprendió por fin la perentoria frase de White: *Somos muertos en vacaciones*, repitió.

Entonces sí, vendió el bulldózer a principios de los ochenta y a mediados de la misma década, incapaz de contener la única pizca de memoria que le quedaba, el paisa, tenaz, altanero y emprendedor, con la platica de la venta del bulldózer y otros ahorritos que tenía bajo el colchón, compró una metra y una moto y siguió tumbando para no perder la costumbre.

Amo al sol porque anda libre sobre la azulada esfera
Al huracán porque silba con libertad en la selva.
El hacha que mis mayores...
Cantamos, jua, jua, jua.

De sima a cima

N. de R.: El siguiente texto es una adaptación, resumida, de un extenso informe que la Fundación San Carolo está preparando para hacérselo llegar a las autoridades del Vaticano, en su afán de iniciar el largo proceso de beatificación y elevación a los altares de la santidad de Gonzalo Caro Maya, Carolo.

Rodrigo Maya Blandón

I. Del nacimiento y las estrellas

El 20 de septiembre de 1947 la vereda Chamuscados, del municipio de Anorí, dejó de ser la misma vereda plácida de todos los tiempos. Lo mismo ocurrió con Anorí y con Antioquia y con toda la patria colombiana. El universo entero operó un cambio, dio un vuelco. Ese día, casi a la media noche, y en ese apacible lugar, vio la luz del día Gonzalo Caro Maya.

Doña Ofelia Maya y don Carlos Caro, sus padres, lo miraron con ternura. Nada más inspiraba la indefensa criatura que chillaba como un verdadero poseso. No obstante el cambio operado en el universo, en la vereda Chamuscados la noche del 20 de septiembre siguió su transcurso normal. El velo del templo no se rasgó, la tierra no tembló, ni la naturaleza desató sus furias. Sólo ocurrió algo extraño: Las campanas de la iglesia tocaron a rebato sin la intervención de nadie. El sacristán del pueblo, don Antonio Heredia, todavía recuerda este episodio que ni el cura ni el obispo pudieron explicar. *Fue algo misterioso. Las campanas tocaron a rebato por espacio de cinco minutos y luego todo fue silencio.* Ante esta voz de alerta los vecinos salieron a las ventanas, pero sólo escucharon el llanto de un niño en la casa de los Caro. Para nosotros era evidente: Carolo anunciaba con música su arribo a la tierra.

Cuando nace un santo, dicen Las Escrituras, se marca una ruta indeleble y precisa en el espacio sideral. Es una huella que los especialistas del Vaticano pueden seguir con precisión. Está marcada con polvo de estrellas y se conoce como el camino de la santidad. Gonzalo Caro Maya dejó su primera huella en la vereda Chamuscados con sonido de campanas.

Era un 20 de septiembre, nicho de los Virgo. El planeta Mercurio, el mensajero de los dioses, irradiaba toda su energía sobre la humilde cuna y Vulcano, el planeta del trueno, impartía, de lejos, su porción de magia intergaláctica. Transcurría el año de 1947. El mismo año del gran descubrimiento de la tumba del líder Maya, Pacal Votan, en la única pirámide de estilo egipcio que hay en México, La Pirámide de las Inscripciones. ¿Qué energía se pudo desatar al abrir el sarcófago de Pacal Votan en el pueblito de Palenque, cuya cámara fúnebre está decorada con el simbolismo de los Nueve Señores de la Noche, o sea, Los Nueve Señores del Tiempo? Una de las Mesas de Trabajo de la Fundación estudia la relación que puede existir entre estos dos acontecimientos misteriosos. ¿Alguna herencia de los maestros galácticos mayas por las vías de su madre doña Ofelia Maya? Esperemos resultados.

II. Del lugar de nacimiento y otros hechos misteriosos

Vereda Chamuscados, municipio de Anorí, departamento de Antioquia, República de Colombia. Profundizando en la historia reciente de este municipio encontramos algunos hechos que llaman la atención por lo extraños. Veamos:

En Anorí nació el pintor, escultor y muralista Pedro NEL Gómez.

En Anorí nació Gonzalo Caro Maya aficionado al LSD.

En Anorí nacieron para la muerte los hermanos Vásquez Castaño fundadores del ELN.

En Anorí en 1970, un año antes del Festival de Ancón, ganaron las elecciones los liberales del MRL.

En Anorí, durante el Festival de Ancón, el 97% de los jóvenes menores de 20 años, eran hinchas del NAL.

¿NEL, ELN, LSD, MRL y NAL son signos cabalísticos que encierran un mensaje cifrado o simples coincidencias? ¿Es esa L un icono de libertad, liberación o de una mente liberal? Para saberlo, una de nuestras Mesas de Trabajo investiga en El Tesoro de la Juventud, concretamente en *El Libro de los por qué*, para darnos una respuesta. ¿Qué energía cósmica encierra esta tierra, vecina de Angostura, patria chica del Padre Marianito y de Porfirio Barba Jacob? ¿Qué misteriosas fuerzas contrarias se desatan en esta región donde murieron los Vásquez Castaño, fundadores del ELN y nació Carlos Castaño, jefe político de las AUC? Tierra prometida, tierra de santos y demonios. ¿Es una demostración del módulo armónico revelado?

III. Acerca de su formación temprana

Como todos los niños, Gonzalo Caro Maya creció y fue a la escuela. Allí, como todos los niños, aprendió a leer, a escribir y las cuatro operaciones matemáticas básicas. Doña Dioselina Ochoa, su maestra, tiene hoy, a sus 84 años, un recuerdo vago de su alumno: "Era un vago para el estudio. Inteligente, pero vago", dice gambeteando con dificultad en la oscuridad absoluta de su avanzado mal de Alzheimer. Y agrega que practicaba mucho la escritura, pero haciendo planas de castigo. *Hacía hasta 40 planas diarias que decían: Debo comportarme bien.*

En el bachillerato le ocurrió lo que le pasa a todos los bachilleres colombianos: Se le olvidó leer. Y adquirió el remoquete que hoy lo define: CAROLO. *Era tan hiperactivo* –dice uno de sus compañeros de grupo– *que se salía de*

Gonzalo, su nombre de pila, un nombre para un ser apacible y tranquilo, entonces decidimos seguirle diciendo Carolo, que es un nombre neutro, sonoro como su voz de cascada, que se encierra en sí mismo como en una especie de laberinto. CAROLO ES UN NOMBRE LAPIDARIO, concluye.

Después de su grado de bachiller, decidió *volverse verbo*. Desde entonces, Carolo *se hizo verbo y habitó entre nosotros para la salvación del mundo*. Desde ese día, *de su boca no salen palabras sino borbotones de palabras*. Carolo es capaz *de decir un discurso completo en "un solo golpe de voz"*. Aquí se marca el inicio de su vida pública. En esta etapa de su vida empieza a delinear su ruta definitiva hacia los altares y no es que se haga monaguillo. Simplemente entra, como todos los iniciados, a la universidad, versión moderna del templo de Eleusis, ese misterioso templo de los griegos, donde Platón, Sócrates, Esquilo y Marco Aurelio, entre otros, ingresaban a consumir el precursor del LSD, el ergot o cornezuelo, sustancia alucinógena visionaria, extractada del hongo del trigo.

IV. De los iniciados

Antonio Escohotado en su libro *Historia General de las Drogas*, demuestra cómo las diversas culturas, desde los egipcios hasta los indígenas del Vaupés, han utilizado sustancias y plantas enteógenas para su comunicación ritual, religiosa y natural. El pueblo judeo cristiano utiliza el vino; los griegos el vino y el cornezuelo y los indígenas del Amazonas el yagé, para citar apenas unos ejemplos.

Juan el Evangelista, después de vivir muchos años en la isla de Patmos, Turquía, el imperio del opio, escribió, bajo la influencia del Espíritu Santo, nada más y nada menos que el Apocalipsis, el libro más alucinado de la Biblia. "Por haber anunciado el mensaje de Dios confirmado por Jesús, me encontraba yo en la isla llamada Patmos. Y sucedió que en el día del Señor fui arrebatado en espíritu (¿del opio?) y

oí detrás de mí una fuerte voz (¿agudización de los sentidos por efectos de la droga?), como un toque de trompeta, que me decía: Escribe en un libro lo que ves, y mándalo a las siete iglesias de la provincia de Asia... Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba y al hacerlo vi siete candelabros de oro y en medio de los siete candelabros vi a alguien con apariencia humana, vestido con una ropa que le llegaba hasta los pies y con un cinturón de oro a la altura del pecho. Sus cabellos eran blancos como la lana, o como la nieve, y sus ojos parecían llamas de fuego. Sus pies brillaban como bronce pulido, fundido en un horno y su voz era tan fuerte como el ruido de una cascada. En su mano derecha tenía siete estrellas, y de su boca salía una aguda espada de dos filos. Su cara era como el sol cuando brilla en todo su esplendor..." (Apocalipsis Capítulo I, versículos 9 al 16).

Carolo, como el apóstol, viaja a la isla de San Andrés, y allí, tendido en la suave arena del mar Caribe y como el Apóstol, *arrebatado de espíritu* (sus detractores dicen que estaba inmerso en una dosis alta de LSD, versión de laboratorio del cornezuelo de los griegos), tuvo esta visión, que él mismo narra: "Miré al cielo. Estaba más azul que de costumbre. El sol brillaba, pero cosa extraña, no me hería los ojos. De pronto, las nubecillas se fueron convirtiendo en grupos musicales y un estruendo de orquestas como de 100 mil vatios de sonido se escuchó opacando el rumor marino de las tres de la tarde. Mil estrellas del rock, con mil guitarras eléctricas en sus manos, empezaron a desfilar por este maravilloso y espectacular escenario. *Los Beatles*, los *Rolling Stones*, Carlos Santana, todos con sus mejores atuendos y sus más espectaculares melodías me invitaban a la danza frenética. Y una voz que no supe de quién era, me dijo: 'Véte y difunde nuestra música y nuestro mensaje de paz en las ciudades más importantes de Colombia y en todo el continente suramericano'. Y el concierto celestial se acabó en una atronadora salva de aplausos intergalácticos. Ese

mismo día me vine para Medellín y comencé a organizar el Festival de Ancón, el Primer Festival de Música Rock de Suramérica".

V. Sus primeros milagros

Algunas de las huellas que dejan los santos en la tierra, se llaman milagros. Carolo tiene algunos milagros comprobados y otros que se están analizando en una Mesa de Trabajo, creada para estos efectos por las directivas de la Fundación.

Milagro número uno:

El primer milagro sucedió durante el Festival de Ancón. El 18 de junio sonaron los primeros acordes del rock en la explanada de Ancón. La emoción fue masiva y a fondo. Y Manuel *Quinto*, amigo y compañero de Carolo en la organización del Festival, no pudo soportar la sobriedad y se aplicó una dosis triple de cacao sabanero. Suficiente para matar a dieciseis caballos. Y Manuel *Quinto* cayó redondo, sin puntillas, en medio del lodo, en la mitad de la explanada. Un paramédico de la Cruz Roja lo auscultó, le cerró los ojos inmensamente abiertos, le puso las manos cruzadas sobre el pecho, le estiró las piernas y escribió en su libreta: Muerto por sobre dosis de burundanga. El 20 de junio por la noche, Manuel *Quinto* seguía muerto en la explanada. El lodo ya reseco, la basura y la hierba lo amortajaban. Los diez mil vatios de potencia de las bandas, habían cesado. El silencio era sepulcral. A este escenario llegó Carolo, con su figura menuda, su cabellera suelta agitada por el viento. Lo acompañaba el escritor nadaísta Jaime Espinel, más conocido como Barquillo, testigo ático de este milagro. "Muy serio –relata Barquillo– con su mirada fija y su voz ronca y seca, le dice Carolo a Manuel *Quinto*: Levántese, hermano, que esta maricada se acabó. Y Manuel *Quinto* se levantó, se sacudió la cáscara de lodo reseco que lo cubría y pidió un aguardiente", concluye el nadaísta.

Milagro número dos:

Jorge Romero, nombre ficticio por razones de seguridad, era un joven drogadicto de Laureles. De familia acomodada. Llevaba varios años metido a fondo en lo que llaman *problema de la droga*. Su madre, Teresa de Romero, afligida, vivía pegada de todos los santos. Ninguno le hacía caso, porque, al parecer, los drogadictos no tienen abogado en el santoral. Su hijo era una piltrafa humana cuando alguien le dijo que acudiera a Carolo. Lo visitó en compañía de su hijo. *Carolo lo miró con dulzura*, dice doña Teresa, y le puso la mano derecha en la frente. Y con una voz fuerte y autoritaria le dijo: *Jorge, deja tu droga, toma la mía y sígueme*. Era como un Cristo de jeans, continúa narrando la feliz mamá. *Desde entonces, mi hijo es otro. Ya no me roba ni la plata, ni la plancha para cambiarla por bazuco.*

Milagro número tres:

Manuel *Quinto* quiso hacer un libro que recordara los diez años de Ancón y le pidió a Carolo que le prestara las fotos del Festival. Carolo se las llevó al apartamento que Manuel *Quinto* tenía en Bogotá. Esa noche celebraron el encuentro como Dios manda. Carolo se despidió cerca del amanecer. Ocho días después supo que en esa madrugada el apartamento de Manuel *Quinto* se incendió completamente, con sus mejores fotos de Ancón y su dueño adentro.

El informe de los bomberos que atendieron el caso dice que sólo estaba intacto el cuerpo de Manuel *Quinto*, a quien encontraron en su cama, dormido de alcohol, marihuana y perico, con una foto de Carolo sobre el pecho. Todo estaba en cenizas en el cuarto, menos Manuel *Quinto* a quien tuvieron que despertar los bomberos. *Es un milagro*, escribieron en su informe.

VI. Acerca de su inscripción en el martirologio

Cuando ser marihuanero era más que un delito, a Carolo le decían marihuanero, para ofenderlo. Desde muy joven ha sufrido de agresiones verbales de todos los calibres: drogadicto, comunista, traficante, mula, traqueto, proxeneta, ateo, mata curas, come niños, etc. Él, impávido, sufre la ofensa en su interior, pero recompensa a su agresor con una sonrisa de dulzura infinita y sana comprensión.

Antes, durante y después del Festival de Ancón recibió la más dura arremetida de los jerarcas de la iglesia católica. Desde el púlpito fue anatematizado, insultado y vejado. Fue tildado de *mala compañía,* de *anticristo* y de *apóstata. Mensajero del* oso de Moscú, discípulo aventajado de Belcebú, decía un cura desde el púlpito de la iglesia del barrio Buenos Aires.

Impertérrito asumió las ofensas de estos *sumos sacerdotes modernos*. Con paciencia franciscana sorteó el vendaval, hasta que, agotada su misión en la patria, buscó expandir su mensaje por otras latitudes y viajó a los EEUU. Allí vivió la prosperidad del latino: consiguió dólares, amigos y adeptos. Pero uno de ellos lo vendió. Y Carolo, traicionado como Cristo, cayó preso en las mazmorras del régimen. Cárcel de alta seguridad. Celda de acero para él solo. Dos horas diarias de sol, tiempo suficiente para hacer amistades y planear la fuga.

Todo estaba previsto para la fuga. Se haría por los ductos del aire acondicionado. Por ellos subiría a la terraza donde lo recogería un helicóptero que lo llevaría por 30 mil dólares a una isla cercana en la Florida, desde donde un avión lo transportaría a Barranquilla. Todo estaba listo. Los pagos estaban hechos. Las láminas de acero de su celda ya estaban cercenadas para acceder a los ductos y llegar a la terraza de la libertad, desde donde volaría por los aires como el profeta Elías en su carro de fuego. Así narra estos momentos: "Diez horas antes de la fuga, el guardia me llamó y me dijo: Carolo,

está usted en libertad. No podía creerlo. Yo quería realizar esa fuga cinematográfica. El régimen me impedía ser un héroe de la pantalla grande. Me sacaron de la celda, pero no para la libertad. Era sólo una burla para cambiarme de celda. Todo se frustró. El Elías moderno quedó más solo y aislado que nunca. Varios años después salí con una fianza y me vine, definitivamente, para Colombia. Desde entonces, he vivido de puro milagro", concluye Carolo.

VII. Acerca de su madurez y de sus seguidores ocultos

Actualmente, Carolo es un hombre de paz, un santo, podríamos decir. Sabe que va camino de los altares y no quiere defraudarnos. De su vida turbulenta de juergas, francachelas, bares, prostíbulos y cantinas, ha pasado a la apacible labor de cuidar mascotas. Lo enternece un gatito enfermo y mueve cielo y tierra para aliviarlo. Es miembro honorario de todas las asociaciones protectoras de animales y organiza festivales municipales y barriales de mascotas. De su vida de apostasía, si la hubo, ya no queda nada. Es amigo personal de los obispos y de los curas. *Los he perdonado a todos*, dice sin falsa modestia. Hay quienes lo han visto comulgar en misa de cinco. Está marcando su territorio, su *camino de santidad*.

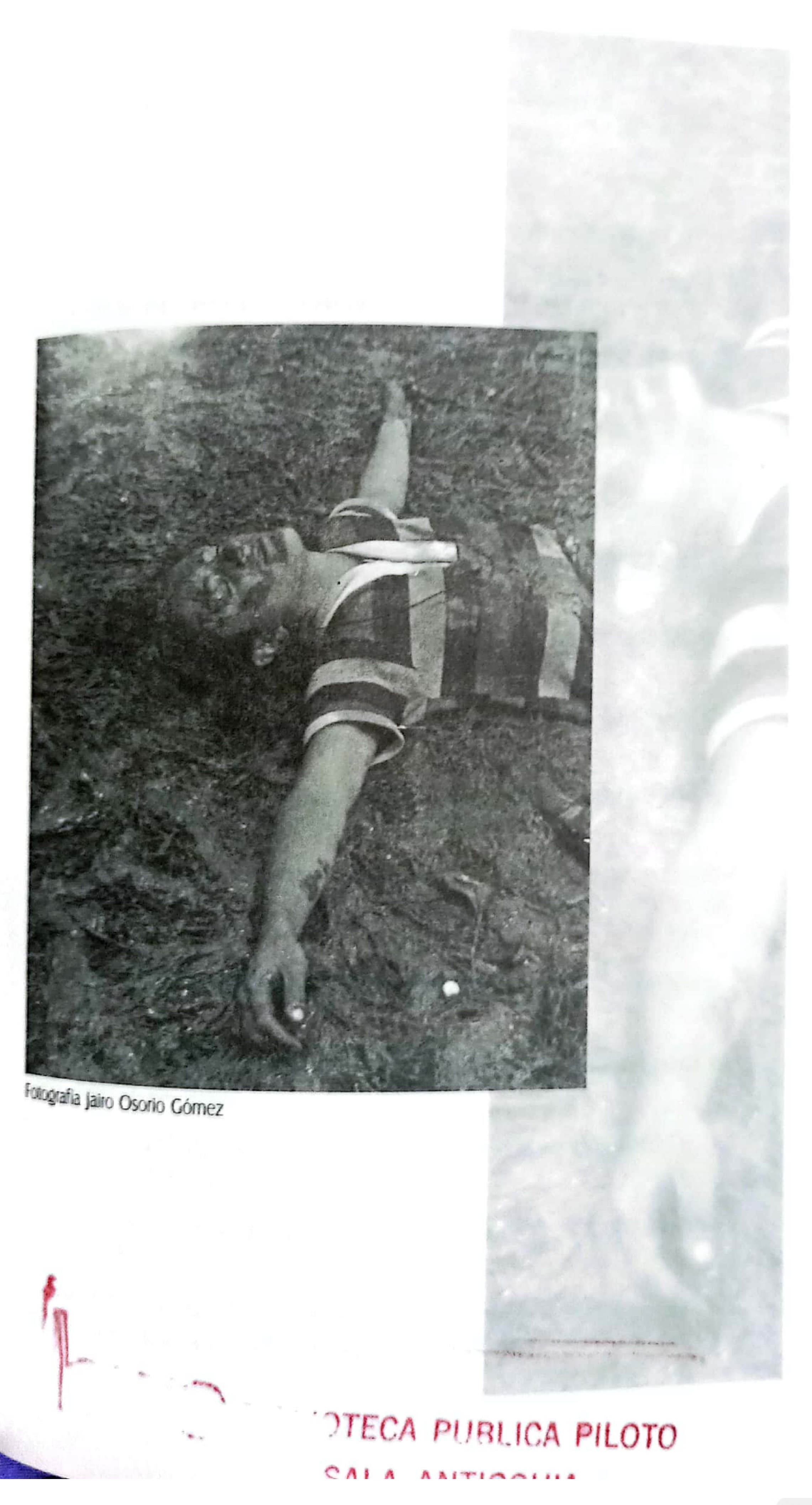
La Fundación San Carolo indaga y recopila todo lo que pueda servirle a los especialistas del Vaticano para llevarlo a los altares. Hemos detectado, por ejemplo, seguidores ocultos o, mejor, clandestinos, de San Carolo. Hemos encontrado jaculatorias y rezos. Hay uno que dice: *San Carolo, Caroleto, que me prenda este vareto.* Y otro: *Te rezo, te adoro mucho, para que no falte el pucho.* Carolo es, de lejos, el patrono de los drogadictos.

Considera la Fundación que el acto que más ubica a Carolo en el camino de los santos, es el de la organización y realización del Festival de Ancón. Fue como el Sermón de

la Montaña. Sin más armas que *una flor para mascar, un pucho para fumar y un grito de paz*, como graciosamente lo dice, se enfrentó a la sociedad antioqueña de la época, la más rígida, reaccionaria, autoritaria y pacata del país. Y se enfrentó, también, con un sector de la juventud paisa, extremo izquierdista y sectario perteneciente a un movimiento estudiantil que reivindicaba o militaba en la JUCO, el ELN, el EPL y germinaba al simpático M-19. En medio de estos dos bandos, organizó a sus hippies, con sus melenas y atuendos estrafalarios y a sus bandas de rock con sus guitarras eléctricas y sus baterías infernales. Lucha desigual, lucha de mártires. De un lado de esta moderna arena romana, los pacatos con sus curas, púlpitos, obispos, maestros, policías, cantaletas, revolucionarios, molotovs, consignas anti imperialistas y, en el otro bando, los nuevos cristianos haciendo el signo de la paz, pidiendo la paz para esta tierra, el amor libre, cantando rock y fumando la nueva pipa de la paz. Ubiquen, entonces, ustedes a Carolo en una de estas casillas: Anarquista, utópico, santo. Ya nosotros tomamos una decisión y estamos convencidos de que es un santo de nuevo tipo, un santo post moderno.

También está segura nuestra Fundación, de que Carolo será el santo más feo del santoral. Le quitará ese lugar de privilegio al Padre Marianito, un santo que hay que invocarlo de día, porque si se le aparece a uno de noche, lo mata del susto.





Fotografía Jairo Osorio Gómez

Bibliografía

BUENO OSORIO, Carlos. La conspiración de Ancón. (Nov. 2001)

CARDONA OSORIO, Mario. Manrique, Zuleta y Ancón : fragmento de *Samsara* : novela inédita. Medellín.

CASTRO CAYCEDO, Germán. Festival Hippie: un reto a la tradicción. En: *El Tiempo*. (Jun. 18 1971)

______ Purificadora peregrinación a Ancón. En: *El Tiempo*. (Jun. 19 1971)

______¿Qué es un Hippie?. En: *El Tiempo*. (Jun. 17 1971)

CÓRDOBA L., Pedro Nel. El Das echa a los Hippies de Medellín. En: *El Colombiano. (Jun.* 21 1971)

DOCTOR ROCK. Rock made in Colombia. En: *La Prensa*. Suplemento especial sobre el rock (Jun. 21 1996)

DOMÍNGUEZ, Óscar. Amnesias de Ancón. En: *La Hoja de Medellín*. No. 14 (Oct. 1993)

ESPINEL, Jaime. Ancón : nuestra hermosa visagra empantadada. Especial para el libro. Medellín. (Jul. 2001)

FARALLÓN, Ernesto. Primer festival de música de Ancón. Especial para el libro *La conspiración de Ancón*. Medellín. (julio de 1971)

FESTIVAL DE LA DELINCUENCIA: Editorial. En: *El Colombiano*. (Jun. 16 1971)

GALLEGO RESTREPO, Leonel. El pingüino rojo. Especial para el libro. Agosto de 2001

GARCÍA POSADA, Juan José. En forma ruidosa se clausuró Festival. En: *El Colombiano*. (Jun. 21 1971)

______ Sed, hambre y pantano en Ancón. En: *El Colombiano*. (Jun. 20 1971)

GIRALDO R., Jorge. El eslabón perdido. En: *Medellín en vivo: La historia del rock*. Medellín : Corporación Región, 1997. p. 13-18

GONZÁLEZ, Jaime. Alcalde de Medellín abrió Festival Hippie. En: *El Tiempo*. (Jun. 18 1971)

——— Investigarán comportamiento de funcionarios. En: *El Tiempo*. (Jun. 22 1971)

HINCAPIÉ, Claudia Helena. Medellín, la ciudad del rock. En: *EL Colombiano*. (Oct. 9 1999)

HOLGUÍN, Henry. Fumando marihuana y amando libremente culminó bacanal. En: *El Caleño*. (Jun. 20 1971)

——— Marihuana, drogas y música en Ancón. En: *El Caleño*. (Jun. 18 1971)

JARAMILLO A., Euclides. Los Jipis no saben matar. En: *El Espectador*. *Magazine dominical* (Jul. 18 1971)

LOZANO ROJAS, Jorge (Anarcos). De Chapinero rockero hacia Ancón. Especial para el libro. (Jun. 2001)

MACHADO, Carlos. Todo se violó en Festival de Hippies. En: *El Siglo*. (Jun. 20 1971)

MAYA BLANDÓN, Rodrigo. De sima a cima. Medellín, junio de 2001. Especial para el libro.

MESA, Elkin. Carolo, el Hippie que ha tumbado dos alcaldes. En: *Cromos*. *(Ago.* 18-25 1972); p. 24-27

MONTOYA, Luz María y TRUJILLO, Vicki. De un viaje ácido al escándalo público. En: *El Colombiano*. (Jun. junio 1989)

NIETO, Patricia. Los años maravillosos. En: *La Hoja de Medellín*. No. 14 (Oct. 1993)

OSORIO GÓMEZ, Jairo. Sí estuve en Ancón : fotografía. Especial para el libro. Medellín. (Jul. 2001)

PANESSO, Fausto. Ancón, un extraño reino. En: *El Tiempo*. (Jun. 18 1971)

——— Autorizaría otro festival. En: *El Tiempo*. (Jun. 24 1971)

——— Rock entre sol y lodo. En: *El Tiempo*. (Jun. 20 1971)

PEÑA, Manuel Vicente. Cuando el Rock no era mamerto. En: *La Prensa*. Suplemento especial sobre el rock (Jun. 21 1996)

PORRAS, José Libardo. No asistí a Ancón. Especial para el libro. Medellín. (Jun. 2001)

RAMÍREZ, William H. El mensaje de Ancón. En: *El Mundo*. (Jun. 22 y 26 1996)

RESTREPO, Elkin. El uno para el otro. En: *Fábulas*. Medellín : El propio bolsillo, 1991.

TOVAR RAMOS, Camilo. El Arzobispo de Medellín condena Festival. En: *El Siglo*. (Jun. 17 1971)

URIBE, Carlos. Tremendo aguacero bañó a los Hippies. En: *El Colombiano*. (Jun. 19 1971)

VELÁSQUEZ GALLEGO, Francisco. Hersán y J. Emilio en los lodazales de Ancón. Especial para el libro. Medellín, 1995.

VERA, Wilmar. Ancón, testimonio de una generación. En: *El Pellizco*. (1997)

Contenido

Págs.

Una fiesta en el nido de la mapaná
José Marduk Sánchez Castañeda 9

La conspiración de Ancón
Carlos Bueno Osorio 15

Festival de la delincuencia
Nota editorial de El Colombiano 43

¿Qué es un hippie?
Germán Castro Caycedo 45

Festival hippie: reto a la tradición
Germán Castro Caycedo 47

El Arzobispo de Medellín condena festival
Camilo Tovar Ramos 51

Alcalde de Medellín abrió festival hippie
Jaime González 55

"Purificadora" peregrinación a Ancón
Germán Castro Caycedo 57

Ancón, un extraño reino
Fausto Panesso 61

Sed, hambre y pántano en Ancón
Juan José García Posada 65

Tremendo aguacero bañó a los hippies
Carlos Uribe 71

Marihuana, drogas y música en Ancón
Henry Holguín 77

Rock entre sol y lodo
Fausto Panesso 81

En forma ruidosa se clausuró festival
Juan José García Posada 83

Fumando marihuana y amando libremente culminó bacanal
Henry Holguín 87

Todo se violó en festival de hippies
Carlos Machado 89

El DAS echa a los hippies de Medellin
Pedronel Córdoba Laverde 91

Investigarán comportamiento de funcionarios
Jaime González 93

Autorizaría otro festival
Fausto Panesso 95

Carolo, el hippie que ha tumbado dos alcaldes
Elkin Mesa 99

Los jipis no saben matar
Euclides Jaramillo A. Bogotá 107

Primer festival de música de Ancón
Ernesto Farallón 111

El uno para el otro
Elkin Restrepo 115

Hersán y J. Emilio en los lodazales de Ancón
Francisco Velásquez Gallego 117

De un viaje de ácido al escándalo público
Luz María Montoya y Vicki Trujillo 121

Amnesias de Ancón
Óscar Domínguez 129

Los años maravillosos
Patricia Nieto 131

Rock made in Colombia. Doctor Rock 139

Cuando el rock no era mamerto
Manuel Vicente Peña 145

Hace 25 años retumbó como un cataclismo
en Medellín el mensaje de Ancón
William H. Ramírez 153

El eslabón perdido
Jorge Giraldo R. 159

Ancón, testimonio de una generación
Wilmar Vera 169

Medellín, la ciudad del rock
Claudia Helena Hincapié 171

No asistí a Ancón
José Libardo Porras 175

Yo sí estuve en Ancón
Jairo Osorio Gómez 179

De Chapinero rockero hacia Ancón
Jorge Lozano Rojas (Anarcos) 181

Manrique, Zuleta y Ancón
Mario Cardona Osorio 195

El pingüino rojo
Leonel Gallego Restrepo 207

Ancón: Nuestra hermosa visagra empantanada
Jaime Espinel 211

De sima a cima
Rodrigo Maya Blandón 215

Bibliografía 227



DEPTO. DE POLICIA ANTIOQUIA
SUBCOMANDO

Nro: _____________/

CONTRATO SOBRE PRESTACION DE UN SERVICIO TRANSITORIO DE VIGILANCIA

Entre los suscritos Tte.Coronel ALVARO CASTILLO MONTE...
mayor de edad, de esta vecindad, con C.C. Nro.__________de __________
en nombre y representación de la "POLICIA NACIONAL" en su condición de Subco-
mandante del Depto. de Policía Antioquia, y en el curso de este contrato se
llamará POLICIA NACIONAL por una parte, y SR.GONZALO CARO___________________
también mayor de edad y de esta vecindad, identificado con la C. de C. #____
8.293.308___de Medellín____con teléfono__________en nombre y representación de ___
__________y que en el curso de este contrato transitorio se llamará "CON-
TRATANTE" se ha celebrado el contrato de presentación de un servicio transi-
torio y de vigilancia regido por las cláusulas que expresan : PRIMERO : La Poli
cía Nacional, se compromete a suministrar ___Seis (6)_agente (s) de su personal
al segundo para que preste sus servicios como vigilante en _EL ANCON ESTRELLA
_(FESTIVAL HIPPIE)__Durante diez horas.________________________________
____
de esta ciudad, en forma ______ ______________SEGUNDO: que el contratante se-
compromete a pagar por anticipado y por dicho servicio la suma de_Quinientos
_Pesos__________(\$_500,oo________)M/Cte., TERCERO: Que la Policía Nacional no-
responde por ninguna clase de riesgo en la prestación del servicio a lo -
cual expresamente renuncia el contratante, a hacer reclamaciones por la negligenci
cia que por cualquier circunstancia pudiera incurrir el vigilante quién a la vez
está obligado a prestar el servicio en forma más correcta y eficiente, para un
buen servicio de vigilancia. CUARTO:Que el término de duración del presente -
contrato es por ___65 horas_______y podrá terminarse en cualquier momento a so-
licitud de las partes. QUINTO: Que en caso de situación de orden público gra-
ve, ... resolver unilateralmente contrato comunicado oportunamente la naturale
za de la medida el contratante y cuando éste deje de pagar dentro de la opor
tunidad acordada. SEXTO:Este servicio se entiende a partir del___19____del -
mes de_Junio____hasta el ______del mes de__________.El contrato se firma a -
los____________del mes de ____________de mil novecientos setenta y_____
______de 1.97

Nota:

SUBCOMANDO

Comandante Depto.Policía Antioquia.

El Contratante

C. C. C. Nro. 8.293.308 de Medellín

Contrato de vigilancia firmado entre los organizadores y la Policía Antioquia, durante los días del Festival.

ISBN 958-96746-5-8

9 789589 674659